

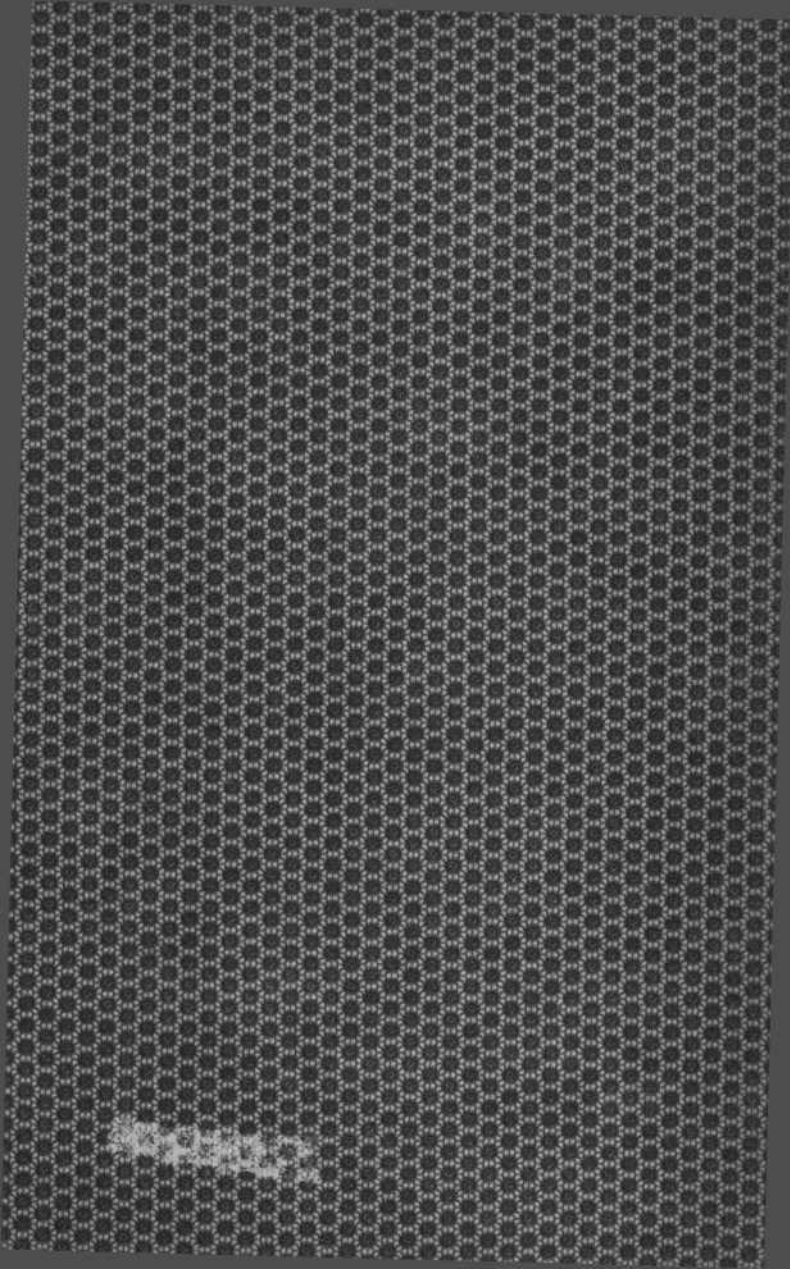
ALAN

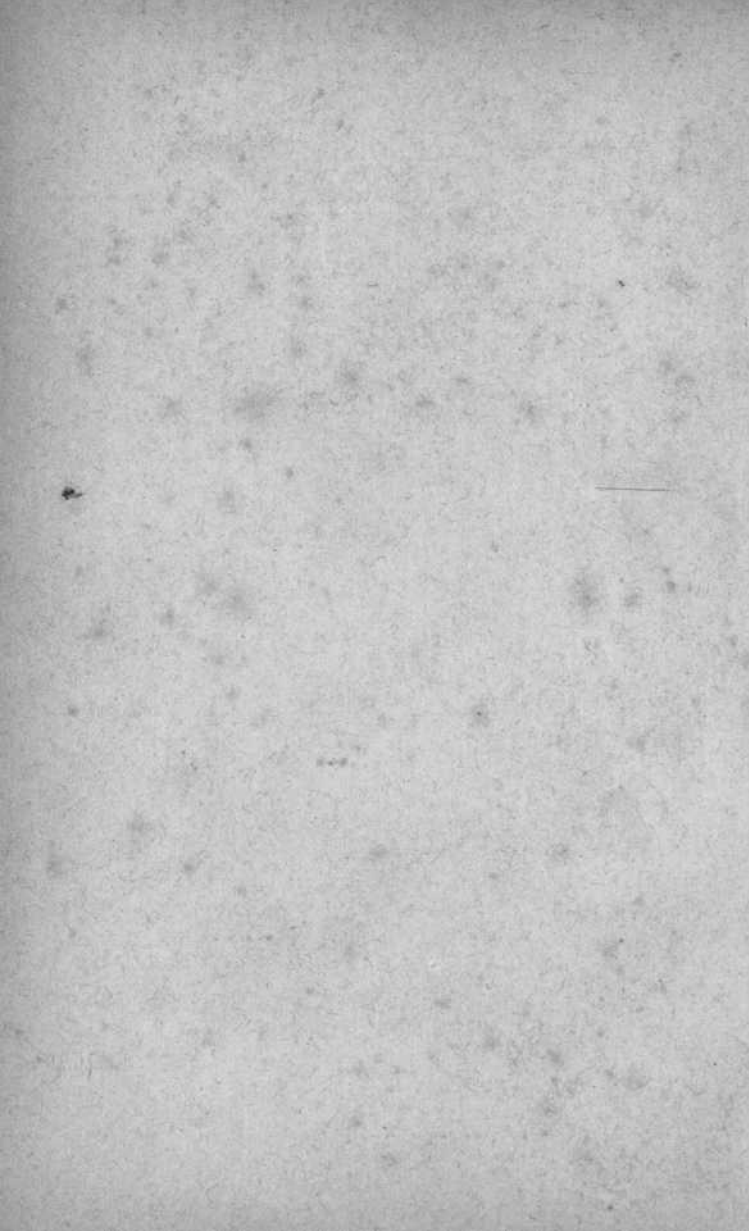
ALAN

0000000000

BIBLIOTECA
DE
JOSE GASCON MORODER

Num.º





DGCL

A

+ 17 22 93

CB. 1223539



BENGALAS



Ferris, 1578.

(1848-1889)

LUÍS TASSO SERRA, EDITOR

BENGALAS

COLECCIÓN DE NOVELAS CORTAS

Y CUENTOS LIGEROS

ORIGINAL POR

Eloy Perillán Buxó

BARCELONA

IMPRESA DE LUÍS TASSO SERRA

Arco del Teatro, 21 y 23

1887

ES PROPIEDAD DEL EDITOR.



12.137422

AL HERÓICO Y MODESTÍSIMO

COMANDANTE DE INFANTERÍA DEL EJÉRCITO
DE FILIPINAS

D. Antonio Borredá Alares.

¿Porqué te dedico este libro?

¡Toma! pues porque te quiero mucho, y te admiro como te quiero.

La página más hermosa, para mi gusto y para tu honra de soldado español, es la señalada con el folio 217 en este volumen. La inmensidad nos separa; pero ¡cuán cerca estamos!

Mis BENGALAS quieren ser, como su título dice (aunque muchos Diccionarios no

lo definan), luces efímeras y de vario color, que regocijen al lector; como alegran y distraen al vulgo, esos fuegucillos que desparraman los voladores al estallar en el espacio, brillando por unos momentos como rubíes y esmeraldas, como topacios y corales encendidos en el aire.

Bien sé que aceptas la dedicatoria; quien tiene lo más, ¿cómo ha de rechazar lo menos?

Teniendo todo mi cariño de hermano, ¿cómo acertarías á negar tu afecto á un pobre hijo de mi pluma?

Y no tengo que darte gracias, ni tienes tú que dárme las ahora; como lo tuyo es mío, quiero que algo de lo mío sea tuyo.


Lo que sí te ruego es que no te me *subleves* al leer la penúltima de las composiciones que contiene este libro: sé cuánta es tu modestia, pero mi admiración ha podido más que ella; y á riesgo de pasar por tus enojos, me he atrevido á irritar á tu sencillez aragonesa, diciendo al mundo lo que tú quieres que ignore: que fuiste un *héroe* en las islas Marianas...

¡Mira, Antonio! Hay muchos á quienes la gente llama héroes, y no lo son, ni sabrían serlo: justo es, por consiguiente, que yo presente á un *héroe de verdad*, á quien el mundo no conoce. Repito que no te me subleves... pero ¡bah! ¡si no eres de los soldados que politiquean!

Quedamos en que tu nombre será la luz más brillante y duradera de mis BENGALAS: corriente: pues allá van, y con ellas el corazón de tu mejor amigo

ELOY.

Barcelona, 1.º de febrero de 1887.







LA CAMISA DE LA LOLA

(HISTORIA TRISTE)

Á SATURNINO LACAL

I

El insigne prosista Castro y Serrano, ha tenido para el Hospital una frase que se hará eterna: le ha llamado el falansterio del dolor.

Y desde que leí aquel primoroso cuento en que esta frase brillaba, no he pasado por delante de un Hospital, sin acordarme de Castro y Serrano, y del *falanterista* Francisco Carlos Fourier: un gran hablista y un gran filósofo; excelente pareja para pensar en sus lucubraciones delante de uno de esos albergues de la desventura humana!

La noche en que los amotinados del cuartel de San Gil salieron en apretada columna por las calles de la villa del oso y del madroño, con el capitán Casero á la cabeza (19 de setiembre de 1886), y llegaron hasta los Docks, y gol-

pearon en sus portones para sublevar á los artilleros, y acabaron su ingrata jornada en Vallecas, Morata de Tajuña y Fernando Póo; aquella noche, que ha de ser memorable, hallábame yo curioseando entre los grupos de sediciosos *platónicos*, que vagaban por la revolucionaria plazuela de Antón-Martín.

No podré recordar quién fué el primero que dió la noticia de que por un pelotón de paisanos armados, que rondaba por las merindades del *Dos de Mayo*, acababa de ser asesinado un brigadier de artillería, del mismo apellido precisamente que uno de los héroes del día terrible contra la francesada: el brigadier D. Clemente Velarde.

Cuantos *ojalateros* revoltosos se iban acercando á los grupos repartidos en la plazuela, confirmaban la triste verdad de aquella noticia; y como alguien dijera que el brigadier, mortalmente herido, estaba en el vecino Hospital General, tomé calle de Atocha abajo; y con un mi pariente, tan curioso como yo, pero más sereno que yo y que otro cualquiera, penetré en el asilo de los enfermos, gracias á la bondadosa tolerancia de uno de los médicos de la casa; la entrada estaba absolutamente prohibida, pero el lector sabe que nosotros cuando somos periodistas en activo servicio, entramos en muchas partes, donde no pueden lograr acceso personas de mayor valimiento y más campanillas.

Desde el portalón del *Falansterio*, se oían claramente las descargas que los insurrectos de Villacampa dirigían á los acuartelados en los Docks, y el fuego, también muy nutrido, con que los artilleros respondían á los de Albuera y Garellano.

Mi pariente, cada vez más aficionado á saborear estas emociones, quería que bajásemos, aunque no fuese más que hasta la estación de la *Campanilla*; porque, lo que el hombre decía: Es una mala vergüenza que el director de un diario político (este era yo, que á la sazón publicaba *El Tribuno*), y un periodista en situación de reemplazo (este era él, que allá en sus buenos tiempos había sido también lo que Pepe Ferreras denomina *empresario de periódicos*); es una mala vergüenza, —decía mi pariente y acompañante, —que dos personas como nosotros, se acuesten esta noche sin conocer al dedillo los pormenores de esta refriega, el número de heridos, muertos y contusos que de ella resulte; en fin, todos los detalles, episodios, incidencias y concomitancias del extraordinario suceso.

—Todo eso está muy bien, mi querido S..... y celebro en el alma que tanta afición conserves á un oficio que ya no ejerces, porque, afortunadamente, no lo necesitas para los garbanzos; pero mira, hijo mío, el tamaño es menudito como las granizadas ¿no oyes? Por recoger uno de esos detalles, presenciar uno de esos episodios, y ser testigo de una de esas concomitancias muy bien puede enderezárenos una bala perdida, darnos en el pecho ó en el cogote, en una sien ó en mitad de la boca, y dejarnos inútiles para contar lo acaecido al público soberano.

Después de todo ¿qué nos va ni nos viene en la sublevación? Tú eres conservador de la parroquia de Cánovas, y yo demócrata de la parroquia de San Emilio... ¡Si fuésemos revolucionarios, todavía comprendería el sacrificio á que quieres exponer á nuestras flacas naturale-

zas; dígame más, y ya ves si te soy franco; si mi periódico, en vez de ser un órgano esencialmente político, fuese un diario rabiosamente noticiero, de esos que viven de los chismes, escenas, enredos y acaecimientos, también arriesgaría un tantico más mi pellejo y el tuyo, que le quiero casi tanto como al mío, para que al rayar la del alba no hubiese en Madrid periódico más bien informado y más rico en pormenores que mi publicación.

Pero no existiendo ninguno de esos alicientes, ¿para qué bajar, inermes y desorientados, á sufrir un atrenzo de triste laya, y á desafiar á los proyectiles de los militares?

Quedémonos aquí, en este santo hospital, donde agoniza un hombre de bien que acaba de cumplir como bueno; veámosle, si podemos, que es persona á quien conozco, sinó de trato afectuoso, por añeja simpatía; y en cuanto sea llegada la hora de poder cruzar entre las callejuelas del barrio de Santa Isabel, sin correr peligro del género tonto, nos vamos á casita, y Cristo con todos... y la eterna gloria para este noble moribundo.

Convencióse á medias mi pariente, y allí quedamos, conversando con dos artilleros que en una silla de paja habían conducido desde la calle de Alfonso XII, el cuerpo ya casi inerte del infortunado brigadier.

Llegó en esto la inconsolable esposa de aquel valeroso jefe; y no se puede, ni yo intentaría describir la patética escena que nos tocó presenciar en una de las salas del piadoso recinto.

Profundamente conmovidos, casi llorosos, nos retiramos al despachito de nuestro amigo el

médico; y comentando allí, más reposadamente, la trascendencia de la intentada rebelión, y el dolorosísimo contraste que acababa de producir la llegada de la atribulada señora de Velarde, exclamé yo, como recordando aquellos años en que mis padres soñaban que sería médico, y aquellas noches pasadas en las guardias de los Hospitales:

—Lo que es en estas casas se ven cosas terribles.

—Espantosas—añadió el Doctor, ofreciéndonos cigarrillos, y llamando después á su ordenanza para que nos *improvisara* tres tazas de café.

—¿Café? Nada, nada, nosotros nos vamos;— exclamé yo, levantándome con los apuros de la retirada.

—¿Que se han de ir ustedes?—observó el obsequioso Galeno.—Ahora es cuando las tropas bajan más compactas por la calle de Atocha, en persecución de los amotinados; no es prudente salir, ni yo lo permitiría, ni me conviene que me usurpen ustedes la profesión, haciéndome en tan raras circunstancias, lo que se llama una visita de médico.

¡Ea! ya sabemos lo que es una hora de charla: el ínclito brigadier está perfectamente asistido por varios de mis compañeros; allí no hago falta, y desgraciadamente, creo que antes de dos horas... todos los médicos estarán de más.

—¡Desventurado brigadier!—dijimos á una los tres allí congregados.

Y algo como una oración cruzó por la mente; y durante algunos minutos quedamos profundamente silenciosos, como se pone el hombre en esos momentos en que decía Víctor Hugo—

«cualquiera que sea la posición del cuerpo, el alma está de rodillas.»

Indudablemente, yo creo que los tres rezamos, sin saberlo, sin formular una plegaria ritual; como se reza cuando se siente mucho, y se llora por dentro.

¡Pobre brigadier Velarde!

II.

Un ordenanza trajo tres tazas de café, una botellita de anís del *Mono*, y tres cigarros *fiscales*, léase estanqueros.

Bebimos y fumamos.

Y como bebiendo y fumando se habla mucho, aunque sea en voz baja, claro es que la conversación rodaría por los montes de Úbeda, y pasaría por el Cáucaso, y llegaría á los Andes, para venir á dar en lo que menos pudo imaginarse.

—Poco hace,—dijo nuestro Doctor,—leí un episodio de Hospital, escrito por V. no sé en qué período ó en qué libro.

—¿Episodio de Hospital?—cavilé yo:—la verdad es que he escrito algunos; conservo tan frescas las memorias de mi época de practicante, y me ocurrieron en ella cosas tan peregrinas, que por ahí andan desperdigados muchos de aquellos relatos, que no he tenido el capricho de coleccionar.

—El que yo quiero recordar, se refería á un soldado que murió tísico en el Hospital Militar de Valladolid.

—¡Ah! ya sé cuál dice V.,—exclamó enton-

ces mi pariente, que sabe, más bien que yo, mi *repertorio*.—Ese artículo á que V. alude, es verdaderamente terrorífico; cuando yo lo leí, me puso los pelos de punta... ¡ya caigo, ya caigo! Se titula *El Sargento Morales* (1).

—¡Justo que sí! *El Sargento Morales*... ahora lo recuerdo perfectamente: ¿un tísico que muere castañeteando los dedos y pidiendo cerezas?...

—¡El mismo, el mismo! Pues, bien,—añadió el médico del Hospital, arrellenándose en un sillón de baqueta;—hará cosa de un año, descubrí yo en este Hospital, un episodio más novelesco, más conmovedor, más terrible, si cabe, que el del Sargento Morales.

¡Cuántas veces he pensado en usted para referírselo, tal y cómo pasó! Segurísimo estoy de que había V. de llenar más cuartillas que con el otro. Y conste que yo respondo en absoluto de la veracidad del hecho, y de la exactitud de los datos. Además, tengo en mi propia casa un *testigo fehaciente*.

¿Oyen Vds? El tirroteo no cesa; no pueden ni deben salir de este refugio... ¡qué diantre! ya se sabe lo que es una noche toledana... ¿tomamos otra tacita de café?

—Sí, señor,—respondí al punto,—pero ha de relatarme V. esa historia triste; porque supongo que habiendo tenido esta casa por teatro, ha de ser muy triste lo que va á contarnos.

—¡Tristísimo, cruel... un poema de dolor! Pero, amigo, no me contiene más que un recelo...

(1) Forma parte del libro titulado *Pecados Veniales*, edición de Buenos-Aires.—El episodio citado va también en este volumen.

—¿El nombre de la persona interesada?

—Nó, señor: ¡pobre Lola!... no es su nombre el que ataja mis deseos; es que ¡vamos! yo soy médico á secas, tengo poca *sombra* para hablar y menos desparpajo para referir cosas de esta índole...

—Usted déme el argumento, que yo haré lo demás.

—¡Convenido, entonces!... Venga la segunda dosis de café; apuremos otra copeja de este *Mono* que sabe á *dromedario*... ¡como que es falsificado!... ¡Ordenanza!... traiga V. *cognac*... ahí lo tengo, en la mesita... ¡Ajá! Esto ya es otra cosa... ¡Eh! ¿qué tal? ¡Cómo se zurren los de fuera con los de dentro!... Pues el capitán general pasó hace más de una hora, con su escolta y algunas compañías... Dicen que el buen señor estaba muy tranquilo en el teatro, oyendo una ópera, falsificada como ese aguardiente... Démosle al *cognac*... y ahora, invertiremos el orden de aquello que se dice al final de los sainetes: voy á comenzar mi cuento; perdonen ustedes sus muchas faltas.

Dijo el médico; bebió, encendió el segundo cigarro, y me contó la historia de la *Camisa de la Lola*.

Que es esta:

III.

—Pero ¡qué buenaza es V., vecinal!

Y dicen que no hay ángeles en la tierra: ¿no ha de haberlos?

Catorce días llevo en este santo hospital, y le

juro á V. que ya me hubiera muerto catorce veces, aunque con una bastaría, sin los consue- los y cuidados con que V. me está volviendo á la vida.

—Cállese V. por Dios, Lolita; yo no hago más que cumplir con un deber de mujer cris- tiana; y lo que dice el refrán: hoy por tí, ma- ñana por mí, y una mano con otra se lava... y haz el bien sin mirar á quien...

—Ya, ya, todo eso está escrito en muchos libros y creo que viene de los Santos Evange- lios; pero ¡ay! señora Martina... ¡son tantos los cristianos que lo dicen y no lo hacen!

—Pues hija, yo nó, que he nacido con un corazón que no me cabe dentro del cuerpo.

—Y es la verdad, que debe ser muy grande y muy hermoso, á juzgar por las bondades que guarda para mí, que al fin y al cabo soy una desconocida.

—No tal, no tal, señora Dolores; no reniegue V. ahora de su tierra, que también es la mía...

—Cierto que me ha dicho V. que somos pai- sanas.

—A ver; V. de Valencia y yo del Grao, con que no podíamos tener más cerca la pila.

—¡Valencia! ¡Ay!—exclamó Lola, abriendo desmesuradamente sus pálidos, vidriosos oja- zos, que parecían dos carbunclos por su ne- grura, y dos astros casi extintos, por su gran- dor.—¡Valencia! ¿Se acuerda V. de lo bonita que es Valencia? ¡Cuántas flores, qué clima, qué cielo aquell!

¡Y qué huerta la de nuestra ciudad!

Dicen que así como está, la dejaron los mo- ros; ¿será eso verdad, señora Martina?

—Bien puede ser, hija, porque los moros tenían cosas muy buenas; algunas de ellas, mejores que las de los cristianos: sobre todo en frutas. Pero mire V. que son más de las diez, y la hermana ha pasado tres veces creyéndonos á todas dormidas, y no es cosa de que nos eche un *récipe* llamándonos como la otra noche *cotorronas*.

—¡Pobre señora! En eso tiene razón, porque el Reglamento de la casa...

—¿Qué reglamento ni qué berengenas? Es que estas beatas son más ásperas que cardos, y siempre quieren estar gruñendo, con motivo ó sin él.

Y á todo esto,—añadió la Martina incorporándose un poco y mirando hacia la mesilla que Lola tenía á la cabecera de su cama,—¿ha tomado V. á las diez en punto la pildora que le tocaba?

—Nó, señora Martina; se me ha olvidado... ¡Vamos! ¡Si no sé cómo tengo hoy la cabeza!... Como mañana es san Joaquín...

—¡Y dale con san Joaquín! ya me lo ha dicho usted cuatro veces *correlativas*... ¡Ay! hija, V. repite como los melones.

—No se incomode V. conmigo, señora Martina!—murmuró la pobre Lola, cruzando las manos por encima de la sábana.

—¡Incomodarme yo! ¡y había de ser con V!... ¡Ja... ja... ja! ¡Pues eso sí que tendría gracia! ¡Vamos!—añadió la Martina, echándose fuera de su catre;—ahora á tomar la pildorica, luego á rezar su par de salves á la Virgen de los Dolores para que pronto nos saque con bien á las dos de esta antesala del cementerio, y en segui-

dita, á dormir como una santa, pensando en Valencia, y en la huerta, en sus flores...

—¡Y en Joaquín!...—dijo para su corazón la pobre tísica.

Tomó el medicamento: al descubrir los brazos, dejó ver también la garganta y el seno: ¡qué escualidez tan seca y tan amarilla! parecía un busto modelado en cera y colocado entre paños de nieve.

La Martina volvió á arropar á su vecinita; la hizo unos momos cerca de la cara, la dió unos cariñosos estrujones en las caderas, y dijo, volviendo á su cama:

—Con que á ser buena, y hasta mañana si Dios quiere: ¿eh? Que me despierte V. si la da el golpe de tos y por un acaso no la oigo... ¿estamos? No hagamos lo de anoche; que echó V. un cuartillo de sangre por la boca, y no me llamó porque la dió lástima cortarme el sueño.

—Está bien, está bien, Martina de mi alma; en cuanto me amague la tos, la tiraré á V. de las sábanas.

—Y V. que no lo haga, que mañana la repelo.

—Descanse V., mi amiga cariñosa, ¡mi hermana del corazón!...

Y la pobre tísica se volvió de espaldas á la Martina, murmurando:

—¡Mañana es su santo!... ¡Mañana! ¡Dios mío! El en su asilo, y yo en el mío; él sin saber cómo yo estoy, y yo sin saber cómo está él... Porque no me atrevo, vamos, no me determino á llamarle...

—¿Quién será ese Joaquín á quien todo el día ha estado nombrando?—refunfuñaba la Martina, volviéndose también de espaldas.—¡Bah!

algún querindango... algún valencianote que se quedaría por allá en zaragüelles.

¿Y cuál será la confianza que ayer me dijo que tenía que hacerme?

Ya se ve: como se ha pasado todo el santo día de Dios *Joaquineando*, ha tenido la cabeza á pájaros, y con las glorias se le han ido las memorias.

A ver si luego salimos con que en vez de melones son pepinos, y me viene á contar alguna cursilería de amoríos.

¡Tendría que ver!

Por el pronto, hoy ha sido día de entrada pública, y el *Machaca* no ha querido bajar á verme y decirme: "por ahí te pudras."

¿Qué apostamos á que siguen los líos con la *Paca la de las acerolas*?

No, pues lo que es como yo me cure pronto y salga de este infierno, en cuanto asome la jeta por la plaza de la *Cebá*, á alguna le va á arder el pelo.

Lo que es el *Machaca* es un bribón de marca mayor...

¿Pues y ella? No digo *ná*, lella!

Cualquier día le vuelvo yo á dar siete duros para pagar dos meses de casero: ¡Anda y que haga clavos ó ponga herraduras para sacar el dinero... ó que reviente, y el demonio cargue con los dos!

Así barajó maldiciones y sospechas, anatemas y crueldades hasta que la rindió el sueño.

Y se durmió, pensando en su cuchitril de la calle de Cabestreros, y en la tunantona de la *Paca—la de las acerolas—*y en el ingrato *Machaca*, que era un herrero, viudo, feo, borra-

chín, pero decidor y atravesado; lo bastante para adueñarse del corazón de una verdulera de armas tomar, y aun para presentarse candidato y salirse con la diputación á Cortes por cualquier distrito de Puerto-Rico, donde dicen que se hacen los legisladores, como quien hace escarpas si le dan hierro, carbón, una hornilla y un martillo.

En la cama n.º 17 que era la de Lola, se oía suspirar: en la n.º 18 se oyeron pronto ronquidos estrepitosos.

Lola soñaba despierta, y decía en voz que apenas podía percibirse:

—¡Joaquín! ¡Mi Joaquín! ¡Dios te bendiga!

En el otro catre, la Martina gruñía y bufaba, dormitando; de vez en cuando echaba espumajajo por la boca, y al sacudirlo sobre las sábanas, decía:

—¡Machaca! ¡Ladrón! ¡Tunante! ¡Maldito seas! ¡Vas á morir, *arrastrao*, como murió tu compiche el *Langostino*!

IV.

Al día siguiente, la tísica estaba más postrada, más débil y amarillenta.

Lo pasó llorando por los ojos, y arrojando por la boca átomos de vida.

Llegada la hora oficial de la visita, su médico, el excelente Doctor R..... pasó un mal rato; aquella enferma le era simpática, le parecía un ángel que se había equivocado al venir á la tierra, y ya la profesaba cierto cariño que no sabía disimular.

—¿Tomó V. anoche una de las píldoras que le receté?

—Sí señor; me la dió la señora Martina.

—Y le ha sentado á V. mal, por lo que veo.

—¡Quiá! nó, señor; si aunque hubiera tomado bizcochos en Jerez, que es ahora lo que más me gusta, hubiera pasado lo mismo. Tengo mis motivos para estar así... hoy es un día... ¡vamos! un día en que yo sufro mucho.

—Pues lo siento, hija mía, porque precisamente, hoy es mi santo, y quería yo obsequiarla á V. con Jerez y bizcochos, á cambio de un poco de buen humor.

—¿Su santo de V., Doctor? ¿Es su santo de usted? ¿Se llama V. Joaquín?

—Ese es mi nombre.

—¡Joaquín... Joaquín!...—gritó Lola incorporándose trabajosamente.—¡Ay! ¡qué alegría! deme V. su mano; las dos manos; quiero besarlas, besarlas muchas veces... ¡Se llama Joaquín!

Y como si la tisis se hubiese trasformado en súbita demencia, la impresionable Lola lloraba, reía, se agitaba nerviosa, recógiase el pelo que luego se la destrenzaba, y no dejaba de estampar sus cálidos besos en las manos del Doctor.

Pero aquella excitación produjo violenta crisis en su organismo. Se recostó jadeando; cerró los ojos, cuyo amoratado círculo se agrandaba, como un iris de la muerte, y acabó por llorar copiosamente, ocultando el rostro en las almohadas.

El Doctor R..... quiso respetar la clave de aquellos recuerdos: volvió á pulsarla, y entornando la mirada como quien teme cercano peli-

gro, ó se ahoga en un mar de dudas, se retiró de la cama n.º 17 y detúvose en la de Martina.

—Usted va mucho mejor, buena mujer, la dijo al terminar su visita; antes de cuatro días, *alta*. ¿Conque es V. amiga de esa pobrecita?...

—¡Ay, sí señor! y que se merece cualquier cosa; es un pedazo de pan, un cestito de fresas...

—Pues bien: cuídela V. hoy más que nunca, —añadió el Doctor, hablando al oído de la Martina.—Una crisis moral ¿me entiende V.? una pena del alma, ha venido á llevarse la poquita parte que había en los pulmones. Luego traeré yo una medicina, de la cual no puede tomar más que una cucharada cada cuatro horas... ¿ha oído usted bien?

—Sí, señor; una cucharada cada cuatro horas.

—Pero no empiece V. á dársela hasta el anochecer, que es la hora en que se pone peor, ¿estamos?

—Sí, señor; desde el toque de Animas en adelante; ya sé.

—Es que hay que tener mucho cuidado, porque si equivocadamente la toma creyendo que es agua pura, ó si dobla la cantidad por una distracción de V., correría mayor y más inmediato peligro. A V. se lo encargo, porque está visto que de sus manos toma con gusto cuanto la da, y siempre se resiste á los practicantes y á las hermanas...

—Esté V. tranquilo, señor, que cuando la Martina dice que sí á una cosa, no hay poder humano que la tuerza.

—La cuestión no está en torcerse, sinó en no

equivocarse, y estar muy alerta, por si amaga un contratiempo repentino.

—Le llamarían á V. inmediatamente, señor... ¡pues no faltaba más! ¡Paisanita de mi alma y de mi corazón!

—Hasta la tarde, si antes no hago falta.

—Vaya V. con Dios, señor, y el cielo le acompañe.

V.

La Martina quedó pensando si la valenciana se iría á morir de buenas á primeras, sin descubrirla aquello que era un misterio, y que ya la cosquilleaba, por lo mismo que Lola, al anunciarla su revelación, había dicho, bajando mucho la voz para que las otras enfermas no pudieran enterarse de nada:

—Y en esto la daré á V. la mayor prueba de confianza y de cariño: ¡como que se trata de lo único que me queda en el mundo! ¡Y esto es un tesoro!

—¡Bah! ¡lilailas,—había pensado primeramente la vecina del número 18.

Pero la firmeza del acento de Lola, el recato con que había anunciado su confidencia. y la palabra *tesoro*, dicha así, como con doble sentido, acabaron por intrigarla subyugándola á mil y mil extrañas cavilaciones.

Por de pronto se olvidó de Paca la de las acerolas, y del herrero de sus entrañas.

Y fija la penetrante mirada en el cuerpo de Lola, que ya parecía envuelta en un sudario,

esperó á que recobrase el sentido y volviese á la vida con cuanto la rodeaba.

Entre tanto, y por disposición del facultativo, dos mozos trajeron un ancho biombo, con el cual aislaron las camas n.º 17 y 18, para que el movimiento de las otras enfermas no perturbase á la pobre tísica en sus inquietudes, ni á la Martina en sus solícitos cuidados.

Luego, un practicante y una hermana de la Caridad penetraron en aquel improvisado gabinete, formado en un ángulo de la sala, y dejaron en la mesita-armario de la enferma, una botella de Jerez, algunos bizcochos, y otra botella, llena de un líquido espeso, lechoso y que encerraba las últimas esperanzas del Doctor. Lola no se dió cuenta de estas mudanzas, hasta bien cercano el mediodía.

Despertó como de un letargo; separó de sus ojos los mechones de cabello negro que velaban su turbia mirada, y sonriendo al ver en pié á la Martina, dijo, como sollozando:

—¡Usted, siempre la misma!

Pero ¿qué es esto, nos han encerrado?

—¡Chist! ¡No hay que espantarse, mujer de Dios!

Esto es que nos han hecho casita nueva... ¿ve V. qué maja que está? ¿Ha visto V. ese Jerez y esos bizcochos?

Pues todo ha sido obra del médico, de don Joaquín...

Lola cerró los ojos al oír este nombre; al volverlos á abrir, titilaban en ellos dos lágrimas, que cayeron hasta el pecho, trazando dos rayitas blancas en el rostro y en el cuello.

—Don Joaquín, que no permite que nos

molesten las otras, que nos quiere mucho más que á las otras, y que acabará por sacarnos de aquí á las dos, más limpias y relucientes que dos manzanas de las huertas de Alcañiz....

—Sí, sí, señora,—articuló pausadamente la valencianita;—el doctor es muy bueno, muy amable... Usted es un ángel, una hermana para mí. ¡Ay! La verdad es que Dios no debía dejarme morir ahora... ahora que encuentro gentes buenas en la tierra.

—¡Toma! toma... ¡tomates! ¿Pero quién habla ahora de morirse, alma de cántaro? ¿A que la rompo yo á usted algo, si vuelve á salirme con esas calabazas? Además, que otras veces habrá usted encontrado buenas almas en la tierra... Y sinó, vamos á ver... ¿Ese Joaquín que desde ayer no se le descuelga á V. de entre los labios?

—¡Ay!—exclamó sordamente la tísica,—ese no es sér de la tierra, señora Martina...

—¡Cómo! ¿Ya no vive?

—Sí que vive, sí, señora... pero la digo yo á usted que ese no es de este mundo.

—¡Ay! hija, pues no está V. poco ciega por un hombre; perdone V. que se lo diga como lo siento...

—¡Un hombre! ¡Si tampoco es un hombre! —dijo Lola, volviendo á llorar como una desesperada.

—¡Demontre! ¿que no es un hombre, y se llama Joaquín, y vive? Pues no lo entiendo.

—Es... es... un ángel de Dios, un lucero del cielo, una flor perdida del Paraíso... Es mi hijo, señora Martina; mi hijo de mis entrañas, que está en el Hospicio...

—¿En el de Valencia?

—Nó, señora, ien el de Madrid!...

—¡Ah! ¡ya!... ¡vamos!... Usted dispense, hija, usted dispense; ya se ve, como yo no he tenido chicos, pocas veces me acuerdo de que las mujeres servimos para madres.

Pero ¡ea! ¿á que ahora vamos á echar la sogá tras el caldero? Eso sí que no lo permito, ni lo aguantará el Doctor, ni lo sufrirán las hermanitas...

¡Hija! por Dios... tenga V. un poco de su filosofía, que eso nunca está de más...

¡Vamos! ¡vamos! ¡Malditos lagrimones! Si parece que nació V. el día del diluvio *occidental*, y se quedó V. con la mitad del agual! ¿Qué es eso de temblar como una azogada, y revolcarse como una loca?

¡Eh! amiga, que está aquí la señora Martina, que la quiere á V. con todo su *aqué!*, y va á comérsela á besos ahora mismo, ó la va á despedazar á mordiscos, si no probamos este Jerez y estos bizcochicos.

¡Qué lo digo yo, y basta! ¿estamos?

Soy testaruda como buena aragonesa...

Lola se echó á reír, cuando menos quería dejar de llorar.

—Aragonesa...—balbució—¡cómo se pone usted, que olvida nuestra ciudad de las flores!

—(¡Me caí!)—dijo para sus adentros la Martina; pero no tardó en reponerse del sustillo que la produjera su propia contradicción, porque bien pronto soltó una carcajada, y exclamó:

—¡Aragonesa! ¡Pues no creí en este momento que era yo mi madre! mi madre sí que

era de tierra de Aragón, de Alcañiz... ¡buenos melocotones! ¡pero buenos! ¡pero buenos!!

VI

Ese doble paréntesis del día, que se llama crepúsculo, ejerce misteriosa influencia en todos los organismos.

En la Naturaleza, sus medias tintas, sus vaguedades, parece como que dan al cielo color de incertidumbre, y á la tierra aspecto de duda.

En el alma, el crepúsculo exagera los miedos y las cavilaciones; en pleno día, cuando todo se ve claro, el hombre conoce el mundo en que vive; en cerradas tinieblas, duerme y viaja por los mundos de la fantasía.

En el cuerpo, en esta máquina de sufrimientos, arsenal de egoísmos y manantial de podredumbres, el crepúsculo ejerce una acción cruel, verdaderamente insufrible; exacerba las fiebres y los sueños.

La duda, esa Euménide de la Razón, es la imagen, en el espíritu, del crepúsculo en la Naturaleza.

Todos los presentimientos del infortunio se agrandan, con extrañas fantasmagorías, con siniestras visiones, en las horas melancólicas en que nace el día y en que va á reinar la noche.

Todos los dolores del cuerpo, crecen y se multiplican durante los crepúsculos.

No hay memoria de que un loco, que durante el día lleno y luminoso disfrute momentos de razón, en esas horas inciertas no se irrite y exaspere.

Recuerdo haber pasado un crepúsculo vespertino, en una *pampa* de las alturas andinas de Bolivia, y haberme detenido á gozar el extraordinario espectáculo que ofrecían á mis ojos asombrados, aquellos tres gigantes de roca, con coronas de nieve, que se llaman el *Illimani*, el *Sorata* ó *Illampu*, y el *Huáyna-Potocsi* (Joven Potosí.)

Durante el día se les veía fijos, serenos, grandiosos, como tres Faraones de piedra que desde las edades del antiguo Egipto surgieran para ver cómo vivimos los pigmeos de ahora.

Pero al caer el día y extender su manto la noche, á esa hora en que el pájaro guarda la cabeza bajo el ala, y el insecto sale á rastrear por los campos, parecía como que aquellos tres nevados se movían en sus anchas bases de piedra y lava.

No estaban quietos, perennes, inmóviles, nó; ó mi retina temblaba como los últimos destellos del moribundo rayo solar, ó aquellos monstruos de piedra se tambaleaban.

Un indio *aymará*, mi guía en aquella caminata, me dijo sonriendo:

—¿Qué miras, *viracocha*? (señor.)

—Juraría que los *nevados* se mueven.

—A esta hora, sí; y también por la mañanita, se saludan moviéndose un poco; pero luego se están quietos.

VII.

Llegó el crepúsculo de la tarde, y Lola comenzó á delirar.

La Martina, que casi constantemente estaba

en pié, se echó unas enaguas, se arrebujó en un mantón, y se sentó á la cabecera de la cama.

—¿Quiere V. tomar una cucharadita de esta cosa blancuzca que trajeron esta mañana?— preguntó á la tísica.

Esta respondió maquinalmente que sí: la sed la devoraba.

Apuró el medicamento, con delicia inefable, como si fuese maná de salud ó néctar de alegrías, y murmuró saboreándolo:

—¡Qué rico! ¡Isabe á gloria! ¿Puedo tomar otra cucharada?

—Ay, nó, señora, nó. Ahora son las siete; á las once *in punto*, otra ración.

—¡A las once! Pero es que me voy á morir de sed, señora Martina de mi alma. Un traguito más... media cucharada... ¡cuatro gotas, siquiera!

—Que nó, eso sí que nó *écómo* se dicen las cosas?

—Bueno: cuando V. me lo niega, por mi bien será.

Callaron.

La Martina estaba desasosegada, con la preocupación de aquella confidencia que tanto se retrasaba, y que podia frustrarse al menor contratiempo.

Pero á eso de las nueve, Lola se volvió hacia ella, y la cogió entre las suyas una mano.

—¡Si viera V. qué bien me siento, señora Martina!

—¿De verdad? ¡Calle! ¡Pues si tiene V. una *color*, que ni las cerezas cuando quieren madurar! ¡Anda, anda, y qué ojos tan claritos, y qué boca tan sonrosada!...

¿No decía yo que teníamos mujer para muchos veranos?

Ahora, otra copita de Jerez con otro par de bizcochicos... ¿eh? Y se va V. á poner como una reina.

—¡Venga, venga todo eso!..—contestó alegremente la valencianita.

—Ay, hija; lo que es cuando un médico acierta, parece un dios. En cambio, cuando esos señores dan en la herradura, el demonio que cargue con ellos.. A ver, á ver... abra V. esa boquita de gloria... ¡Olé, mi niña! que dicen los flamencos del café Imparcial.

—Pues también el Jerez me sabe á cielo.

—¿Y los bizcochicos *empapaos*? ¡Toma, cotorrica, toma! ¿A que nó, á que sí? Al higui, al higui, con la mano, nó... con la boca, sí.... ¡Ahora cayó!

Y acercando y esquivando el bizcocho mojado en vino, jugueteaba la Martina, con las ansias y las risas de la pobre doliente.

—Con que, vamos á ver; ya que está V. tan aliviada; ¡bendito sea Dios que lo permite! ¿se enfadará V. si la recuerdo una cosa?

—¡Enfadarme yo con V.!

—No lo digo mayormente porque usted pueda incomodarse; sinó que, vamos... las mujeres todas somos iguales en esto de la curiosidad, y usted me ha ofrecido contarme algo que todavía no me ha contado.

Me habló V. de una confianza, de un secreto.. ¡pues! ¿ya no se acuerda?

—¡Ah! sí.... es verdad ¿no he de acordarme?

—Y qué.. ¿se puede saber ahora algo del

misterio? Pregunto, así, á la buena de Dios ¿estamos? No es que yo la obligue á V...

—Nó, nada de eso, señora Martina: el cariño de V. está para mí tan probado, que por si algo fatal me ocurre en este triste asilo, tengo el deber de confiar á V. lo único que poseo en el mundo... Acerque V. más esa silla; tengo que hablar en voz muy baja. No quiero que esto lo sepan más que Dios, usted... y yo.

La Martina pegó su silla al catre de Lola, y esta dijo:

VIII.

—Verá V....

Yo soy hija de un humilde empleado del ferrocarril de Valencia á Tarragona.

Mis padres, que ya no viven por desgracia, ¡y quizá por culpa mía! no me dejaban ser novia de un tal Joaquín, empleado en la misma línea en que mi padre trabajaba, y que entre los empleados tenía fama de malas costumbres... ¡pues! que todos decían si bebía ó no bebía, si jugaba ó no jugaba, y si estaba de milagro en la compañía.

Pero ¡qué quiere V.! lo que son las cosas del mundo; á mí me gustaba aquel hombre, me dominaba, me convencía de que era bueno, de que todos sus compañeros le tenían *tirria* porque era más decente que ellos, y porque había tenido principios, y... ¡en fin! que contra la voluntad de mis padres y de todos sus relacionados, y del mundo entero, dije que quería ca-

sarme con Joaquín, y sinó que me enterrasen con palma.

Se armó en mi casa la que puede V. figurarse.

Para evitar aquellas relaciones, mi madre determinó llevarme por una temporada á Barcelona, donde ella tenía un hermano casado y bien establecido: con que, dicho y hecho; nos fuimos, y allá pasé más de tres semanas sin saber palabra de Joaquín.

Pero no había cumplido el mes cuando Joaquín se apareció delante de mi casa.

Vivíamos en el Ensanche, que entonces empezaba á poblarse mucho, en una calle que dicen la de Valencia, y que sólo por tener este nombre me parecía la más bonita de la ciudad. Una vez, salía yo al anochecer, en busca de un poco de azúcar á una tienda, cuando se me acercó mi novio y dándome un *achuchón*, me dijo:

—¡Aquí me tienes, prenda de mi alma!

Pegué un grito que se debió de oír en la Plaza de Cataluña, y eso que está bien lejos de donde yo vivía... ¡cómo de aquí á la Cibeles!

—¡Joaquín de mi corazón!—le contesté, abrazándole como una loca.

¡Qué quiere V.! Hay cosas que no se pueden remediar, que no está en una el evitar ¿no le parece á V., señora Martina?

—Sí, hija, sí; de ese percal tengo yo otro vestido. Ande V. y vamos por el azúcar... que se volvería arroje manchego, de seguro.

—¡Figúrese V.! Mi novio, de quien mi tío había dicho antes que le habían echado del ferrocarril, por no sé qué cosas feas de estafa, ó por haber abierto los baúles de un viajero...

en fin, yo no sé por qué delito, me aseguró que todo aquello era pura fábula inventada por mi parentela, y que lo que él había hecho era presentar la dimisión para irse á Barcelona, donde ya tenía buena colocación en un tranvía.

Yo le creí más que á mis parientes, porque cuando una está ciega, ni ve, ni palpa, ni sabe lo que se hace.

La reserva de la llegada de Joaquín no pudo durar más de cuatro ó seis días, porque, fijándose mi madre en aquellas salidas mías de la casa, con pretextos y mil trapacerías, pronto sospechó si andaría cerca el gavilán; y ¡claro! dió con él, y salió una noche con mi tío, que es un catalán que pesa diez arrobas y ha sido marinero en las Américas, y no le tiene miedo á ningún nacido.

Hubo riña, algunos garrotazos, mucha bulla en la vecindad; y los vigilantes se llevaron á mi tío, sano y salvo, y á mi novio con la cabeza partida.

A los tres ó cuatro días llegó mi padre, informado por cartas que ponían el grito en el cielo; y, para abreviar, que toda la familia me dijo que si no dejaba á aquel perdulario, me iban á meter en un convento, ó en un Hospital, ó no sé dónde.

Al pronto me asusté, pero una carta de Joaquín, traída por un chiquillo de la calle, me animó á escaparme.

Y me escapé; como V. lo oye.

Dejé pasar unos cuantos días: aparenté conformarme con la ausencia de Joaquín; y la noche de Reyes, ya ha hecho diez años, salí de casa para comprar algo en la tienda, me junté

con mi novio que me aguardaba en el Paseo de Gracia, y aquella misma noche salimos en un tren que tardó muy pocos minutos en dejarnos en uno de aquellos pueblecillos.

IX.

—¿Y ahora, me da V. otra cucharada de esa bendita medicina?

—¿Ahora? ¿qué he de darla yo á V., si no son las siete y media..? ¡Pues tendría que ver!

—Entonces, otro poquito de Jerez con un bizcocho.

—No sé si la convendrá á V. tomar tanto vino y tan á menudo... pero en fin, remoje usted el tragadero para hacer saliva, y no me pida usted más hasta las once de la noche.

—Así lo haré... ¡gracias, gracias, señora Martina!

Pues como íbamos diciendo, de allí nos escapamos á Lérida, donde Joaquín estuvo algunos meses empleado, pero sin dar su nombre ¿está V.? Se puso otro, no sé qué de Armengol y Ballester...

—¡Armengol! exclamó la Martina.—Y añadió para sus adentros:

—¡Qué casualidad! ¡El apellido del *Machaca!*

—Sí, señora,—prosiguió Lola, sin advertir la sorpresa de su interlocutora al oír aquellos apellidos.

Armengol y Ballester, me decía Joaquín que eran los apellidos de uno que había sido amigo suyo en Madrid, pero que ya había muerto...

—¡Ojalá!—murmuró la Martina.—Y vamos

á ver... vamos á ver... ¿hubo fruto de bendición?

—Sí, señora, un hijo, mi hijo único: lo tuve aquí, en Madrid; en Lérida estuvimos poco tiempo, y nos vinimos á este pozo airón.

Pero Joaquín, que tan bueno había sido para mí hasta aquel entonces, se volvió aquí un perro, lo que se dice un perro.

Tal fin tuvo él.

Una tarde salió de casa,—todavía no vivía nuestro niño,—y no volvió.

Me eché á correr calles, desmayada de hambre y de pena, y todo lo que pude saber en una taberna de la calle de Cabestreros...

—¡Mi calle..!

—¡Ah! ¿sí? ¿vive V. en ella? Pues todo lo que vine á saber, fué que entre Joaquín y otro, un herrero muy malazo, y que había estado en presidio, habían querido matar ó habían muerto del todo, á un vendedor de frutas de la Plaza de la Cebada.

La Martina entornó los ojos; y mientras Lola había relatado esta parte de su historia, murmuraba:

—¡La taberna del *Pulgón*... justo! ¡la misma!

¿Un herrero muy malo? ¡El *Machaca*! ¡Cabal!

¡El muerto de la calle de Cabestreros!.. ¡yay! ¡yay! el pobre señor Blas el murciano, que lo dejaron seco á puñaladas por robarle setenta y cinco duros y el reloj.

¡Joaquín!... ¡Joaquín!... ¡Bah! ¡Si así se llamaba el *Langostino*!

—Pues bien,—añadió la valenciana,—pasaron cuatro días, ocho días, un mes y inada! mi hombre no parecía ni vivo ni muerto.

—¿Y cómo había de parecer?—interrumpió la Martina, sin fijarse en si cometía ó nó alguna indiscreción que cortase los vuelos á la confianza de Lola.—¿Cómo había de parecer, si al ir entre los guardias, camino del Saladero, se pegó un tiro debajo de la barba, y no dijo ni ¡Jesús!?

—Cómo... ¿lo sabía V., señora Martina?

—Pues ya lo creó, hijita de mi corazón: ¡si hace *decisiete* años que vivo en la mismísima calle de Cabestros, y no hay historia de esas que, sin quererlo yo, no llegue á mis oídos!

A su novio de V., es decir, al padre del chiquitín, le llamaban por mal nombre el *Langostino*...

—Verdad... sí, señora... se lo oí decir entre burlas y enfados algunas veces. ¿Conque le conocía V.? ¿Le trataba V.?

—Un poco,—respondió la Martina fingiendo más que nunca.—Pero siga V., siga V... Vamos tras del niño, que ya tarda en venir al mundo...

XI.

—Nació mi hijo á los pocos días de la desgracia de su padre.

Yo, que estaba más muerta que viva, tuve que echarle al torno, y agenciarme luego, desde Valencia adonde me fuí, para saber cómo estaba en el Hospicio.

Entre los pañales metí un papel con mi nombre, el de su padre, y otros apuntes que me dijeron que pusiera, para mañana ú otro día poderle sacar y tenerle conmigo.

—¿Y á qué fué V. á Valencia?

—Pues mire V., la verdad, á pedirles perdón á mis pobrecitos padres.

Pero llegué tarde para merecerlo.

—¿Ya no vivían?

—Mi madre, nó, señora; había muerto en una casa de locos que dicen de San Basilio, ó San Baudilio, cerca de Barcelona... Mi padre, que á nadie más que á mí tenía en el mundo, y que todavía se conservaba joven y con ánimos para todo, dicen que se embarcó para la Habana, ó para otra ciudad de aquellas que hay en Cuba y en el Perú.

—¿Entonces, se volvería V. á Madrid, al lado de su criatura?

—Entonces... nó, señora, no me volví; me quedé allá, y ya no supe lo que hice de mi alma, ni de mi cuerpo...

Sólo sé que quería dinero, mucho dinero para mi Joaquinito.

¿Me comprende V., señora Martina?

—Sí, hija, sí que la comprendo á V.

¡Ay! ¡ay! si las cosas se hicieran dos veces ¿no es verdad?

—¡Ya lo creo!—respondió Lola, llorando con fuerza.

Pero ahora es cuando voy á dar á V. la gran prueba de mi cariño, de mi amor, de mi confianza ciega, señora Martina.

Acerque V. más el asiento... ¡ajá! ¿me oye V. bien?

La Martina cerró los ojos, y respondió que sí, moviendo la cabeza.

—Mi hijo tiene ocho años: le he visto cuatro veces en la temporada que llevo en Madrid, y

cuando andaba arreglándolo todo para sacarle del Hospicio, y poner una casita pobre, para él y para mí, y trabajar de noche y de día, para él sólo, que lo que es á mí la vida ya me pesa mucho y no me sabe á nada; cuando todo se presentaba mejor iseñora Martina de mi alma! cai enferma en una casa de huéspedes donde pagaba dos pesetas diarias...

—¡Dos pesetas diarias!... ¡ay! ¡hija! ¡sería un palacio!

—Oiga V. ¡Si el caso es que tengo dinero, bastante dinero, mucho dinero!

La Martina ya no escuchaba, devoraba las palabras de la tísica.

—Peseta á peseta, engañando á esta, privándome de lo otro, y valiéndome de todas las mañas que V. no puede ni adivinar siquiera, junté en Valencia cuatro mil reales al primer año de establecida; luego junté seis mil, luego ocho mil, y así fui, cambiando monedas por billetes chicos, y estos por otros más grandes, y llegué á los dos mil duros, todos en billetes de á cuatro mil reales.

En seis años de locura, de horrores, he andado vestida de seda, y he comido patatas cocidas, pan duro y huevos medio crudos.

Todo por juntar dinero para mi hospicianito.

Que un hombre me hablaba de vivir formal y decentemente conmigo, de tratarme como á una señora... ¡quí! yo no quería querer á nadie más que á mi inclusero, ni pensaba en nada más que en salvarle, aunque mi honra y mi sangre y hasta mi alma se perdieran.

Así, así, con la paciencia con que la hormiga lleva un grano y otro grano, desde la era al es-

condrijo, así lleve yo á mi baúl un grano y otro grano de plata.

Dos mil duros eran mi cantidad soñada, el tesoro á que yo había querido llegar, para salvarme de que mi perdición fuese eterna, y de que mi niño se quedase en el montón de los hijos de nadie.

Los junté; no quise fiarme de nadie, á nadie le quise descubrir la mina ¡buen paso hubiera llevado! Y como los billetes de Banco no ocupan mucho, ni molestan para andar, los cosí... ¿dónde dirá V. que los cosí?

—¿Qué sé yo? En el colchón de la cama de la casa de huéspedes...

—¡Tonta, más que tonta!—dijo la tísica, pegando una palmadita á su *protectora*.—Me los cosí por dentro de la camisa, entre el sobaco y el lado del corazón, cubiertos con un pedacito de tela muy suave, pero fuerte ¡ya lo creo! fuerte como una plancha de acero.

—¿Y tiene V. ahí ese dineral, en la camisa?

—Naturalmente; en el pecho, que es de mi Joaquinito; tocando al corazón, que es todo suyo, y sólo suyo..... Mire V..... meta V. la mano... así, con disimulo ¡con cuidado!... ahí, por ahí andan... ¿los toca V., los siente V., señora Martina?

Lo primero que se me ocurrió fué llevar el dinero de mi hospicianito, á un Banco, á una Caja de Ahorros de esas que dicen que no quiebran... Pero como no sé leer ni escribir, siempre estoy temiendo que me den papeles falsos, y por eso soy tan desconfiada...

Además, que en un Hospital, en una casa santa como esta,—pensé yo en seguida que me

asusté de los peligros de una quiebra,—en una casa bendita donde no se respiran más que caridades, ¿quién me va á robar lo que tan oculto traigo?

Quiere decir que si me muero, se lo doy al confesor, descubriéndole para quién es, y mi hijo lo disfrutará, y yo dejaré tranquila esta vida miserable.

¿No la parece á V., señora Martina de mi alma, que en todo esto pensé con mucho juicio, y hasta con talento?

La verdulera,—ya podemos decir cuál era la *profesión* de Martina,—no había separado la mano del sitio en que estaban los billetes; callaba, sonreía, temblaba... y maquinalmente, sin darse cuenta del sentido de sus contestaciones, á todo afirmaba, apoyaba siempre, y prodigaba mil y mil ternezas á Lola.

Y solamente allá, en el fondo de su corazón, sonaba algo como un torrente oculto, una voz que decía:

—¡Dos mil duros! ¡idos mil duros!!

XII.

El Hospicio provincial de Madrid,—dicho sea con perdón de quien corresponda,—es de los peores Hospicios que hay en España.

Desde la fachada,—obra *peregrina* de Churriguera,—hasta los buhardillones en que están los dormitorios del último piso, el establecimiento adolece de cuantos defectos pueden señalarse en una mala posada de aquellos tiempos en que no había mejores medios de locomoción que las



diligencias para los ricos y las *galeras* para los pobres.

La capital de España, esplendorosa y soberbia en otras instituciones, ofrece al curioso viajero observador no pocas contradicciones como esta.

Frente al Hospicio, que debiera ser un palacio por su exterior, y una maravilla con todos los adelantos modernos, en su parte interior, álzase imponente y majestuoso un alcázar semi-escorialesco, destinado al Tribunal de Cuentas del Reino.

¡Cuánta magnificencia para un Tribunal que estará ahora examinando las cuentas del Estado en 1865 ó en 1870, cuando mucho!

Los expedientes del Presupuesto, ¡hospicianos de papel! han sido más afortunados que los hijos de la humanidad extraviada.

El autor de estas historias ha visitado, por espíritu de comparación, los Hospicios de algunas modestísimas capitales de provincia, tales como Oviedo, Valladolid y Zaragoza.

El primero y el último de estos tres Asilos, son verdaderos modelos de limpieza, de buena organización, de bien entendida caridad cristiana.

Singularmente, el de Zaragoza, es magnífico por su capacidad, admirable por su régimen, inimitable por sus condiciones higiénicas y por el aseo de todas sus dependencias.

¿Pero el Hospicio de Madrid? Aquello es una cloaca máxima, lo que los chinos del campo llaman en Sud-América, un *galpón* ó una *barraca*.

Cierto que ahora se corregirán un poco sus

vicios y se remediarán sus faltas; la Diputación provincial de la *coronada* villa (este adjetivo siempre es provisional en nuestros escritos), ha dispuesto recientemente que los pobrecitos aislados dediquen ocho días del año á ejercicios religiosos... Con cuya salvadora medida, si el rancho no mejora, ni los dormitorios se olean, ni las camas se ablandan, en cambio, las almas de los hospicianitos estarán más puras que antaño, y tendrán más méritos y virtudes para ganar el cielo.

Pero ¿con qué fin hemos cortado el hilo de la narración, saltando desde el Hospital General, al Hospicio?

¡Ah! sí,... vamos á conocer al hijo de Lola.

XIII.

Joaquinillo, el *atrilero*, como le llamaban en el Hospicio todos los músicos de la banda, dormía... ¿qué es dormir, si la pobre criatura no podía pegar los ojos?... se acostaba, queríamos decir, en un catrecillo temblón, con remembranzas de unas almohadas, pujos de sábanas blancas, conatos de colcha, y remedos de un colchón de lana, más destripado ya que un caballo que ha servido para la lidia de tres toros de puntas. Nadie quería mal al hijo de Lola, que era de pasta de ángeles por lo bondadoso y resignado.

El director de la banda de música le había escogido para dedicarle á tocar el cornetín; pero mientras rompía los escollos del solfeo y tomaba la embocadura, Joaquinillo era uno de

los encargados de llevar la impedimenta de la música; es decir, las cajas con los papeles, y los atriles para las serenatas.

No era torpe para el trato de las corcheas y semi-corcheas; pero ¡ya se ve! aquel chiquitillo estaba siempre tan tristón, tan compungido, tan oji-lloso, que los profesores de las aulas, y los maestros de los talleres, y los inspectores, y los empleados de las oficinas, no se atrevían á reprenderle ni á mirarle mal, ni á decirle una palabra más alta que otra, porque Joaquinillo palidecía, se echaba á llorar como una Magdalena, temblaba como la hoja en el árbol cuando el viento la agita, y no había medio de consolarle en cuatro ni en cinco días después de la reprimenda.

—Esto no es un sér humano,—decía muchas veces el maestro de la banda,—es una *sensitiva*.

Y los hospicianos, que necesitaban poco para poner *alias* á un compañero, le bautizaron con el nombre de *Barquillo*, teniendo en cuenta su fragilidad de carácter y el rubio color de sus cabellos.

Y con el *Barquillo* se quedó para mientras viviera en el barracón infantil de la calle de Fuencarral.

Eso sí, ninguno de los que así le nombraban, abusaba de su debilidad, ni le maltrataba de palabra ni de obra.

Joaquinillo era tan dulce, tan suave, tan excelente camarada, que más le tenían como á niña regalona, que como á compañero de correrías y zapatetas.

Había más; si algún bárbaro, por extremos de su furia ó por brutalidad de sus arranques,

se disponía á molestar al *Barquillo*, no faltaban cuatro, seis, veinte muchachos animosos, que contuviesen el golpe de la iniquidad y defendiesen resueltos al más débil de los niños de la casa.

Y Joaquinillo, que siempre había sido ejemplo de docilidad y modelo de ternura, se había suavizado más, mucho más, desde un día en que el director del Establecimiento le llamó á su despacho y le puso junto á una mujer á quien el pobre niño no tuvo tiempo para mirar; porque cuando quiso preguntar quién era aquella señora, y fijarse en sus facciones, se encontró preso entre unos brazos que casi le ahogaban, y sujeto por una boca que se le comía á besos. El niño estaba en vilo, y no tardó en comprender que había subido al cielo...

Aquellos abrazos, aquellos besos le sabían á algo nuevo y para él totalmente desconocido; le sabían al más rico de los manjares, al más divino de los amores; le sabían á madre.

—Sí, tu madre soy, pedazo de mis entrañas, querubín de mi vida...—decía la mujer, llorando y riendo, gritando y bajando la voz, sentándose y volviendo á levantarse.—Tu madre del alma, tu madrecita del corazón, que viene á buscarte, á llevarte consigo, á trabajar para tí, á ponerte vestidos de colores que no has usado, á comprarte una tienda entera de juguetes, á cuidarte mucho, á quererte como á Dios, á tenerte como en un altar.

Tu madre, tu pobrecita madre, Joaquinito adorado, serafín mío... dame otro beso, ciento, mil... no te canses de besarme.

XIV.

Había que llenar algunas formalidades burocráticas para comprobar que Lola era, en efecto, la madre de aquel asilado, y en estos trámites exigidos por la reglamentación de la casa, transcurrieron más de quince días.

El expediente estaba ya á punto de llegar á su finiquito: el Director se disponía á pasar un buen rato, gozando con la ventura de aquella madre amorosa que iba á redimir á un cautivo, á quien diera el sér, cuando recibió una esquila por el correo interior, dictada por Lola á la patrona de su casa de huéspedes, y cuyos términos eran los siguientes:

“Señor Director: Una repentina enfermedad me hace ir al Hospital General; espero curarme pronto. No le diga V. nada á mi niño, á no ser que tardase yo más de dos semanas en escribirle á V. otra carta, en cuyo caso le agradecería que con un empleado del Hospicio, pasara á visitarme.

De V. atenta servidora q. b. s. m.

DOLORS ALGEMESÍ.)

El jefe del Asilo, haciéndose cargo de estas circunstancias, engañó á Joaquinito, diciéndole que su madre había tenido que ir á un pueblo cerca de Madrid para buscar la casa en que habían de vivir juntos, y que no tardaría más de dos semanas en estar de vuelta para recojerle.

Al pronto, el niño se conformó; pero los ni-

ños, por lo mismo que á veces son la credulidad elevada á inocencia, son también en ocasiones, recelosos y descreídos, como la malignidad.

El hijo de Lola dudó, luego lloró mucho, más tarde perdió el apetito y el sueño, y por último, aquella misma noche en que su pobre madre hacía revelaciones á la Martina, el chiquitín se revolvía en su catre, y mordiéndose los puños, murmuraba:

—¡Mañana, mañana si que me atrevo!

El señor Director no me dice la verdad: mi madre está enferma, cuando no viene á verme hace catorce días.

Nó, pues yo he de saber dónde está, y en cuanto lo sepa...

¡Nada, que me atrevo, que me atrevo mañana!

XV.

Volvamos al Hospital de la calle de Atocha.

Pasa ya de la media noche, y Lola ha quedado profundamente dormida.

Martina ha vuelto á su cama; y si en aquellos momentos la hubiera visto el Doctor, á buen seguro que la hubiese creído agravada en su enfermedad del pulmón, de la cual contaba curarla en pocos días.

Los ojos de la verdulera parecían dos luciérnagas del campo en noche oscura, dos fuegos fatuos de un cementerio.

A ratos fulguraban satánicamente, luego su brillo se apagaba, y un sacudimiento nervioso

agitaba y removía todo el cuerpo de aquel monstruo de falsedad y de codicia.

Martina consideraba ya suyos los dos mil duros de Lola; los necesitaba; la pertenecían.

—Así como así,—tales eran sus raciocinios durante aquel silencioso monólogo de sus cavilaciones,—la valencianita había de morir mañana ó pasado... ¿Quién se apoderaría del oculto tesoro? ¿El doctor del Hospital? Se lo guardaría muy bonitamente como si se tratase de bienes mostrencos. ¿El capellán confesor de Lola? Lo invertiría en cosas de iglesia, y el hospicianillo quedaría donde estaba ¡y Santas Pascuas! ¿Las hermanas de la Caridad? Martina, como todas las mujeres ignorantes ó deprayadas, aborrecía de muerte á las piadosas hijas de San Vicente.

Nada, nada, cosa resuelta: aquel dinero era suyo, por derecho de legítima trasmisión.

Con dos mil duros en metálico, y con la salud recobrada y el pulmón recio, y las muñecas fortalecidas... ¡qué guantadas para el *Machaca*, qué repelones para su querida (*bis*) la de las acerolas, y qué puesto de frutas el que se podía poner en la mismísima plaza de la Cebada! ¡Y qué muestra la que podía lucir encima de la portada!... *¡Frutería de Martina la Aragonesa!* ¡Digo!

Y amén de estas grandezas, ya casi seguras, y de estas venganzas, ya como saboreadas, ¿á quién le dicen los dineros de dónde vienen á las manos del que los tiene contantes y sonantes?

El dinero es mudo; ¡pues si él hablara, cuántos ricos tendrían que suicidarse!

Muchos refranes han hecho criminales; pero

ninguno ha criado tantos como este que dice: «La ocasión la pintan calva.»

Agarrar el cabello de la Fortuna; cojer eso que los franceses llaman la *hierba tierna* de la ocasión, produce más deslealtades, más homicidios, más robos y más atentados de toda especie, que la ambición del que trabaja, que la sordidez del que codicia, y que la envidia, madre de tan negros odios y tutora de todas las impotencias.

¡La ocasión! Tercera infame, concubina del acaso, vestal siniestra de los deseos, ha derramado ya más sangre en la tierra, que todos los tiranos y todas las injusticias consumadas por su despotismo.

XVI.

—¡Tengo sed, pero mucha!—murmuró de repente la madre de Joaquinillo el *atrillero*.

Y veo una fuente tan clara, tan hermosa... ¿por qué no nos acercamos un poco más, hijo de mi corazón?

Mira que me muero de sed, que mi boca es de fuego, que en mi pecho hay como cien fraguas encendidas... ¡Me ahogo!

—¡Delira!—rugió la aragonesa, saltando de su cama y acercándose á la de Lola.

De repente, apagó de un soplo una lamparilla que ardía sobre la mesita de noche: el rincón formado por el biombo, quedó casi á oscuras; apenas penetraban en él los tímidos reflejos de la luz de un reverbero que iluminaba la sala.

Martina consumó su obra maldita: sin pronunciar una palabra, tomó la botella de medicina, la destapó, y acercándola á los secos labios de la doliente, dijo en voz muy baja:

—¡Agua!

Lola agarró con ambas manos la botella; incorporóse en el lecho, y sin abrir los ojos, sin salir de su delirio, apuró de un sorbo todo el líquido blanquecino que la vasija contenía: más de un cuartillo, es decir, más de doce cucharadas.

La verdulera no volvió á colocar la botella en la mesita de noche; vacía como estaba, la dejó sobre la cama de Lola.

Y metiéndose otra vez entre las sábanas, se dedicó á expiar uno por uno los movimientos de la tísica, y á observar los efectos de aquella bárbara dosis del medicamento.

XVII.

Estos no se hicieron esperar.

A la hora, próximamente, Lola sufrió como una convulsión nerviosa: quería levantarse y no podía; quería hablar y no acertaba á articular palabra; manoteaba, como náufrago que hace el último esfuerzo envuelto entre las olas, y que siente que se sumerge, y quiere vivir, y comprende que la vida huye de su sér.

La desesperación más horrible, la lucha más formidable se descubrian en aquellos movimientos, en aquellos sollozos que querían ser gritos, y en aquellas manotadas que pedían socorro...

¡Socorro! La Martina acechaba, pero no se movía: al contrario, todo su miedo consistía en que las otras enfermas de la sala pudieran percibirse de aquellos ahogos y de aquellos temblores...

En el reloj del Establecimiento sonaron tres campanadas.

—¡Las tres, y esto no acaba!—murmuró la verdulera, mordiendo las sábanas para no rechinar los dientes.

Ya estuvo dispuesta á levantarse, para rematar su obra, ahogando á la pobre tísica... Se la ocurrían muchos medios á cual más cruel y más horrendo: cubrir la cabeza de Lola con las almohadas de su cama... ¿pero y si tenía fuerzas para tirarlas, y sospechaba de las intenciones de su infame vecinà?

Pensó luego en darle á apurar el Jerez de la botella... pero ¿y si se resistía á beberlo?

Porque ya no era la sed lo que á Lola la ahogaba: era algo como sangre que se le había subido á la garganta, y que allí cortaba la entrada al aire de la vida.

Dieron las tres y cuarto... las tres y media.

Aquella naturaleza joven, que había soporado siete años de corrupción, para ganar veinte de pureza y de amor, reluchaba con fuerzas increíbles; no quería entregarse á la muerte; iella que se había entregado al vicio, por mandatos de la desventura!

XVIII.

De repente, el ahogo se hizo sopor, monótono y pausado.

Lola asió la botella vacía, y quedó con los brazos extendidos.

Un ligero temblor, más largo pero más suave que los anteriores, removi6 el catrecillo...

Se oyó un gemido muy apagado, un suspiro muy ténue... y luego, nada más.

La Martina se incorporó, como debe erguirse una pantera que acecha á su presa dormida... Deslizóse muy despacio de su cama, y casi arrastrándose llegó á la de Lola.

La tocó el rostro y aun estaba caliente; pero con ese calor que se desvanece rápidamente después del último aliento.

Luego, como haciendo sus últimas pruebas, la levantó ambos brazos y los soltó: cayeron como caen los miembros muertos y aun no rígidos: por fin, se acercó cuanto pudo y la tentó los párpados que estaban entreabiertos; los entornó, por superstición y por miedo, que no sería por caridad, y dijo secamente:

—Ya está muerta: la amortajaremos.

En seguida echó á los piés todas las ropas que cubrían el cadáver; le desnudó, abrazándole para sacar la camisa, y quitándose la suya, se la puso al cuerpo inanimado de Lola: cubrióle al punto, y se apartó.

Pocos minutos después, la Martina estaba otra vez en la cama n.º 18, envuelta en la ca-

misa de Lola, y apretando contra su corazón el tesoro de la muerta.

XIX.

A las siete de la mañana, el practicante de servicio y una hermana de la Caridad, entraron sigilosamente en el recinto limitado por el biombo; creían que las enfermas números 17 y 18 dormían tranquilamente, y no se atrevían á despertarlas.

La Martina roncaba; debía estar rendida por tantas horas de desvelo.

Ya iban á retirarse, la hermana y su acompañante, cuando este quiso averiguar cuántas cucharadas del medicamento recomendado había consumido la valencianita...

Vió la botella vacía entre las crispadas manos de Lola, y aproximándose ya sin cautela, dijo en alta voz:

—Hermana: el número 17 ha muerto.

—¡Muerta!—gritó la piadosa mujer.

—Sí, señora, y debe hacer algunas horas, porque está ya como un palo.

Despertaron á la Martina, que fingió gran pesadez de sueño, y al preguntarla cómo había dejado morir á su compañera, sin avisar al médico de guardia, la verdulera manifestó tales asombros, lanzó tales exclamaciones y simuló tanta amargura, que ni la menor sospecha pudo cruzar por el pensamiento de aquellas buenas gentes.

Todo se explicaba racionalmente: Lola, á quien Martina había estado negando agua y Je-

rez durante largas horas, aprovechó un rato de sueño de su cuidadosa compañera, se apoderó del medicamento, lo apuró de un trago y... el mismo Doctor convenía poco después en los detalles: con la mitad, con la cuarta parte de aquel líquido, hubiera bastado para matarla.

De cualquier modo, era una desgracia que todos deploraban muy sinceramente, por las simpatías que Lola se había creado... pero ¡en un Hospital! ¿qué desenlace más natural que el de la muerte?

El practicante cubrió con la sábana el rostro de la difunta, y á petición de la atribulada Martina, que no se cansaba de estampar besos en las heladas mejillas de Lola, aquella se pasó á otra cama, desde la cual no podía ver el rincón en que había muerto su *entrañable amiga*.

La hermana de la Caridad se retiraba diciendo:

—¡Pobre señora Martina! Milagro será que este golpe no la cueste una recaída.

El Doctor R., tan crédulo como ella, añadió:

—Pues mire V., no está para muchos de estos, porque ahí donde V. la ve, que va á salir de *alta* dentro de un par de días, tiene menos pulmones que un pajarillo. El día que entró, me dió un susto mayúsculo...

El practicante de la sala era el único que, sin hablar mucho, porque era taciturno y reservadote, resultó la nota discordante en aquel coro de alabanzas á los cristianos sentimientos y á la compunción de la aragonesa:

—No sé porqué,—díjole aquella mañana á un mozo del Hospital,— esa *tía* que estaba en el número 18 me parece una embustera.

—¡Hombre, por Dios, no sea V. así! —contestó el mozo;— ¡si es una bendita de Dios! Está llorando como una Magdalena...

—¡Pché! ¡Llorar... llorar! Tengo yo una patrona que llora por todo... hasta el día que los huéspedes le pagamos la pensión.

¡Lagrimitas! Pues, ¡y que no saben llorar algunas mujeres!

XX.

Una circunstancia, extraordinariamente casual, hizo que Joaquinito cumpliera su palabra de hombre... en miniatura: se atrevió á dar el gran paso. Luego sabremos cuál fué esa casualidad.

Más acicalado, más peripuesto y más bien peinadito que nunca, bajó muy de mañana al despacho del Director del Hospicio, y dijo al ordenanza que á su entrada había:

—Oiga V., quiero ver al señor.

—El señor está en la cama, *Barquillito*; él no madruga tanto como nosotros.

—Pues yo quería verle.

—Pues más tarde le verás,—contestó el ordenanza, remedando al chiquitín.

—Nó, ahora, ha de ser ahora,—replicó el *atrilero* dando una patadita.

—¡Adiós, ministro!.. ¡vaya unos humos que vas sacando!

—Dígame V. dónde duerme el señor.

—¿Dónde ha de dormir? en su cama, en su alcoba...

—Pues quiero entrar en su alcoba.

—¿De veritas, eh? ¿A que te la ganas tú, por la mañana temprano? Anda, vé por los patios y no vuelvas con majaderías.

¡Pues ni que fueras un diputado provincial, para venir á despertar al señor Director!

—Es que me quiere mucho; el otro día me dió una mantecada y un peón de música.

—Bueno; pues véte á bailar el peón hasta eso de las diez y media, y entonces hablaremos.

—¿A las diez y media? ¿Y dice V. que á las diez y media le veré?

—Sí, hombre, sí.

—¿No me engaña V.?

—No, *Barquillo*, no te engaño.

Joaquinito hizo una cruz con el dedo pulgar sobre el índice de su mano derecha, y besándola con mucha fuerza, preguntó al ordenanza:

—¿Por estas cruces?

—¡Carambita con el *noñe*! Por esas cruces, y por todas las que quieras, *hombrecillo*.

Y se echó á reír, mientras el *atrilero* salía repitiendo:

—Hasta las diez y media en punto... pero en punto ¿eh?

Faltaban más de tres horas, que el hijo de Lola se pasó, mirando cómo se movían las manecillas en la esfera de un reloj del Establecimiento.

A la hora anhelada, que para mayor exactitud tuvo que consultar con Zacarías, otro *musiquillo* de más años que él, volvió resueltamente al despacho del jefe.

Ya se había levantado el señor, y por su ordenanza sabía quién era el personaje que tenía anunciada su visita.

—Entra, entra, *Barquillo*, y no te asustes por nada, dijo bondadosamente.

—Nó, señor, si de V. no me asusto,—observó el niño, con frescura y desparpajo.

—Vamos á ver... ¿qué quieres?

—Ver á mi madre.

—Pero si tu madre está fuera de Madrid, tontuelo.

—Nó, señor, está en Madrid; lo que tiene es que está enferma, y ustedes no quieren que yo lo sepa.

—¡Enferma! ¿Y á quién has oído tú esa parrucha?

—Hasta anoche, lo creía yo así, vamos... porque sí, solamente porque tenía miedo; pero hoy, lo que es hoy, ya lo sé fijamente.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nó, á mí no me lo ha dicho nadie; pero lo he oído.

—¿A quién?

—Al señor Juan, el inspector de la banda.

—A ver, cuenta, cuenta cómo ha sido eso.

—Pues verá V., señor: esta mañanita mientras yo me lavaba, subió el Sr. Juan á nuestro dormitorio, y dijo que había academias extraordinarias, porque el domingo, que es pasado mañana, tenemos que darle serenata á un ministro de la Diputación...

—A un diputado provincial... sí, ya lo sé; el Visitador. Continúa.

—«Tú, no bajas todavía, *Barquillo*,—me dijo el señor Juan,—que ya sé que estas noches duermes poco, y además, como todavía no tocas...»

Pero yo bajé como todos; y en una revuelta

de la escalera, oí que el inspector les decía á mis compañeros: «Joaquinucho,—así me llama muchas veces también el señor Juan,—Joaquinucho tiene á su madre muy enferma en el Hospital, y el pobrecillo no lo sabe.»

Conque ya ve usted... lo sé fijamente, y quiero ver á mi madre en el Hospital.

Hasta este punto llegaron las viriles energías del *atrillero*; porque desde el instante mismo en que contó lo que sabía, y dijo lo que anhelaba, ya no pudo hablar más, y rompió á llorar desesperadamente.

El Director era impresionable, y como tal, cariñoso.

Acercó á Joaquinito, prodigóle mil caricias, enjugó su amarguísimo llanto, y por fin le dijo:

—¡Vamos, vamos! no te apures, que yo no te he de engañar. Eres ya casi un hombre, y has de tener más corazón, más ánimos ¿estás? Los muchachos de corazón no lloran, ni hacen esos pucheros que tú estás haciendo.

—Ya... sí, señor... no lloran, *hasta que no tienen madre*; pero como yo ya la tengo...

—Ea, serénate, no te arrebatas así, si quieres que te diga la verdad.

—Eso quiero, sí, señor,—repuso Joaquinillo, enjugándose con la gorra los lagrimones que le cegaban.

—Pues mira... hijo mío; lo que has oído decir al señor Juan es verdad y es mentira... quiero decir: tu mamá está un poco delicada, desde anteayer que volvió á Madrid de aquel viaje á un pueblo inmediato: pero su mal es poca cosa... un constipado con fiebre... ¡nada!

—¿Y cómo no viene á verme?

—Yo te diré; no viene porque, efectivamente, está en cama...

—¿En el Hospital, *verdá usted?* ¿En el Hospital?

—Nó... más bien dicho, sí; en una de las salas que allí hay para los enfermos distinguidos, para los que pagan al médico, y al boticario, y al enfermero... Con que, como si estuviera en su casa; ya ves.

—¡Bueno! Pues déjeme V. ir al Hospital.

—¡Imposible!... ¡si allí no permiten entrar á los niños!

—Sí, señor, sí: Zacarías, el que toca los platillos, me ha dicho que si V. me dejaba ir al Hospital, él también pediría permiso, porque tiene allí enferma á una tía suya que es verdulera en la plaza de la Cebada, y lo que es él, no hace ocho días que estuvo á visitarla.

—¡Demonio! ¿Y cuándo te ha dicho eso Zacarías?

—Ahora; le llamé para aprender cuándo señalaban las diez y media las agujas del reloj, porque yo no entiendo bien esos números que son como letras grandes; mientras llegaba la hora, me preguntó á qué iba yo á venir al despacho de V., y se lo conté todo de *pe á pa*; y él entonces se puso á bailar, y dijo muy contento: «¡Ay qué gusto! voy á pedir permiso para llevarte, y así podré ver á mi tía Martina, que está allí, tísica de los pulmones y del pescuezo!»

El Director se rascaba las cejas, y no sabía muy bien cómo salir de aquellos apuros en que Joaquinito le ponía.

—¡Conformes! —dijo resueltamente.— Mira tú por dónde Zacarías el de los platillos sabe

más que yo, que creí que en el Hospital General no permitían la entrada á los niños. ¡Bueno! pues ahora vamos á ver en la Guía que tengo aquí, sobre mi mesa, qué días es pública la entrada...

—Nó, no hay necesidad, no se moleste usted, señor; si eso lo sé yo también; me lo ha contado el mismo Zacarías. «Si tu madre y mi tía estuvieran en salas de pago, entonces sí que podríamos verlas cuando se nos antojase y nos permitiese el señor director; porque á los enfermos que pagan, se les puede visitar á cualquier hora... pero como mi tía Martina está en sala de pobres, yo me tendré que aguantar hasta pasado mañana que es domingo.»—Esto me dijo Zacarías; y como mi madre está en sala de distinguidos... aunque él no vaya conmigo, yo sí que podré ir con un niño mayor, ó con el señor Juan, si quiere acompañarme.

—¡Vamos, que no hay defensa posible con estos arrapiezos! —murmuró el Director.

Pero, resuelto como estaba á esperar un par de días más la segunda carta de Lola, se arrinconó en sus propias trincheras, y dijo, entre amable y severo, para que Joaquinillo no pudiera replicarle:

—Todo eso será verdad, pero hasta el domingo no podrás ver á tu madre. Los Visitadores de la diputación han de venir hoy y mañana para asistir á los exámenes, y en tales días no puede faltar nadie de la familia: ¿comprendes?

Joaquinillo volvía á hacer pucheros, más grandes que los de antes.

—El domingo, ya será otra cosa, —añadió el director, dando al huerfanito una dedada de

miel:— el domingo te acompañarán el señor Juan, Zacarías, y quien tú quieras; iréis antes ó después de la serenata.

Pero lo que es hoy y mañana, te digo que no puede ser.

Con que lea! á la Academia un ratito; llévate estos caramelos que te ha enviado la mamá, piensa mucho en ella, acuérdate de que muy pronto vas á verla... y nada más. Ahora déjame, que la audiencia ha sido larguita, y tengo muchas cosas que hacer... ¡Adiós, adiós!...

Y acariciándole y empujándole suavemente, le condujo hasta la puerta del despacho.

Joaquinito ya no sabía ni podía luchar con una orden superior de la autoridad de la casa.

Se guardó los caramelos, y gimoteando y arrastrando los piés, salió de la oficina para ir á la Academia.

El Director llamó entonces al ordenanza y le preguntó:

—¿Estuvo V. ayer tarde en el Hospital?

—Sí, señor Director, y pregunté por el estado de esa señora; tiene la cama número 18 en la sala que yo le dije á V. S.

—¿El número 18? El 17 me parece que le entendí al señor Juan el día que él estuvo á informarse,

—A mí me han dicho que es el número 18; á ver, una valenciana, que tiene un chico en el Hospicio... las señas son mortales.

—Bien... ¿y cómo seguía ayer tarde?

—Mucho mejor, según el practicante que la asiste, y que por cierto debe tener muy malas pulgas, y no ha de querer mucho á la madre del *Barquillo*...

—¿Pues en qué ha conocido V. todo eso?

—En que, al preguntarle yo de parte de V. S. cómo andaba la cura de la enferma número 18, la valenciana, me dijo, dice: «¿Esa mulona? mucho mejor: antes de cuatro días estará en la del Rey... y me alegraré mucho de no tener que cuidarla.»

—Está bien; retirese V.

El director del Hospicio tenía en aquella sazón otros muchos asuntos de qué preocuparse, y al cuarto de hora no se acordaba ya de la madre de Joaquinito; como no había dado importancia á la alteración en el número de la cama que aquella había ocupado en el Hospital.

XXI.

Ahora, el lector tiene que acompañarnos á una visita.

No es de etiqueta, ni mucho menos: vamos á saludar á dos *personajes* que nos son desconocidos, pero á quienes hemos oído nombrar algunas veces en el trascurso de este relato.

No estaremos largo tiempo con ellos; es muy de noche, y á tan avanzadas horas no conviene distraerse mucho por los barrios bajos de Madrid.

Estamos en la calle de Cabestreros, esquina á la de Embajadores, y vamos subiendo la tortuosa escalera de un edificio interior, situado en el segundo pátio de la casa de vecindad, numerada con el 30.

Estamos, por consiguiente, en el riñón de la chulería, en el corazoncito de la gente del bronce.

Lo malo es que, á oscuras y todo, ó como

Dios nos dé á entender, hemos de llegar hasta los corredores del piso cuarto; porque en el remate del que ocupa el ala izquierda, hay un departamento... ó cosa así, sobre cuya puertecilla ha querido simular algún pintor de brocha gorda, el cabalístico número 13. El 1 parece una porra; el 3, semeja la caricatura de una cigüeña, ave que siempre nos parece la caricatura del número 3.

Dos personas conversan íntimamente, mientras una de ellas (mujer, ó bulto que quiere serlo), cuenta sobre la delantera de sus enaguas, un montón de calderilla decimal.

La otra persona, que pretende ser hombre, pero que huele á protóxido de chulo, es el *Machaca*, el famoso ídolo de la Martina.

Ella está casi en paños menores; él en mangas de camisa.

Escuchemos su diálogo, que está á punto de terminar.

—*Ná*, que con estas ventas hay que echarse á morir, hombre, hay que echarse á morir. Doce, catorce, *deciseis... deciocho*, total... dos pesetas y tres perros chicos: ¿me *quiés* tú *ecir* si se *pué* ya vender fruta en este Madrid?

—Sí que anda malo el comercio,—contestó el *Machaca* cerrando el ojo derecho, mientras pasaba una bocanada de humo, procedente de la estrujada colilla de un coracero.

—Pues mira, *Machaca*, aquí hay que tomar una *eterminación*, porque lo que es con dos pesetas, maldito si podemos ni medio comer.

—Ya lo veo; y con esto de que viene el cólera, lo que es las frutas van á pasar una mala *temporá*.

—Ya lo ves, ya lo ves, pero maldito si te mueves: ¿qué más cólera que tú, *lipendón*, holgazanote?

—Vamos, Paca, no busques *custión* por las economías, ¿oyes?

Si yo no trabajo es porque no hallo dónde ganarme una *beata*. La *ipidemia* ha paralizado *toas* las operaciones...

—¡Pues así que no hay herreros y albéitares en Madrid! ¿No *ices* que sabes también la veterinaria? Pues á herrar caballerías, hijo, que lo primero es lo primero.

—¡A herrar, á herrar!.. eso se dice muy pronto. ¡Si también esa carrera está *perdía*! ¿Sabes tú lo que *me ofreció* un veterinario de la calle de San Juan, por trabajar allí como un negro de la *Tiapia*, *dende* las seis de la mañana á las seis *in punto* de la tarde?

—¡Qué sé yo! te ofrecería tres pesetas diarias.

—Tres pesetas... ¿Lo ves cómo no estás en el mundo? ¡Pues me ofreció nueve *riales*!

—Y dime, redemonio, mala sombra, *manque* así sea; ¿qué vale más, andar por ahí entre gentuza que no deje la *entrá* por la *salía* en el *Abanico*, ó ganarse honradamente nueve *riales*?

—Eso es... y á los cuatro días reviento, y se acabaron las *herraúras*.

¡Si te *igo* que yo ya no estoy *pa* trabajos corporales con mi cuerpo, *só esgalichá*! ¿á qué me vienes con sermones de mujer casera? Y mira, no me alces el gallo, que te largo una *manguzá* que te desconyunto...

—¿*Manguzás*, á mí? Eso sería un pueblo... ¡Qué te calles! ¡Chitito, chitito, y menos jaleos!

¿estamos? que no es Paca *la de las acerolas* la que aguanta esas *cornás* de buey cansino...

—Arrepara lo que *ices*, que te se va la sin hueso...

—No agarres la silleta, hombre, no te precipites; que la culpa me he *tenio* yo en venir á una casa que no es la mía, *pa* matar el hambre á un *esmirriao* que vive con otra mujer...

—¿Qué vas á hacer, Paca?

—¿Qué voy á hacer? Ya lo *pués* presumir: á ponerme ahora mismo el mantón, y á marchar á mi casa propia, que á nadie le debe *ná*.

Y mucho ojo con moverte, ni con atrevesarte en la puerta, que vive tabique por medio un guardia de los del orden público, y esta noche no está de servicio, y no tengo más que pegar un puñetazo en la pared, ó darle una voz, para que venga y me socorra...

¡A tu camita, *banquero*, á tu camita, que yo me voy á la de mi casa, y Cristo con *tóos!* *Miá* tú; así como así, *doña* Martina está ya si sale ó no sale del *Hospital*... Con que lo que había de ser mañana, que sea ahora mismo... A ver, dame el llavín que lo tienes en el bolsillo.

—¡Bueno, mujer, bueno!.. ¡Vamos bajando... no te sofoques!..

—Nó, señor; tú te quedas... á mí nadie me come.

—Pero me *paece* lo más decente, que yo te acompañe tan siquiera hasta la puerta de tu casa... ¿Quita lo uno á lo otro? Una cosa es que nos *desapartemos* con formalidad, con decoro, y otra cosa es que yo no te abandone, así, como si *fuás* un guiñapo.

La Paca vaciló, y acabó por dejarse acompa-

ñar; aquel rasgo de galantería no la sabía del todo mal.

—Me conformo; baja conmigo, y me dejas en la esquina de la calle del Mesón de Paredes.

—Donde tú quieras, y como tú quieras... ¡Pus claro! Si lo primero en el mundo es la educación y los modales. Y *aluego*, vengan *puñalás*, si es preciso; pero entre personas como nosotros, no hay para qué liarse la manta á la cabeza... ¡Digo yo, me *paece* á mí!

Anda, sal, que voy á apagar la vela.

.....

Y bajaron.

Ya en la calle, el *Machaca* puso la mano derecha sobre la espalda de la frutera ambulante, y dijo:

—Supongo que aquí no me llamarás *buey cansino*, y *esmirriao*, ni me repetirás aquello de las *cornás*... ¿verdáz, Paca?

—Yo lo que *igo* arriba, lo repito abajo, y en *toas* partes.

—Es que, mira, aquí no nos oye el vecindario, ni el agente del orden público, ni pasa una rata; y como vuelvas á sostener aquello del *buey*, te disloco...

—¡Tú!, ¿dislocarme tú á mí?

—¡Que no grites, mala pécora!..

—¡Que me ahogas... ¡cobarde! ¡ladrón! ¡qué me robas!

—¡Toma una *corná* de cabestro! ¡toma otro topetazo de novillo *emboláo!*...

—¡Jesús! ¡Socorro! ¡Guardias! ¡Serenos! ¡Favor!

Y Paca *la de las acerolas* cayó con la cabeza abombada, echando á borbotones la sangre por

boca y narices, mientras el *Machaca* salía disparado por la calle del Mesón de Paredes, corriendo á lo largo de la sombra que proyectaban las casas de una de las aceras.

.....
Veinte minutos después,—no tardaría menos rato en pasar por allí el sereno,—la Paca recobró el sentido y pudo sentarse en el quicio de una puerta.

El guardián nocturno la descubrió á los móviles reflejos de su farolillo, y la llevó á la Casa de Socorro donde la hicieron la primera cura.

La pareja de orden público no podía funcionar aquella noche, porque todas las fuerzas de aquel benemérito cuerpo estaban dedicadas á servicios sanitarios.

Las heridas de la frutera no eran graves; tenía partida la ternilla de la nariz, casi vaciado el ojo derecho, y un poco descolgada la oreja del otro lado.

Cuanto al *Machaca*, al amanecer estaba en una buñolería de la calle de Santa Isabel, *copeando* con cinco ó seis *valientes* de su calaña.

Detalle final, para que la visita sea completa: las dos pesetas y los tres perros chicos que la Paca había contado, y envuelto en un papel, habían pasado por artes de Macallister, del bolsillo de su falda, al chaleco del veterinario en disponibilidad.

Cuando la Paca salió de la Casa de Socorro, no llevaba ni para mandar cantar á un ciego.

Pero juró vengarse.

XXII.

El domingo de la misma semana en que murió la desventurada Lola, Martina *la aragonesa* fué dada de *alta* por el facultativo.

Mientras arregló unas cosas y otras, y se despidió de sus compañeras de sala y de las hermanitas de la Caridad, serían más de las cuatro de la tarde.

—Hoy anda mucha gente de bureo por esas calles de Dios,—dijo la Martina;—y como una tiene la cara de la color del pergamino, será mejor que me quede aquí con ustedes hasta el anochecer.

Y voy á hacer una de las mías, —añadió, sentándose en la cama de una de las dolientes.— En alboroque de mi buena sombra, quiero convidarlas á ustedes, las que puedan tomarlo, á un refresquito... Ahora, en cuanto el médico pase á hacer la visita, yo le preguntaré... ¡Silencio! que aquí viene.

Oiga V., don Joaquín... con licencia y usted perdone.

¿Qué es lo que podrían tomar estas amigas, á quienes quiero echar una *convidá*, para celebración de mi cura?

El médico autorizó una bebida refrescante, inofensiva para las enfermas, y estas tuvieron algunas horas de expansión y alegría, entre tales agasajos y las visitas de sus deudos y parientes que en domingo y miércoles tenían libre la entrada.

En esto llegó también el *Machaca*, contoneándose como un *barbián* á quien le sobran las

pesetas; y aunque la Martina le recibió con frialdad y despego, no tardó él en dominar estas demostraciones, inventando una enfermedad que el miércoles anterior no le permitiera acudir al Hospital para cumplir como Dios manda:

—¡Ya, ya! Alguna *filoxera* que tomarías el martes por la noche, en compañía de quien yo me sé.

—Pues estás muy equivocada, y te doy mi palabra de *cabayero*, de que pasó lo que te digo.

Comería algo que no me sentaría bien, *ú* yo no sé por qué sería: lo cierto del caso es que todo el vecindario puede certificar de que me pasé desde el miércoles al viernes, en la cama, con un calenturón que me partía la cabeza.

Ya verás cómo te lo dicen... Y estando tú en el Hospital, no era prudente que yo te avisara mi enfermedad. ¿Te parece?

¿Con que hoy es día de Pascuas, sin que lo rece el Calendario? Mira, chica, que yo también soy de Dios; dame un poco de ese jaroque que estás bebiendo, y á ver si nos largamos en seguida, que tengo ganas de que estés en tu casita, allí, conmigo, aunque sea para no me nearte de una silla...

¡A la salud de *toas* las presentes, señoras!

Y el herrero, mixto de veterinario, apuró un vaso de refresco.

Cuando se enteró de las novedades acaecidas en el Establecimiento, cuando le dijeron que la Martina había estado á punto de coger otra enfermedad, con el triste motivo del fallecimiento de su mejor, de su inseparable amiga Lola, el *Machaca* se limitó á enderezar este fragmento de filosofía egoísta:

—Sí que es de sentir, porque la verdad es que aquella mujer tenía *gancho*... Pero en fin, *Morenota* de mis entrañas, lo primero es guardar el número 1, y hacerse cargo de que cuando DON MANUEL (¡así vulgarizaba aquel imbécil el santo nombre de Dios!) cuando DON MANUEL dice: «ese tiene que morir, ó esa tiene que *espichar*,» no hay sabidurías humanas que valgan, y lo más cristiano es conformarse... ¡y que allá nos espere muchos años la valencianita!

Estuvo luego tan locuaz, tan *interesante* (á la manera que este adjetivo puede entenderse entre gentes de la más humilde extracción, es decir, de las últimas capas y de los últimos refajos sociales); dijo tantas *gracias* y *oportunidades*, y reveló tan sincera alegría por la curación de su *Morenota*, como la llamó cuatro ó cinco veces, que todas las enfermas reían á mandíbula batiente, y algunas exclamaban:

—¡Pero señora Martina! ¡qué feliz debe V. ser con su *esposo*!

—¡Y qué buen humor tiene su *pariente*!

—¡Y qué chistoso es su *marido* de V., señora Martina!

—Ay, hija, con un hombre así la vida debe ser una gloria.

La Martina callaba á todo; sonreía como con orgullo de poseer una conjunta persona tan admirada y simpática á las gentes; y de vez en cuando murmuraba:

—Sí, sí; lo que es en visita, todos parecemos de mazapán de Toledo... pero cuando menos se piensa... ¡pues menudo geniazo tiene este Fierabrás!

Cuando el *Machaca* hubo apurado el vocabulario de sus frases hechas, y el repertorio de sus cuentos de ocasión,—que en esto se parecía á muchos señores que pasan por hombres de ingenio, y este se reduce á palos quemados, como los aparatos de los fuegos artificiales, en cuanto la pólvora se les acaba,—levantó la sesión y dijo á su *costilla*... de contrabando...

—Conque, andando, *lesposísima!* Y no tengas esos reparos en salir bien de día por las calles de Madrid... lo primero, porque ya has gustado á quien tenías que gustar, y lo segundo, porque lo de menos es pagar un duro de coche, si quieres dar un paseo antes de entrar en nuestro palacio... ¡Ea! ¡ea! los huesos de punta; y ustedes, señoras, hasta más ver, y que *toitas* se curen en esta semana...

—¡Vaya V. con Dios!

—¡Conservarse buenos!

—*Cuidao* con pasar mala noche! —observó una enferma que quería decir un epigrama.

—¡Abríguela V. bien el pecho, señor *Machaca!*

—¡Ja, ja, ja! picaronazas... ¡mal *pensás!*
—gritó la Martina desde la puerta de la sala.

Y tomó el brazo del galante herrero, que no se cambiaba en aquellos momentos por el príncipe de Gales entre la corte de Inglaterra.

XXIII.

Iban á salir del Hospital, ya estaban en su ancho vestíbulo, casi lleno de gente en aquellos momentos, cuando la Martina sintió que la aga-

rraban las faldas, y que una voz infantil gritaba á sus espaldas:

—¡Eh! ¡Tía, tía Martina!... ¡acá estamos todos!

—¡Calle! ¡mi sobrinejo! —exclamó sobresaltada la aragonesa, que se había vuelto muy nerviosa y tiritona, desde que llevaba dos mil duros pegados al cuerpo... — ¿A qué has venido tú por aquí, alfeñique?

—Pues ya puede V. verlo: vamos á dar una serenata en la Plazuela de Antón-Martín, y me he *coláo* con el inspector de la banda, que es aquel señor de la gorra de galones... ¡señor Juan, señor Juan!

Y Zacarías el de los platillos llamó apuradamente al empleado del Hospicio, que andaba por entre los grupos, llevando á Joaquinito de la mano.

Acercóse el inspector, y á Zacarías le faltó tiempo para decirle:

—¿Lo ve V. cómo no le engañaba? Esta señora es mi tía, mi tía carnal.

—Por muchos años, —contestó el señor Juan, — y que sea enhorabuena, porque creo que V. sale hoy, después de una larga enfermedad.

—Sí, señor... en este momento voy para mi casa.

—Cabestreros, 30, piso 4.º, para lo que usted guste mandar, —añadió el *Machaca* presumiendo finura y cortesanía...

—¡Ah! ¿V. es su marido, por lo que veo?...

—El mismo... servidor de V.

Zacarías miró recelosamente al herrero semi-albéitar, como diciendo con la extrañeza que en sus ojos se pintaba:

—¡Ah! ¿Este es *ahora* mi tío?

—Pues yo he venido, —añadió el señor Juan, — por hacer una obra de caridad á este chiquitín que traigo de la mano.

La Martina, que hasta aquel instante no se había dado cuenta de la presencia de Joaquinito, miróle con zozobra.

—Y acaso usted, señora, podrá aclararme lo que los porteros no saben ó no quieren decirme.

—¿Yo?... —preguntó la aragonesa, volviendo á temblar nerviosamente, y sintiendo agrandarse las sospechas que empezaban á inquietarla.

—Usted dirá en qué se le puede servir, —contestó el *Machaca*, ofreciendo un pitillo al inspector. —Y si mi *señora* sabe algo de lo que á usted le interesa... ¿*pá* qué estamos en sociedad?

—Pues es muy sencillo: este angelito tiene á su madre enferma en este Hospital: el Director de nuestra casa me ha dado un volante para el jefe de esta, recomendando al chiquitín, que se despepita por ver á su madre; y esos malditos porteros me salen ahora con la antífona de que va á dar la hora en que se acaba el visiteo, y no pueden pasar la nota que yo les daba... ¿les parece á ustedes si esto se puede aguantar?

—¡Vamos... tú, vamos! —murmuró la aragonesa apretando el brazo del *Machaca*, —me estoy poniendo un poco peor...

—Espera una *miaja*, mujer, que no es decente que dejemos al señor con la palabra en la boca... ¿Y decía V. que la madre de este rubito está aquí?... ¿En qué sala, si se puede saber?

—Lea V., lea V. el apunte que me han dado,

—respondió el señor Juan, alargando un papel.

—¡Oye, oye Martina!—exclamó el herrero leyendo aquella nota.—¡Si es de tu sala!... Dolores Algemesí, valenciana... ¿Sabes quién es, más bien dicho, quién era?... ¡Tu vecina!... ¡Tu amiga!... ¡Anda! ¡Pues poquito que se querían las dos!

—¡Se querían! ¡Se querían! ¿Pero es que ha muerto?—preguntó alarmado el señor Juan, queriendo tapar los oídos al pobrecito huérfano, que no perdía una sílaba de aquel diálogo, para él tan siniestro.

—Sí, señor, sí; ya no la duele nada,—respondió brutalmente el chulapo.

Entonces se operaron allí dos movimientos, súbitos como dos relámpagos.

Joaquinito se llevó ambas manos á la frente; y como el lirio que se troncha al paso de una bestia que lo aplasta, así cayó, de cabeza sobre las piernas del señor Juan.

La Martina cerró los ojos como si los hubiese abrasado el fulgor de un rayo; lanzó un grito horroroso, entre feroz y lastimero, entre ¡ay! y rugido, entre clamor y maldición; y también cayó, pero á plomo, redonda, como una pirámide que pierde su base, como árbol cuyas raíces corta de un golpe el leñador.

—¡Joaquinito! ¡hijo!...—exclamó el inspector del Hospicio, tomando en sus brazos á aquel ángel sin ventura... ¡Dios mío! ¡y qué malo se pone!... Agua, portero... ¡un poco de agua!

—¡Martina!—chillaba á su vez el *Machaca* viendo ya en el suelo á su compañera.—¿Qué es esto?... ¡se muere... un médico!...

Inútil es decir que todos los visitantes que

allí estaban, y los que querían entrar y los que ya salían, se amontonaron alrededor del extraño grupo.

Las mujeres atendían á la aragonesa; casi todos los hombres contemplaban con estupor el semblante pálido y desencajado de aquel infortunado niño, que hasta con el traje que vestía pregonaba su desdicha; y los porteros acudían entre solícitos y contrariados, éste con un vaso de agua y vinagre, aquél, con unos trapos empapados... todos aturcidos, confusos y sorprendidos por tan raro accidente.

A poco rato bajó un practicante, el mismo á quien ya conocemos; examinó á la Martina, y dijo con visible sequedad:

—Es un *soponcio* que pasará; ya vuelve en sí... que la metan en un coche, y se la lleven á su casa...

—¡Naturalmente!—observó el herrero, que se había arrodillado, y sostenía sobre una de sus piernas la descompuesta cabeza de la Martina.—Esta mujer tiene un corazón que no la cabe en el cuerpo... ha visto á ese chiquillo, que resulta ser el hijo de una pobre amiga á quien ella ha ayudado á bien morir, y la impresión, la pesadumbre... ¡milagro es que no se ha muerto sin decir ¡Jesús!

El practicante pulsó á Joaquinito, le observó atentamente, y dijo:

—Este está un poco peor... tráigale V., tráigale V. sin perder un instante, que convendrá que le vean los profesores, no sea que se nos quede entre las manos...

El señor Juan subió al Hospital, conduciendo á aquel angelical desheredado; y algunos mi-

nutos más tarde, el *Machaca* entraba con la Martina en un coche-*simón*, y los porteros del benéfico establecimiento quedaron solos y haciendo comentarios sobre las peripecias de aquella tarde tumultuosa.

XXIV.

Por comunicación telefónica supo el Director del Hospicio, que su recomendado quedaba aquella noche en el Hospital provincial.

El Sr. Juan explicó con todos sus pormenores la causa y los efectos de aquel triste episodio, y al anocheecer se separó de la cabecera del huérfanito, para ir á cumplir su deber en la serenata. Afortunadamente, esta se había suspendido á última hora, porque el mismo *dedicado*, que como sabemos era un miembro de la Diputación provincial, había considerado inconveniente recibir el homenaje musical, en las críticas horas en que la epidemia colérica arreciaba, siendo una de sus primeras víctimas un compañero de corporación, el animoso y filantrópico diputado provincial Sr. Calvo, que pagó con su vida los heroicos esfuerzos y los abnegados servicios que acababa de prestar en uno de los pueblos cercanos á Madrid.

El inspector de la banda volvió al Hospital, cuando Joaquinito respiraba ya con más desahogo, aunque todavía estaba como exánime y absolutamente desconocido.

Pero dejémosle por ahora bajo la custodia del mismo Doctor R....., y trasladémonos á la vivienda de la calle de Cabestreros.

—Necesito acostarme,—dijo la Martina, apenas entró en sus dominios.— Tengo un frío que me corre por todo el espinazo, como si me estuvieran echando un chorro de horchata...

¡Pronto!... abre la cama, y déjame, que voy á desnudarme.

—Es que esto no puede quedar así, hija mía; hay que llamar á un médico... al de la Casa de Socorro... Tú no sabes qué cara tienes, prenda de mi alma; ¡si parece que te acaban de desenterrar!...

—Eso, sí... busca á un médico... cualquiera... el que más pronto pueda venir.

Las vecinas de ambos corredores invadieron el cuchitril de la aragonesa, quien apenas acertaba á corresponder á sus cumplimientos, ni darse cuenta de las atenciones que la prodigaban.

La mujer del guardia de orden público, que fué de las primeras en acudir, con una lechigada de mamones y de parvulitos de ambos sexos, que ya corrían como gatos monteses, se convirtió en camarera de su vecina, y entró con ella en la alcoba.

—Desáteme V. las enaguas, señá Robustiana... ¡gracias!... ¡Brrr! ¡Si estoy lo mismo que un carámbano!... Ahora las botinas... ¡Dios se lo pague á V. y la Virgen de Paloma!... ¡Ay! qué malditas punzadas acabo de sentir en las espaldas... ¡Ahí, ahí, debajo de las paletillas!... Nó, no me refriegue V. en el pecho, y menos en el lado del corazón.

—Vaya, vaya, acuéstese V. que esto no será nada.

—¿Ha salido *mi hombre*? —preguntó la aragonesa al meterse en la cama.

—Sí, señora, sí; ha ido á la Casa de Socorro.

—¡Ah! ojalá venga volando ese médico de mis pecados. Es que me estoy poniendo muy mala, pero muy mala, vecina.

—No, pues no tenga V. aprensión,—dijo con la mayor candidez imaginable la del guardia del cuerpo de Seguridad.—Mientras no la pase á V. lo que á la *señá* Ceferina, la tabernera...

—¿La que vive en el principal de esta misma casa? ¿Pues qué la sucede?

—Claro que usted no lo sabe: pues, que está casi tan grave como se puso el tío Baltasar el pescadero, ayer por la mañanita, dos horas antes de morirse.

—¿Que se ha muerto el tío Baltasar?

—En nueve horas, hija; no llegó á diez en buena cuenta.

—¿Pero de qué ha muerto aquel pobre hombre?

—¡Toma! Pues del cólera-morbo.

—¡Jesús, María y José! —exclamó la Martina tapándose los ojos con la sábana.— ¿Del cólera-morbo?

—Naturalmente; allá en el Hospital, tendrían órdenes para no decirles á los enfermos cómo está Madrid; pero crea V. que esto se pone muy feo, y que cae la gente como agua... Por supuesto, que lo de V. no es ni cosa parecida... mientras no haya vómitos... calambres al vientre, frío en los piés... Mire V.; mi marido, que lleva ya cinco noches sin pegar los ojos, con esto de los *cordones* y de la *surmigación*, me ha dicho que los vómitos son los primeritos que hay que temer, y si no se presentan, no hay cuidado.

Nada, nada, arrótese V., que su hombre no tardará en venir con el médico... y aquí estamos todas las vecinas, para cuidarla tan bien ó más que la hermanas de la Caridad...

Dijo la Robustiana, y salió de la alcoba para cuchichear entre la colonia femenina:

—No me gusta ni un poquito la señora Martina...—, murmuró.—¿Se apuestan *ustés* á que tenemos otro *caso*?

No oyeron más aquellas valerosas mujeres; andando de puntillas, salieron de dos en dos á los corredores; y el cuarto número 13 quedó pronto sin más vigilancia, ni más visitas, ni más auxilio que el de Robustiana.

¡Pero pasó una hora y el *Machaca* sin volver!

La aragonesa estaba medio loca, y se la antojaban calambres los cosquilleos nerviosos que la agitación moral producía en todo su organismo.

Cerró por completo la noche, y el herrero no parecía...

¿Y cómo había de volver, si el *Machaca* se había convertido en *caso* de otra especie que los de la epidemia?

Verán ustedes lo que le había acontecido.

XXV.

Salió precipitadamente de su casa, tomó por la calle del Mesón de Paredes, y se encaminó á la Plaza del Progreso para ir á la calle de la Magdalena.

Iba deprisa, bien deprisa, y casi atropellaba á los que pasaban en dirección opuesta á la que

él llevaba, y echaba á un lado á los que encontraba por delante, caminando más despacio.

—¡Borracho! —le decía uno á quien magullaba un pié.

—¡Animal! —gritaba otro, á quien echaba de la acera.

Pero él seguía, seguía, como un cohete disparado.

Ni se fijó, ni pudo fijarse en que, desde el instante en que traspuso el umbral de su casa, una mujer caminaba detrás de él, como la sombra que reproduce todos los movimientos del cuerpo.

Era la Paca.

Al entrar en la calle de la Magdalena, un hombre que vestía americana pardusca, pantalón claro, y sombrero apabullado, y que se apoyaba en un grueso bastón de caña-*rótem*, se despegó de la esquina de la calle de Lavapiés.

La Paca le había hecho una seña, apuntando con el índice al herrero-veterinario:

—¡Ese es! —dijo secamente: y se metió en el café del Progreso.

El de la caña-*rótem* dió una carrera, que no tuvo que ser muy larga; y cuando el *Machaca* entraba ya en la Casa de Socorro, aquel le dió un manotón en el hombro, y le dijo:

—¡Amiguito... palabra!

—¿Es á mí, á mí, á quién V. habla?

—Sí, señor.

—Pues V. me perdonará un momento ¿eh? voy á cosa que es urgente... y bajaré en seguida.

—Más urgente es la que yo tengo que decirle.

—¿Más urgente que buscar á un médico?

—Ya lo creo; entre el médico y el juez, el juez es para mí lo primero.

—¡El juez! ¿pero por quién me ha tomado usted, señor mío?

—¿Por quién le he de tomar, señor mío? por Rogelio Armengol y Ballester, *alias* el *Machaca*: ¿no es V. ese personaje?...

—Me llamo, sí... es decir... en alguna cosa está V. equivocado.

—¡Ea! menos pamplina, y sígame V.

—¡Que le siga! ¿Y adónde vamos?

—Al teatro, si le parece á V. que estamos para diversiones.

Lo que á V. le toca hacer es callar y obedecerme.

Tengo en el bolsillo un mandamiento judicial en debida forma, y será inútil que me salga usted con bravatas.

Con que, andando, y al juzgado de guardia, *so lipendi*.

Del juzgado irá V. á una sastrería donde le pondrán ropita nueva...

¡Ea, ea! que no está el tiempo para *riquileños*.

Los transeuntes se arremolinaban ya; dos agentes de orden público, que por casualidad pasaban, acudieron á disolver el grupo, reconocieron en el hombre de la caña-*rótem* á un alguacil de la policía judicial, y le prestaron su concurso.

El *Machaca* conoció que toda resistencia sería inútil, y se dispuso á ir al juzgado.

Pero el de la ronda judicial sacó entonces una cuerda de cáñamo, sinó muy gruesa, bas-

tante fuerte, y sujetando por los brazos al detenido, le ató codo con codo.

—¿Es de consideración, por lo que se ve?— preguntó uno de los guardias, que no quitaba ojo, y que resultaba conocido del *Machaca*.

—¡Ya lo creo!—respondió el del *rótem*.—De estos peces caen pocos en libra. Acompañenme ustedes hasta la Concepción Gerónima, donde encontraremos otra pareja.

—Vamos allá.

Y el *Machaca* tomó la delantera, siendo objeto de la curiosidad de cuanta gente transitaba por aquellos parajes.

Al pasar ellos por delante del Café del Progreso, la Paca, que se había sentado cerca de una de las ventanas para presenciar *el desfile*, saboreando una taza de café, salió á la puerta del establecimiento, y se colocó de manera que el herrero no pudiese menos de verla.

—¡Adiós, amor mío!—dijo soltando una carcajada.—Siento que vayas con esos señores, porque sinó te convidaría á tomar un café... ¿no ves ya la tostada?

El *Machaca* miró á aquella mujer, como debió mirar Caín el cuerpo inerte de su hermano.

Cerró los ojos, rechinó los dientes, y siguió sin contestar una palabra.

La *de las acerolas* volvió á meterse en el café: y de allí salía dos horas más tarde, acompañada de uno de nuestros primeros toreros de *invierno*, á quien no es indispensable dar papel en la presente historia.

XXVI.

¡Pobre niño!

Apenas abierta su alma á las corrientes de la vida, el infortunio descargaba ya en ella todos sus rigores.

Para avivar su instintiva penetración; para descorrer el velo de las afecciones ignoradas, que cubría en aquel corazón tan tierno y tan hermoso un mundo de sensibilidad, quiso el cielo que Joaquinito conociera al gran sér que su alma presentía, á la madre bendita y adorada, que otros hospicianos tenían, y que á él le faltaba.

El capullo, hasta entonces apretado y resistente, abrióse un día, desplegando en un borbotón de hojas sonrosadas, todos los encantos de la flor entera, que esparce sus aromas y regala los ojos con sus divinos matices.

¡Cuán deliciosa era ya la vida! ¡qué seductivo era ya el mundo!

Antes de haber visto la imagen soñada, aquella criatura no podía rezar la *Salve*, sin detenerse en los primeros acentos de la plegaria:

“Dios te salve, reina y *madre*”—...

—¡Madre! ¿qué será eso? ¿cómo será una madre?—preguntaba aquel ángel desterrado, que ya pensaba, y aun maliciaba como un hombre.

Rezaba el *Padre-Nuestro*, y también en el *Ave-María*, el corazón le paraba la lengua...

“Santa María *madre* de Dios... ruega por nosotros.»

—¡Madre de Dios!..—cavilaba Joaquinito.— Desde Dios, todo el mundo ha tenido madre... ¿y cómo no la tendré yo?..

Luego, los domingos y fiestas de guardar, muchos de sus compañeros salían retozando por aquellos patios y por aquellas galerías, y gritaban con júbilo extraordinario:

—¡Hoy veré á mi madre!

—Mi madre va á traerme dulces.

—Voy á salir de paseo con mi madre.

Y en aquel coro de adoración y de filiales entusiasmos, Joaquinito escuchaba algo como un himno celestial, en que sólo él no tenía voz, en que solamente él no podía tomar parte.

En todo lo demás era igual á sus camaradas; pero aquello de no tener madre, le torturaba, le hacía creerse inferior, incompleto y aborrecible.

En sus coloquios, íntimos y frecuentes, con Zacarías *el de los platillos*, tales fueron los giros de la conversación sobre esto de la familia, que la precoz inteligencia de Joaquinito vió pronto con toda claridad la misteriosa incógnita de su problema.

—Tampoco yo tengo madre,—le había dicho su compañero,—pero la he conocido, me ha besado mucho, me ha querido mucho... Ahora ya no puede venir á verme, porque *se me* murió hace dos años.

Desde que ella no vive estoy yo así, delgado como un espárrago, y amarillo como los parches del bombo.

¡Claro! como que cuando uno pierde á su madre, es como si el sol se apagara de repente, ó como si le ahogaran á uno metiéndole en un calabozo...

Joaquinito se creó, sobre la base de estas ideas y de estos sentimientos, una ética para su uso, una filosofía peculiar á la soledad de su alma, en la cual nada había cierto, puesto que todo era presentimiento, todas eran adivinaciones.

Figuraos un sér humano, que habiendo nacido en un subterráneo, se criase en él y sin salir de él un instante; que esa criatura, para cuyos ojos no hubiese más luz que la de una antorcha, ó de una hoguera, supiese por otros de sus semejantes que encima de su cripta había un mundo, y encima de ese mundo un cielo, y sobre ese cielo, un sol por el día, y una luna y millones de millones de estrellas por la noche, que alumbraban esplendorosamente á la humanidad.

Figuraos que la Providencia de ese niño, le sacase de repente de las oscuras entrañas á la superficie del planeta; que sus ojos percibiesen los fulgores de la luna en toda su melancólica brillantez, y que, dejándole contemplar la mágica transformación de la alborada, viese surgir por el Oriente el carro de Febo, y siguiera su curso hasta mirarle en el zénit, sentado en su trono rutilante.

En seguida, completad esta imagen: devolved al niño á la parda luz de sus antorchas; encerradle otra vez en su cueva, y condenadle á no salir más, nunca más, al mundo que goza de los astros y de sus divinas claridades.

Pues así tendríais un sér como el hijo de Lola.

XXVII.

Hasta las once de la noche, el huerfanito estuvo fuera de la realidad.

A una congoja sucedía una convulsión, á esta un desmayo, al desmayo un delirio incoherente y desatinado; y tan diversas y tan raras fueron en aquellas horas las complicaciones de su mal, que el doctor R... llegó á temer un funesto desenlace.

Pero el organismo de aquel niño, dócil como su espíritu delicado, era fácilmente abordable á la acción de los medicamentos. Estos obraron enérgicamente, y al cabo de diez horas de tratamiento y observación, la crisis estaba conjurada, y el peligro había desaparecido.

El cuerpo estaba salvado.

La que en él estaría siempre enferma sería el alma.

Así y todo, no era cosa de conducirle á su camita del Hospicio; y aunque su Director le reclamó algunas veces durante aquella noche, el cariñoso doctor se negó á que le trasladasen; y se le llevó al mismo cuarto en que mi pariente y yo conversamos con él, mientras los amotinados del cuartel de San Gil, procedentes de los cuerpos de Albuera y Garellano, se batían con los artilleros encastillados en los Docks, y con las tropas mandadas por el general Pavía.

XXVIII.

Dos días trascurrieron, durante los cuales ocurrieron algunos sucesos que á guisa de efemérides, anotaremos aquí:

—El Gobierno declaró oficialmente en la *Gaceta*, que en Madrid reinaba con carácter epidémico el cólera morbo-asiático, “de los más calificados é imponentes.»

—El *valeroso* ciudadano señor de *Machaca*, había ingresado en la Cárcel-Modelo, como cómplice ó co-autor en el asesinato perpetrado años atrás en la persona de un corredor de frutas nombrado Blas el *Murciano*; crimen consumado á la puerta de la taberna del *Pulgón* en la calle de Cabestreros.

Esta causa, en la cual se había sobreesido provisionalmente, por haberse suicidado en el camino de la villa al Saladero el que apareciera como único autor, quedaba reabierta, en virtud de una denuncia justificada y con pruebas testificales, presentada por Francisca de Paula Mochales, más conocida en el siglo por el pseudónimo de *Paca la de las acerolas*.

Declaraban, en pró de esta denuncia, la tabernera de la mencionada calle, un dependiente del propio establecimiento, y tres parroquianos del mismo, que hasta entonces no habían suministrado antecedentes, por no haber sido requeridos ante los tribunales de justicia.

—Y por último: el número de *casos* que diariamente registraba la estadística oficial, demostraba claramente que la epidemia se hallaba

en su período álgido; y Madrid quedó en cuadro, porque toda familia que pudo escurrir sus *bultos*, salió como rata por tirante.

De la Martina... de la Martina tenemos mucho nuevo que decir.

XXIX.

Cuando se persuadió á que *su hombre* no volvía, y la *Morenota* se devanaba los sesos para dar con el motivo de aquel incalificable retraso, llegó á su domicilio el marido de la Robustiana, quien, como sabemos, pertenecía al cuerpo de Seguridad y Vigilancia, que en Madrid ni *vigila* ni *asegura* más que á los periodistas de oposición.

Entró á cumplimentar á la vecina; y discurrendo cómo había de decirla cuál era el paradero de su Adonis, se le ocurrió dorar un poco la píldora, á fin de que la aragonesa la tragase con mayor suavidad.

—Nó, no espere V. esta noche ni mañana á su *medio-limón*; me *costa* que no puede venir.

—¿Le ha visto V., vecino?

—Sí, señora que le he visto; es más; le he acompañado.

—¿Que le ha acompañado V.? Pues qué... ¿le han llevado á la prevención?

—Nó, señora; ha ido más lejos.

—Explíquese V., por Dios, señor Macario, ¡explíquese V.!

—Pues es muy sencillo; y como tarde ó temprano ha de recibir V. la noticia, más vale que ya la tenga por adelantada.

Su *pariente* de V. está en el *Abanico*.

—¡En el *Abanico!* ¿y por qué? ¿ha tenido esta tarde alguna *custión*?

—Nó, señora; en el juzgado de guardia me han dicho, con bastante reserva, por supuesto, que se ha vuelto á abrir la causa del tío Blas el *Murciano*.

—¡Ave María Purísima! —gritó la aragonesa, incorporándose en la cama.— Pero esto es el *acabóse*. ¡Ay! ¡Virgencita de la Paloma! ¿para qué habré yo salido del Hospital?

Volvió á desmayarse la Martina; y fué necesario que el guardia en persona acudiese en busca de un médico á la casa de Socorro. Con él vino á poco rato, encontrando ya á la enferma repuesta del síncope, pero convertida en un mar de llanto.

Y como el cólera estaba á la orden del día, y en cuanto á uno le salía un orzuelo, ya preguntaba la familia si sentía calambres y tenía ganas de vomitar, los médicos andaban también muy preocupados, y en todo querían buscar el *bacillus virgula* y demás mortíferos microbios.

El médico que estaba de turno en la casa de Socorro, y á quien tocó visitar á la Martina, era el mismo que había asistido al difunto tío Baltasar, y que á la sazón tenía también entre manos y recetas á la señora Ceferina: de suerte que el pobre Galeno tenía aquella casa por un terrible foco de la epidemia reinante, y acababa de pasar una comunicación al subdelegado de Sanidad de la Inclusa, participándole sus alarmas y exigiendo toda clase de precauciones para tan peligroso recinto.

Bajo el influjo de estos antecedentes, en-

tró el médico municipal en la alcoba de Martina la aragonesa.

Y lo primerito que la preguntó, fué si sentía calambres.

Como la enferma no sabía realmente cuáles eran los síntomas de su dolencia, respondió que sí: como las emociones que en pocas horas había experimentado habían sido muy fuertes y continuadas, su semblante acusaba la profunda alteración de todo aquel organismo, todavía convaleciente de una tremenda crisis: y así es que sus ojos estaban hundidos, su tez amarilleaba, y el refresquito que por la tarde había apurado con las compañeras de sala, se le subía á la garganta, y producía náuseas y constante salivación.

—Es un caso incipiente, —pensó el médico;— estos son los síntomas premonitorios...

Y añadió en voz alta:

—¿Hay médico de cabecera?... quiero decir ¿tiene V. algún facultativo que acostumbre asistirle?

—Nó, señor, —se adelantó á contestar la Robustiana.

—Sí, señor, que le tengo, —objetó la Martina:— le tengo y le llamaré; si el señor Macario quiere hacerme el favor de ir al Hospital General, mañana por la mañanita.

El de orden público contestó satisfactoriamente, y el médico de la Casa de Socorro se limitó á recetar algunos preservativos, y á recomendar con vivo empeño que no se dejase de llamar á su compañero.

Así pasó la noche, entre convulsiones y mareos.

La Martina sentía en el pecho un calor extraño y untuoso.

Parecía que de los pliegues de aquella camisa en que guardaba su tesoro, salían ahogos y temblores de agonía, y efluvios de muerte.

Cuando la arrancó del cuerpo de Lola, aun conservaba la humedad de sus últimos sudores, humedad que la Martina sintió, como filtrarse por todos sus poros, y penetrar hasta hielarla las entrañas.

En los insomnios de aquella noche, pensó más de una vez:

—¿Si me habrá pegado los males de la difunta, esta maldita camisa que parece que tiene engrudo?

Y con esta aprensión,—primer vagido del remordimiento, ó primera forma de la expiación,— ya no pudo conciliar el sueño.

XXX.

Se puso tan alterada y tan grave, que Macario tuvo que madrugar para ir en busca del Doctor R.....

—Dígale V.,—le encargaba la Martina,—que necesito verle, y que me vea hoy mismo; que soy su enferma, la de la cama número 18, y que le pido este gran favor, porque si ese señor no me visita, me parece que voy á morirme en pocas horas. Ande V., ande V. y Dios se lo pagará.

El Doctor R..... no podía dejar sus atenciones del Hospital, y contestó que podía volver la paciente á la misma sala en que había estado; pero que él no debía dejar sus sagradas obliga-

ciones para hacer visitas urgentes fuera del Hospital.

La aragonesa, cuya exaltación crecía asombrosamente, y cuyo miedo tomaba proporciones de locura, insistió una y más veces, hasta que el maltraído guardia de orden público pudo conseguir la promesa de que el Doctor R..... se pasaría aquella misma noche, á la hora que tuviese franca y disponible, por el zaquizamí de la calle de Cabestreros.

Y á fe que era necesaria su presencia, porque en veinticuatro horas la Martina se había convertido en un espectro, y aquel calorcillo pegajoso era ya una fiebre altísima y aterradora.

.....
Cuando el Doctor llegó, eran más de las doce de la noche.

Su carácter facultativo le sirvió para que el sereno le abriese la puerta de la casa apesada, y para que el cordón sanitario establecido en el piso principal (donde ya había muerto la señora Ceferina), no le cortara el paso.

El sereno dijo:

—¡Un médico del Hospital General!

Y los guardias que formaban el cordón en las avenidas y corredores, abrieron camino al apóstol de la ciencia.

Llegó el Doctor R..... á las alturas del edificio, dió con la vivienda de Martina, y en cuanto esta le vió aparecer, cruzó las manos y dijo:

—¡Bendito sea Dios!.. ¡Gracias, Don Joaquín, muchísimas gracias por este favor!

El Doctor R..... casi retrocedió espantado: aquella mujer que le hablaba parecía una sombra de la Martina.

Su ojo clínico no le engañaba; la aragonesa estaba muchísimo peor que el día que entrara en el Hospital.

—Quiero que estemos solos, —dijo la enferma. —Tengo que hablar con V. de muchas cosas reservadas... Señora Robustiana, señor Macario: ¿me hacen ustedes el favor de retirarse por algunos momentos?

El guardia y su mujer salieron del cuartucho, encargando que se les llamara oportunamente, golpeando con los nudillos en la pared de la alcoba.

Y quedaron solos, una mujer criminal que sentía morir, y un médico sabio y bondadoso que iba á ejercer doble sacerdocio; puesto que había de asistirle y escuchar su confesión.

XXXI.

Dos horas mas tarde, el Doctor R..... sabía cuanto había ignorado respecto á la muerte de Lola la valenciana, y á la herencia de sus dos mil duros.

Martina no ocultó un solo pormenor. no veló un solo giro de aquella escena cruel; refirió minuciosamente cómo había visto á Joaquinito, y condensó en estas palabras su última voluntad:

—Quiero verle y darle un beso, y entregarle lo que es suyo, lo que guardo aquí, y he de poner en sus manecitas.

Aunque sea en un coche, en una camilla, que le traigan á la cabecera de mi cama... necesito pedirle perdón y saber que él me perdona.

—Está bien,—contestó el médico del Hospital,—respondo á V. de que Joaquinito estará aquí conmigo á las ocho de la mañana... Van á ser las tres... Sí... hay tiempo para todo,—añadió como reflexionando.

El niño está ya en el Hospicio; se le llevaron esta tarde; pero soy buen amigo del Director de aquella casa, y á la hora que he marcado iré á recogerle para traérsele á V.

XXXII.

Cumplió el Doctor R..... su palabra; pero no quiso el Destino que las cosas salieran tal y como estaban concebidas.

El Director del Hospicio había tenido que madrugar para despachar fuera del Establecimiento árdulos asuntos relacionados con sus dependencias y con la Diputación Provincial.

Ausente el Jefe, ningún empleado se juzgaba con autoridad bastante para permitir la salida de Joaquinito; y en vista de estas contrariedades, el médico se lanzó por calles y oficinas en busca de su amigo.

Llegaba á casa del vice-presidente de la corporación, y allí le decían que efectivamente, el Señor Director del Asilo de la calle de Fuenca-rreal acababa de marchar á las oficinas de la calle de Santiago.

Llegaba á estas, y en ellas le aseguraban que la persona á quien buscaba había ido con algunos Diputados al gobierno Civil; de aquí tuvo que pasar á Gobernación; de Gobernación á casa de uno de los Visitadores...

En fin, que dieron las diez, las once, las doce, y el Doctor R..... renegaba como un descreído, arañando los colchoncillos de un *simón* que había tomado por horas.

—¡Cabestreros, 30!—dijo al cochero, al salir por segunda vez del Gobierno de la provincia.

Y no sería menos de la una de la tarde, cuando el vehículo paraba á la puerta de la casa de vecindad.

Pagó el Doctor á su automedonte; y se disponía á entrar en el estrecho pasadizo en que remataba el sucio portal, cuando un agente de orden público le detuvo.

—¡Atrás, caballero!.. hay *cordón* y están fumigando toda la casa.

—No importa, soy un médico del Hospital y voy á ver á una enferma del piso 4.º

—Aunque fuese V. el rey, con perdón sea dicho... de aquí no se pasa,—contestó el guardia, poniéndose otra vez delante.

—Repito que soy...

—Ya lo he oído, pero aquí tiene V. al Inspector que le dirá las órdenes que acabamos de recibir.

En efecto: un Inspector del cuerpo de Seguridad, jefe del *cordón sanitario*, se presentó á confirmar cuanto el agente había dicho.

—¿Es decir, que la prohibición es absoluta, terminante?..

—Como V. lo oye; á raja-tabla. El señor Subdelegado de Medicina, que no hace media hora estaba aquí, ha hecho más severa la orden, amenazándonos con las más graves responsabilidades... Pero si, como dice este guardia, quería V. subir á visitar á una enferma del

piso 4.º, me parece que ya no tiene para qué molestarse.

—¿Por qué?—preguntó el doctor R....., cuya vista se nublaba, temiendo una verdadera desdicha.

—Es decir,—añadió el Inspector;—si la enferma de V. es la inquilina del piso 4.º número 13, Martina la aragonesa, ya no la encontrará V. arriba...

—¡Cómo!.. ¿pues qué... dónde está?

—Murió á las diez de la mañana, y al mediodía se la llevaron; ahora no se pueden tener muchas horas los cadáveres en las casas... Esto, más bien que yo lo sabrá V.

—¡¡Muerta!!—articuló el doctor, sintiendo algo como un vahido.

—Sí, señor; de cólera fulminante, rabioso, como se habrán visto *poquitos* casos... ¡Toma, y tan fulminante, que todas las vecinas se han espantado, y cuando vieron que los guardias se llevaban unos líos de ropa de la difunta, los agarraron, los rociaron con petróleo... y mire V., mire V., señor doctor; allá en el segundo patio arden como algodón en rama todas las ropas de cama y uso... *hasta la camisa* que tenía puesta la Martina!

El doctor no pudo contener las lágrimas que inundaban sus ojos... ¡La adversidad era implacable con el hijito de Lola!

Salió del portal, y se encaminó al Hospicio.

—Dios no me ha dado hijos,—murmuró:— ¡pues tendré uno!

Y adoptó á Joaquinito, que es el *testigo fehaciente* de quien nos hablaba la noche de la sublevación.



TOROS Y CABALLOS.

(BENGALITAS AMERICANAS.)

Á R. M. de la V.

I.

Es necesario viajar, apartarse de esta tierra querida, visitar remotos países, sea espontáneamente, sea contra la propia voluntad, para saber cuánto se la ama, cuán solemne es el culto que ella nos inspira, y cuán dulcemente suena su nombre, título de un eterno poema de grandezas.

El patriotismo es una religión; pero el patriotismo de los españoles raya en fanático, y no sabe razonar, ni calcular, ni transigir, como tal vez sepa hacerlo el patriotismo de otros europeos... y no vale ni quiero señalar, que es vicio feo.

Aquí dentro, en estos apretados hogares, desde los cuales nos hablamos unos á otros (y

unos á otros nos despellejamos en paz y sin gracia de Dios), cada español puede ser lo que quiera; ya levantisco y murmurador, ya dócil y tolerante, ya ambicioso ó indiferente. Pero ¡Jesús! en cuantito ponemos los piés sobre la tablazón de un barco, y de él pasamos á extraña región, y allí nos vemos lejos de este glorioso terruño, ¡ay! entonces... ¡cómo palpita el corazón al dulce recuerdo de la patria ausente! ¡cómo suspira el alma entre feliz y acongojada, cuando al cristal de nuestra imaginación acuden en tropel y como traídas por mágico poder, las gratas visiones de la infancia, las viriles y ardientes luchas de la juventud, el manto clarísimo de este cielo, la alfombra de las praderas, el murmullo de sus ríos, la inquietud de sus playas, el follaje de sus bosques, el barullo de sus cafés, el revoltijo de sus teatros; todo, en fin, todo lo que, con brillantes colores, pinta nuestra fantasía árabe, inspirada por la musa del patriotismo!

Cierto que los españoles no sabemos hacer la felicidad de la patria, dicho sea con perdón de los estadistas nacidos... y desarrollados; nos pasa lo que á aquellos maridos que adoran ciegamente á sus mujeres y no saben mantenerlas, ni ilustrarlas, ni enaltecerlas; saben amarlas, así, á la buena de Dios, con el corazón y con los cinco sentidos; con la violencia y el arrebató de la locura; sin el buen juicio y reposada atención que dan la razón y la experiencia de las humanas vicisitudes... Para amar y aborrecer no hay que estudiar filosofía.

Aquí lo de aquel carpintero, casado con una hermosa Diana del barrio de Embajadores, que

por un quítame allá esas virutas, la arrimaba cada ensalada de pellizcos y manotones que parecía un vapuleo de lana por cardar; tanta prisa daba á las muñecas para zurrarla, como á la sin hueso para escarnecerla, en la furia del escandaloso atropello; pero sobreviene en la taberna una conversación contra las volubles hijas de Eva; un ebanista del barrio se propasa á decir si la esposa del carpintero es *así ó asá*, y si merece ó nó las zurribandas maritales; pues el cónyuge no deja redondear la oración del ebanista, y del primer linternazo que le sacude izás! caen dos ó tres dientes sobre el mostrador, amén de un mayúsculo borbotón de sangre que baña los *chicos* y las botellas.

—¿Quién te manda á tí hablar de mi mujer, sin limpiarte antes la boca con agua rosada, pedazo de *morcón*?

—Entonces, ¿porqué la pegas?—exclama el aludido.

—Pues la pego... porque sí, y porque la quiero más que á mi vida, y porque es *mía* y de nadie más; ¿estás tú, so viborilla? Si no la quisiera la pasaría algunas faltillas de genio ¿entiendes, bobo de Coria? Pero como la adoro más que á las niñas de mis ojos... ahí verás tú, hago lo que me da la real gana y lo que puedo.

¿Es inverosímil la cita? pues ya lo creo que nó: ahí tienen ustedes el amor y el patriotismo á la española.

II.

Pues nada les digo si al entrar en lejano país, le sale á uno al paso un tipo semejante á los nuestros, ó si le llega al oído una frase de esta patria, ó le enseñan los distraídos ojos un cuadro trasportado de la tierra de los garbanzos. ¡Qué hallazgo tan peregrino, qué música tan seductora, qué visión tan celestial!

Ustedes, los que han vivido siempre embozados en la capilla torera, como los niños á quienes arroja el materno regazo, no pueden comprender lo que se siente, lo que se goza, lo que se sueña, en tales circunstancias.

¡Ea! al vapor, tomen ustedes pasaje en la sucursal de la Compañía del Pacífico (*Pacific Steam Navigation C.º*), y vénganse á recorrer la *inmensa llanura del mar*, y el territorio del mundo de Colón, que es... la mar de tierra.

¿Que si allí se corren toros? pues ya lo creo que se corren, y se matan.

En el Uruguay y en el Perú (cuyas capitales son Montevideo y Lima, respectivamente) nuestra fiesta nacional no ha desaparecido sinó periódicamente; en la primera de aquellas ciudades, en virtud de causas fortuítas; y en Lima, por efecto de la sangrienta campaña últimamente empeñada con Chile, y que dió por resultado la ocupación de la capital por las tropas invasoras.

Pero no es esta ocasión de hablar de la *guerra del Pacífico* (¡ate usted estos cabos!) porque para hacerlo á mis anchas y de conformidad con

mis propósitos, necesito y aprovecharé sin tardanza más espacio (probablemente, la serie segunda de mis BENGALAS.)

He visto y me ha tocado aquello muy de cerca, para que renuncie al gusto de hacer una especie de crónica de la guerra.

Conque, prosigamos; más bien dicho, comencemos.

III.

Pues también en Montevideo se dan corridas de toros, sí, señor. La plaza estaba (no sé si habrá desaparecido) en el arrabal de la Unión, un poco más lejos que la nueva de Madrid, aunque el camino que á aquella conduce, como todos los alrededores de la coqueta del Plata, es un pedacito de vergel, bordado de preciosas quintas de recreo y cruzado por algunas líneas de ferrocarriles urbanos, de las muchísimas que se explotan en ambos lados de aquel anchuroso río.

La lidia del toro no excluye, como en Lima, la suerte de *varas*; se admiten picadores; y francamente hablando, en el Perú la prohibición es muy justificable, dada la condición de las reses, muchas de las cuales no llegarían vivas á la punta del estoque, si por vía de saludo cariñoso, un *Pepe Trigo* ó un *Juaneca* les tentasen el morrillo con sus afiladas *puyas*.

Si ustedes tienen calma para leer estas mal hilvanadas reminiscencias, pronto verán que la tauromaquia limeña ha sustituido muy ventajosamente la suerte de pica con el gallardo y

primoroso *capeo á caballo*, del cual habré de ocuparme con alguna extensión y no poca alabanza.

El circo taurino de la metrópoli oriental, grande y mal distribuído, no ofrecía particularidad digna de mención, como no fuese la de tener sus palcos á la altura de nuestras gradas ó balconillos.

Los tendidos, de madera, como el resto del edificio, eran capaces, aunque destartalados; y cuanto al redondel, tenía en su centro un bur-ladero formado por maderos ó piés derechos, al cual se daba el nombre de *templador*. Era un gran refugio para los diestros, puesto que, colocados los maderos formando cuatro alas, y no cabiendo más que el cuerpo de un hombre en los huecos del *templador*, permitía el paso de una á otra de las alas, sin que el toro pudiese ofender al lidiador.

Los bichos son, por lo general, flacos y de sangre *filosófica*; y cuando el pueblo soberano pide que uno de ellos pase á situación de reemplazo, esto es, al corral, tiene ocasión de lucir sus habilidades un *gaucho matrero* que, provisto de lazo, se encarga de amarrar á la bestia redimida.

En esta faena de *enlazar* toros, nadie en el mundo puede rivalizar con los *gauchos*, así orientales como argentinos. Ellos dicen que nacen á caballo, y casi hay que creerles cuando se admira la destreza con que arrojan la cuerda, cuyo lazo corredizo va formando un círculo que se ensancha hasta el instante en que encierra *la cuerna* de la res.

El caballo del *laceador*, tan hábil como su

ginete, apenas advierte que el enemigo está aprisionado, rompe al galope, arrastrándole en la dirección que le marcan las bridas; el lazo va sujeto á un anillo de hierro en la misma cincha de la montura; y es de ver cómo se resiste la fiera á seguir un camino que no la agrada, y cómo el animoso caballo se encoje y forcejea por llevarla á donde manda *el patrón*.

Cuando el *laceador* pierde el tino, y en vez de sujetar noblemente al bruto ciñéndole su armadura, la cuerda se ensancha y cae más de lo conveniente, bajando al pescuezo de la res, entonces se dice que se ha echado *lazo ladrón*; y el gaucho tiene que soportar una verdadera silba, con su correspondiente adobo de improperios.

Y esto que el gaucho hace en el redondel de la plaza, lo hace cada momento en la *pampa* y en la *cuchilla*, ó sea en la llanura y en la sierra, colocándose, cuando menos, á treinta varas del toro ó novillo que debe sujetar, y arrojando el lazo sin contener el galope del *pingo* que monta.

La equitación no es allí un arte, es ley universal. Montar bien no es lucimiento, es un deber; habrá un sesenta por ciento de habitantes que no sepan leer ni escribir; pero ¿á que no hay un dos por ciento de *maturrangos*? (*Maturrango* es el europeo, que no sabe ginetear.)

Los niños de siete á catorce años ya ginetean en sus redondos y veloces *petisos* (nuestras jaquillas). Les da papá algunos reales en días en que repican gordo, y el *gauchito* monta á caballo y se va á *pelearlo* en las carreras. En los alrededores de aquellas hermosas capitales, no se ve sinó grupos de *sport*; carreras aquí y allá, apues-

tas arriba y abajo; y se da el caso de ver á chiquillos que pierden hasta los gemelos de los puños y el sombrero que llevan puesto; como sucede que más de una persona formal vaya con treinta mil duros y se vuelva sin un centavo, y con la casa hipotecada, y con su ajuar traspasado, y con las espuelas *trasferidas*, y... ¡válgame el cielo! que iba á decir una heregía que dejaría en mal lugar el amor conyugal en aquellas graciosas tierras!

Nosotros cantamos á la mujer, á las flores, al cielo; nuestra poesía popular bebe sus inspiraciones en multitud de fuentes de natural belleza.

Pero el *gaucho payador* no canta más que al caballo.

Toma la *vihuela*, y á la caída de la tarde se sienta á la puerta de su pajizo *rancho*; los vecinos del *pago* vienen á devorar sus improvisaciones; y el poeta de las pampas, canta melancólicamente estrofas como esta:

«Mi caballo era mi vida,
mi bien, mi único tesoro;
al que me vuelva mi *Moro*,
yo le daré mi querida,
que es más hermosa que el oro.»

Aquí vivimos á pié, en coche, en tranvía, en errocarril; allá se vive y se muere á caballo. La vida es un *trote*; aquí la vida es, como los *gauchos* dicen, una *sentaita*.

IV.

Los orientales (uruguayos) y los argentinos, dominan la equitación desde muy temprana edad.

La multitud de *saladeros* abierta á la explotación, requiere un verdadero ejército de caballería industrial: hay *saladero* en que anualmente se degüella tal cantidad de reses, que la cifra parecería exagerada si yo la estampase aquí. La preparación del *charqui*, ó carne salada, cuya exportación, como la de cueros, raya en fabulosa, demanda la continua presencia del gaucho, que está ya familiarizado con la diaria matanza.

Se ha dicho muy repetidamente en libros, periódicos y folletos, que el valor, casi feroz de los gauchos, nacidos en ambas orillas del Plata, reconoce por causa generadora la costumbre de verter sangre en aquellos grandiosos talleres de la muerte. Al *arte* de degollar, sea hombres en las civiles contiendas, sea novillos en los saladeros, se le denomina allí por el vulgo... *tocar el violín*.

Y recuerdo, á propósito de la explicación de esta frase, que, encareciendo yo en un círculo de la juventud elegante de Montevideo, el afable carácter del general D. Lucas Moreno, uno de los jefes del partido blanco (léase *conservador*)—porque allí á los liberales los llaman *colorados*, y á los demócratas-radicales, *candomberos* (1);—en-

(1) El *candombe* es una danza de negros, muy popular entre los blancos... de alma *negra*.

salzando, digo, la exquisita galantería de aquel caballero, que era gordo hasta parecer obeso, y rico hasta la categoría de millonario, un joven *principista* sonrió maliciosamente y cambiando intencionados guiños con todos los presentes, dijo:

—¡Ah! sí; el general es muy agradable, fino como una dama, candoroso como un niño, y pródigo como un andaluz. ¡Lástima grande que haya tocado tanto *el violín!*

—Pocos días hace,—añadió otro de los *leones* de Montevideo,—recibí yo invitación para la *soirée* con que el general pretendió conmemorar la paz entre los orientales; no asistí,—y le contesté que me privaba del gusto de bailar en sus espléndidos salones, por la sencilla razón de no tener más cabeza que la que uso diariamente, necesitando para presentarme á él alguna otra de repuesto.

Salí de mi asombro, y aclaré mis dudas; el general había sido gran *violinista*, es decir, famoso degollador en las horrosas luchas de los *blancos* con los *colorados*.

El lector perdonará estas digresiones en una serie de artículos sobre *tauromaquia americana*; al fin y á la postre, la política no pasa de ser el trasteo de los hombres por los hombres: con que, prosigamos.

V.

Yo no sé qué le pasaría á cualquiera de nuestros buenos ginetes, si algún día hiciera un viajecillo por aquellos *pagos*, y comiera *asado*

con cuero en una toldería de la Sierra Oriental, y asistiera al curiosísimo espectáculo de la toma de *bahuales* ó caballos salvajes.

Como la cría caballar y la equitación están en cierto modo relacionadas con el toreo, voy á permitirme redondear estas noticias, con la descripción de aquella faena de campo, que es más divertida que la *marca* y la *tienta* en el herradero, y que el *derribo* en la castración.

El *bahual* ó *vagual*, (que no sé á punto fijo cómo se escribe este vocablo), es el caballo salvaje, ordinariamente *entropado*. es decir, comunmente asociado á otros de la familia, que vagan por aquellos desiertos de pasto, vecinos á las empinadas montañas de la *cuchilla*.

Nace el potro, y se incorpora á un rebaño de *parientes*, que huyendo el lazo y las *boleadoras* del gaucho campesino, le alejan de todos los pueblos y de todas las *haciendas* ó cortijos de la comarca.

Indómito y gallardo, rompe á tendido galope en cuanto advierte la proximidad del hombre; y es de ver al hermoso bruto levantar la cabeza cubierta de sedosas crines, hinchar las narices para absorber en su desenfrenada carrera el aire sutil de aquella atmósfera delgada, y devorar en pocos minutos una ó más leguas de distancia, saltando arroyos y lagunas, y trepando por escarpados cerros sin camino ni vereda.

Pero supongamos que se trata de hacer un *rodeo* de *vaguales*, para escoger los destinados á la doma y al servicio de la hacienda; ó supongamos también que el hacendado recibe la visita de personas de su estimación, á quienes desea agradar y regalar caballos. Da las órde-

nes convenientes para encerrar la primera *tropa* que se encuentre; y como nuestros *ojeadores* acosan al venado y al jabalí en las grandes cacerías, así ellos persiguen al rebaño salvaje, encerrándole en un círculo de ginetes, y trayéndole alborotado á la embocadura ó entrada del potrero. El potrero es un prado extenso y bien cercado de ancha tapia, por encima de la cual puede darse cómodo paseo.

Encerrada la tropa de caballos salvajes, se cubre la embocadura, y no queda más punto de salida que un hueco ó portillo, por donde apenas cabe una sola res.

Encima de aquel hueco sin puerta ni tranca, colócase abierto de piernas, ni más ni menos que como pintan al coloso de Rodas, el gaucho domador que ha de estrenar los lomos del caballo de la pampa.

El hacendado va examinando los *vaguales*, y al fin designa aquel cuyo aspecto le promete un *pingo* de confianza.

—¡A ver!—grita desde lo alto de la tapia,—ese *tordillo* con manchas negras... ó aquel *zaino* de ojo claro, ó aquel *moro* de crin levantada.

El gaucho le enlaza sin errar una sola vez; ó, lo que es menos frecuente, pero más admirable, le acosa y empuja hasta llevarle cerca del hueco en donde espera el domador.

Apenas ve el potro aquel resquicio para la fuga, aquel breve punto de franquía, diríjese á él, veloz como un rayo, buscando sus queridas soledades; pero el gaucho traidor se vuelve entonces de espaldas al potrero; toma en una mano el freno y el lazo en la otra, y en el instante mismo en que el *vagual* pasa por debajo

de sus piernas, déjase caer á plomo, como uno de esos artistas de circo cuando pasa por un aro ó salta una banda de tela, y cae á horcajadas sobre la plataforma del *panneau*.

¿Cómo describir los saltos del *vagual* en aquellos momentos? ¿Cómo pintar sus vigorosas vueltas, sus agudos relinchos, sus bruscas sacudidas, sus rápidos *corcovos* y sus salvajes piruetas? Aquel cuerpo extraño que le oprime, que le aturde con gritos, que le estruja con nerviosos apretones, y que le ciñe como con dos barras de acero, le toman tan de nuevas, que el animal lucha y manotea, se revuelve y se encabrita, y no puede librarse del enemigo inesperado. Entonces su carrera se hace vertiginosa, loca, ciega, horrible. La pampa es ancha, inmensa, forma horizonte, no tiene un solo accidente; pero el *vagual* corre y corre desbocado y frenético, mientras el atrevido gaucho se sostiene como pegado al lomo, ó como si le hubiesen amarrado con lazos de alambre.

Trascurre media hora, una hora; el animal pierde sus alientos y se agranda la llanura, porque parece que aquellas sábanas de tierra no tuvieran fin y llenasen el mundo; hace el último esfuerzo y corre algo más; pero la sorpresa y el cansancio le rinden, le avasallan, y á veces cae á los piés de su tirano. Este le pone el freno, símbolo de la esclavitud que empieza, y del albedrío que acaba; el *vagual* está dominado, y el gaucho vencedor, vuelve sobre él, ya humilde y resignado á la *hacienda* del señor. Allí le venden ó le regalan; y el resto de la *tropa* sale otra vez al campo, huyendo primero y retozando después, sin echar de menos á los

pobres compañeros que quedan allá dentro, cautivos del hombre.

Como hace este con los cautivos de la justicia, ó con las víctimas de la miseria.

VI.

Pasemos á la galana, hoy desventurada capital del Perú, ya que en la República Argentina y en Chile, no es permitida la lidia de toros.

Pero antes de entrar en la sultana del Rímac; antes de consagrarla algunas de las dulcísimas memorias que su nombre inolvidable trae á nuestra mente, detengámonos, siquiera sea como *puyazo de refilón*, en la escondida ciudad boliviana, que sin ser por derecho la capital de aquella República, lo es de hecho y en fuerza de la costumbre. Nos referimos á la Paz, que es la verdadera metrópoli de Bolivia; aunque legalmente pertenezca este nombre á la apartadísima ciudad que antes se denominaba *Charcas*, que después se llamó *Chuquisaca*, y que hoy es conocida por *Sucre*; estando así bajo el patrocinio de un guerrero valeroso, á quien España nunca podrá negar sus brillantísimas calidades, su carácter severo y caballeroso, su moralidad y rectitud como hombre y como soldado.

La Paz está situada en una hondonada ó corte del valle que riega el *Chuquiapo*, aurífera cinta de agua purísima, que serpentea lamiendo las plantas de los nevados más grandiosos de la tierra. Desde el alto de aquella ciudad, pintoresca como pocas, se ve en las noches de clara luna, un grupo de tres fantasmas corona-

dos de perpétua nieve, que parecen vigilar en un campamento de montañas, de distintos, vivísimos colores, formadas á su alrededor. Aquellos reyes de los Andes (ya los hemos nombrado en páginas anteriores), son; delante, el majestuoso *Illimani*; al centro, el gallardo *Joven Potosí* (*Huáyna Potocsi*); y detrás de ellos, más vecino al hermoso lago *Titicacã*, el arrogante *Illampu*, *Sorata* por otro nombre.

Cuando el viajero á quien sorprende la callada noche en aquella *pampa* que media entre *Chililaya* y el alto de la Paz, contempla el mágico cuadro que la soberbia naturaleza le ofrece, cree descubrir algunos movimientos en las nevadas cabezas de aquellos colosos del planeta. Antójasele que el *Illimani* extiende brazos que se pierden en los cielos; y son nubes que rodean su cuello, y que en blancos girones suben á acariciar las graníticas mejillas del titán de los Andes; imaginase que el *Sorata* se inclina respetuoso ante su vecino y señor, y que el *Joven Potosí* dobla las rodillas en presencia de sus dos mayores. Y es que otras nubes, de vario color y extrañas figuras, les circundan á guisa de caprichosos mantos, entre cuyos pliegues asoman las estrellas, como si fuesen almas de las Virgenes del Sol que asistieran al cercano templo para saludar al Inca en el misterio de la noche.

¡Y si en medio de aquel silencio se perciben las melancólicas notas de la *quena* del indio *aymará* que vaga por la llanura, el asombrado viajero entorna los ojos, y á su imaginación acuden los vasallos de aquel poderoso imperio que sometiera al poderío de nuestra España el

genio aventurero de aquel siglo de grandezas, que no se reproducirá en toda la vida de la tierra, ni en toda la historia de la humana raza!

Hay que conocer los Andes, haber traspuesto sus nevados, haber cruzado sus abismos, haber caminado por sus laderas, haber atravesado sus interminables llanuras, haber vadeado sus chillones torrentes, haber pasado por sus edénicos valles, para quilatar el heroísmo de los conquistadores que llevaron á los incas la Cruz del Cristianismo y la gloriosa bandera de Castilla. ¡Epopeya que semeja fábula; sublime historia de hazañas que parece inverosímil conseja!

La Paz es un pueblo con honores de ciudad; es un lugarón destartalado, que las echa de corte, y que tiene calles más empinadas que la de Balborraz, en Zamora, y más estrechuelas y sombrías que la del Hombre de Palo, en Toledo. Con la agravante circunstancia de que, aun situada en profundo valle, la Paz está á más de catorce mil piés sobre el nivel del mar, y el aire es allí tan *raro*, que el forastero no puede andar más de diez pasos sin tener que hacer una paradita, para que los fuelles pulmonales no se descompongan. A la fatiga que se siente la llaman allí *soroche*; y á todo el que se presenta cariacontecido, le dicen que está *asorochado*.

La aspiración del *álcali* y la nada agradable emanación del ajo, son los remedios más usuales contra aquellas apreturas; y los pobres caballos y las infelices mulas que pasan de la costa á las regiones de la cordillera, sienten tambien el *soroche*; en cuanto se las obliga á trotar cuesta arriba ó á galopar en el llano, sufren

la *veta*, que así se dice; se agitan temblando, y las bestias maltratadas por inexperto ó bárbaro ginete, caen redondas para no levantarse más.

Solamente el asno es tan indiferente é insensible á la rarefacción del aire en aquellas alturas, que así trote ó respingue cuesta arriba ó cuesta abajo, maldito si se *enveta* ó *asorocho* como las otras cabalgaduras; y es que el burro para todo es burro, y en todo se distingue de los otros animales de carga y silla.

Pero nó de asnos sinó de toros hemos de hablar; y recordaré haber asistido en La Paz, á una corrida *popular*, vale decir, sin diestros, verificada en honor al *magnífico* Presidente general Daza; muy señor mío y amigo, á quien Dios guarde muchos años, y pida en el otro barrio estrecha cuenta de las barbaridades que ha hecho en su tierra natal, y en el Perú, su generoso protector y pródigo aliado. Cerróse con tablas y maderos la plaza principal, que es un plano inclinado; convirtióse en toril la sala del Congreso! dándole con este uso el destino que mejor merecía en aquellos tiempos revolucionarios; salieron algunas cuadrillas de indios aficionados al arte de *Pepe-Hillo*, y se corrieron en un día *cuarenta y seis* avispados novillejos, que ocasionaron tres muertes, doce graves heridas, y más de cuatrocientas ligeras contusiones. Por la noche, hubo comida oficial en Palacio, y su Excelencia soltó majestuosas risotadas, y más de cuatro veces me preguntó si las corridas de toros eran en mis *madriles*, tan divertidas como en aquella su tierra. Díjele respetuosamente, que aquí no nos divertíamos tanto, y que los novillejos, sus compatriotas, eran

monstruos de fiereza comparados con nuestros *inofensivos* berrendos de Miura y de Veragua. ¿Qué había yo de contestar á un mandatario que por la más ligera contradicción imponía cuatro meses de cárcel, y que por la más leve falta de adhesión á su gobierno, recetaba treinta ó cuarenta latigazos á su mejor amigo?

El general Daza, que acaso leerá estos *requiebros*, porque se vino á Europa (sin batirse en el Perú), y hoy gasta en París el *modesto* fruto de sus cuatro años de imperio, era un ogro, muy fino y galante en visita, muy remilgado y cariñoso en tertulia, eso sí; pero que con la sonrisa en los labios, y dando golpecitos en el hombro á su interlocutor, le brindaba su amistad y liberal apoyo, y en cuanto volvía las espaldas llamaba al Intendente de policía, y decíale al oído:

—Coronel (en Bolivia todos los militares son coroneles), hágame el servicio de poner una barra de grillos al amigo que acaba de salir, y despáchelo en seguida á los desiertos del Beni ó de Chiquitos.

--¡Ah! ¡Coronel!—solía añadir,—acompañeme al baño y tráigame calzoncillos, una esponja y un par de calcetines limpios.

Y el Coronel-Intendente de policía, ó el ministro de Justicia, si venía al caso, tenían la honra de acompañar al *dictador*, llevándole la muda limpia, y trayendo la sucia, para entregársela á otro general ó coronelito que estaba encargado del parque de artillería de la nación, y del lavado y planchado de las suciedades corporales del presidente.

Advierto al curioso lector que el cuadro está

tomado *d'après nature*; y ruégole otra vez me perdone las frecuentes digresiones con que extravió su atención del asunto principal de esta mal zurcida serie de *Bengalitas*.

¡Y ahora sí que vamos derechos á Lima!

VII.

¡A Lima, sí; á la primorosa ciudad de los virreyes; á la florida cuna de las andaluzas del Nuevo-Mundo; á la patria favorita del amor y de la opulencia; á la corte de la hermosura y de la riqueza; á la fascinadora mansión de todas las alegrías y de todos los placeres! Sí, porque Lima es todo eso, y es más bella de lo que como tal pretenda yo describir.

El Pacífico la aduerme con los murmullos de sus arenosas playas; el Andes la perfuma con las esencias de miriadas de flores salvajes, cuyos nombres sólo Dios sabe (esencias que llegan purificadas por la helada corriente de aquellas altísimas cumbres); un cielo siempre clarísimo y rutilante corona sus vergeles, y el espacio la regala con una constante armonía de rumores que bajan de regiones desconocidas.

Lima es la ciudad privilegiada de aquel inmenso continente; búcaro siempre fresco y aromoso; tórtola que siempre arrulla; ninfa que siempre juguetea; aquella sultana del mundo de Colón, no puede ser conocida sin ser también amada.

En su vida normal, cuando no la oprimía la ruda mano del chileno, vencedor en valerosas lides; cuando ella no veía rostros extraños, ni

airados ojos, ni mortíferas armas, Lima estaba en perpétuo coro de dulzuras. Sus mujeres, aquellas divinas mujeres que llevan en los abismos de sus pupilas la suave melancolía de las Vírgenes del Inca, y el fuego matador de los amores de España; aquellas mujeres que hablan sonriendo, que parecen suspiros con alma y cuerpo, y de las cuales puede decirse con el poeta sud-americano:

«su andar se ajusta al ritmo de la lira,
hay en su voz la suavidad del ruego...»

Aquellas mujeres, en fin, á quienes Dios ha otorgado el mítico dón de la juventud eterna, llenaban la ciudad con sus galas, y el campo con sus alegrías.

Ahora .. ¡infortunadas é inolvidables amigas!; ahora se ocultan en sus albergues, como las palomas del edénico valle de Huánuco, en cuanto ven que asoma el halcón, ó que aparece un extraviado cóndor, viajero infatigable de la nevada cordillera.

Ayer todo era paz, y la paz con el fausto engendran la ventura; hoy todo es guerra, y la guerra con el invasor, sólo producen amargura y desconsuelo.

¡Pobre alcázar del amor, y cuán cerradas están tus verdes celosías!

VIII.

Descendamos, si algo hemos subido, guiados por el corazón.

Los conquistadores llevaron al Perú, más

entero, más cabal, más puro que á las otras regiones de aquellas Indias, el carácter español con todos sus rasgos, con todas sus bondades, y con todos sus defectos. Llevaron, en fin, sus pasiones; en Chile dejaron su política; en el Plata, su espíritu mercantil; en Centro-América, sus fanatismos; en el último baluarte del dominio español, que fué el Perú, quedó el alma de España.

El alto Perú (que hoy es Bolivia), dió el grito de independencia; los Murillo, Lanza, y Sagárnaga fueron los apóstoles de aquella emancipación; siguieron otros virreinos, y siguieron otros conflictos; pero el bajo Perú, la ciudad mimada de la España colonial, Lima, en fin, casi dijo á los insurgentes que abogaba por sus regalías, y que estaba contenta con su suerte de *hija regalona* de nuestros mayores.

Fué necesario que, para convencerla de República, se conjurasen en corto plazo el corazón de San Martín y la espada de Bolívar; dos extranjeros en Lima.

Pero si á regañadientes pasó de nuestra dulce tutela á su inquieta soberanía, conservó como las Vestales el sagrado fuego; como las Vírgenes del Sol, el oro y los perfumes en sus templos; todos los hábitos de la cariñosa madre, y todos los resabios de sus ilustres progenitores.

Así, una feria en Lima es fidelísimo trasunto de nuestras ferias de bullanga y chucherías; un paseo en Lima, es copia exactísima de nuestras romerías y zarandeos; y una corrida de toros en la vieja plaza de Acho, es reproducción *mejorada* (sostengo la palabra en todo su vigor) de nuestra clásica fiesta nacional.

— ¿Mejorada he dicho? pues, sí, señor, mejorada, y vamos á las pruebas.

Es indiscutible que la parte mala de nuestras corridas de toros, la que no resiste al más vulgar razonamiento en contra, es la suerte de *vara ó puya*. Será necesaria, necesarísima, por cincuenta mil razones meramente *artísticas* ó profesionales, no lo niego; será conveniente, á causa de la bravura de las reses, como castigo y moderación de sus furores, y como garantía de la vida del diestro en los momentos sucesivos de la lidia; tampoco me atrevería á debatir este asunto con persona capaz de llevarme la contraria.

Pero lo que digo y pruebo, lo que afirmo y mantengo, es que á nuestras corridas de toros les falta la más graciosa, la más gallarda, la más linda de las suertes del toreo; les falta *el capeo á caballo*.

Vea usted cómo da comienzo una corrida en la Plaza de Acho.

Suponga usted un redondel, casi doble que el de Madrid; un círculo de *cuartos* (nuestros palcos) abierto á dos varas de altura sobre la arena, es decir, debajo de los *ochavos*, *tendidos* y *galerías*. En aquellas covachuelas, resguardadas por gruesas tablas de pino, lucen como candelillas millares de ojos femeninos, capaces de convertir al toro... en buey; y al hombre en... otro animal cualquiera. Pues bueno; sobre los palquitos del piso bajo están los tendidos, y sobre éstos, como en nuestras plazas, el orden de balconillos y galerías.

Llénanse los cuartos, donde se oyen las risitas de aquellas benditas hijas del Señor, con-

fundidas con el choque de las botellas y los vasos; entra la *negra malambina* (1) con las *butifarras* y platillo de *seviche* (comidillas esencialmente toreras, porque Dios y las limeñas quieren); y apenas suena el *tarari* de los clarines, ábrese el portalón y aparece la cuadrilla.

Supongamos que esta es *criolla pura*, á falta de *artistas chapetones de la ciudad de España*; pues ahí tienen sus mercedes al *maestro* peruano Angel Valdés, rubio como un azabache, ó como la endrina bien madura; viste raso *punzó* (rojo) con alamares de oro; su *vestio* y su montera, su faja y sus avíos todos, son ni más ni menos que los de nuestro simpático Rafael, ó los de nuestro elegante Mazzantini. A su derecha viene Albarado, peruano también, *cholo* de tostada piel y de cabello crespo como el pelote de aforrar butacas. A su izquierda sale otro matador de la tierra de Valdés, *neguito* como su *mama*, y por cierto que luce un par de *ringleras* de blanquísimos dientes, que ya los quisiera el señor Antonio Gil para su uso particular y fines consiguientes.

¡Ea! caballeros, que vuelven á sonar las trompetillas, y se abre la puerta del chiquero, y asoma un berrendo, hijo de Cieneguilla, y nieto legítimo de los Veragua que se llevó don Antonio Miranda. ¡Hermoso bicho! ¿Que si es bravo? Pues ya lo creo; tanto como un *paco* chileno (2), ó como un *gaucho de mala bebia*. ¿Que si es ligero? ¡Toma, toma! ¡Pues si es ca-

(1) *Malambo*: barriada al otro lado del puente sobre el Rímac.

(2) *Paco*: agente de la policía en Chile.

paz de llegar á Constantinopla, por tierra y todo, antes que un vapor de la Compañía inglesa! ¿Que si es bonito? ¡Anda, anda! ¿Pues no lo ve usted, que parece un figurín de ganadería?

Pero ¡eh! ¿qué es eso? ¿Quién es aquel *gine-taso* que pára su caballo frente al mismísimo vomitorio de cuernos?

¡Olé, sabroso! Ahí está mi negro Juan Alberto Asín: más alto que una palmera de coco, ó que mi querido amigo y compañero Vital Aza; con su chaquetilla, blanca como la leche; su sombrero de Panamá, fino como el algodón en copo, y su capote colorado como la sangre de la irritada fiera. ¡Agua va! que el bicho le divisa. ¡Jesucristo, y qué bailecito toma el caballo! Ya se han visto, ya; el toro arremete como un venablo; el hermoso bruto le deja venir, y cuando le tiene cerca, se cuarteá; y cuando el toro *derrota*, se encoge; y describiendo círculos como si los hiciera á compás, y llevando casi pegados á la elegante sobre-cincha los pitones del enemigo, se revuelve, como potro en zambra, se alarga y escurre, como sanguijuela que prende; mientras el soberbio ginete sacude airoosamente el capotillo, y va quebrando con él las intenciones del burlado toro; y sale al fin por la tangente de aquellos círculos, cada vez más apretados, salvando la piel de su noble cabalgadura, casi tan diestra como su *patrón*.....

¿Cabe algo más bonito, más lucido, más airoso que la suerte del *capeo á caballo*?

IX.

Pero ya queda dicho que no es este el rasgo exclusivamente característico de la fiesta taurina en la perla del Rímac, no. Lo singular, lo típico, lo notable, es el aspecto de los *cuartos*, la fisonomía de aquella andanada de covachuelas, el bullicio entre aquellas *manolas* del Nuevo-Mundo, su chispeante conversación con los *mozones* de la alta clase, y el raro *menú* de aquellas meriendas improvisadas. Desde la víspera del día de la corrida ya abundan los *listines* con los nombres de los bichos, la genealogía del que *há é rompé la tarde* (que dicen sus infantiles pregoneros); una sarta de romances y epigramas alusivos al espectáculo; diálogos intencionados entre maridos *escamones* y *costillas* vivarachas; escenas político-aurinas que rebosan gracia y donosura, y que entre nosotros serían denunciadas sin muchos requilorios ni miramientos.

El *listín* es el prólogo á la fiesta, y su especialísima literatura ha hecho reputaciones entre los escritores, tan sólidas y patentadas como las de los buenos toreros. ¿Quién puede recordar, entre los viejos limeños, el capeo de Arredondo el famoso, sin asociar á su cara memoria los *listines* escritos por Manuel Atanasio Fuentes (a) *Murciélagos*, uno de los peores copleros de la tierra, y uno de los negociantes políticos más atrevidos del continente? ¡Y cómo gozan los setentones de la ciudad, evocando el recuerdo de aquellas diabólicas tapadas de *saya* y *manto*,

de aquellos negros fantasmas de gentileza palpable y de recóndita hermosura, que, con un ojo descubierto (única *facción* que el aire tocaba) atisbaban á los espectadores, largándoles miradas á *volapié* y guiños á *paso de banderillas!*

¡Ay! Aquello pasó para no volver. La salida de los toros en aquellos buenos tiempos era una mascarada por el coso de la picardía; el paso por la Alameda del Acho era entonces más pe-liagudo que el de Roncesvalles; las tapadas formaban animadísimos grupos, ni más ni menos que hacen ahora nuestros señoritingos impresionables, á las puertas de los teatros, y aun á las de los templos. Los polos de la electricidad amorosa estaban invertidos; la mujer era el reóforo positivo; el negativo, el hombre; la pila, el circo; los ácidos, las palabras; el vaso poroso, el cuerpecito sandunguero de la conquistadora: y ¡ay! de los pobrecillos hombres, y qué de cosas tenían que oír en aquellas carreras de baquetas!

Pero ya lo hemos dicho; ¡todo aquello pasó para no volver!

X.

Aquí da fin, más por apuros de tiempo que por rezagos de la memoria, esta pálida *Bengala*, de artículos descriptivos de algunas cosas del otro mundo.

Quedan en el tintero: el famoso *Papito*, un negro que en las corridas hace con fortuna y arrojo el difícil papel de payaso; sus novilladas de *tinajón* y *toro ensillao*; las caprichosas mo-

jigangas que se le ocurren y el público siempre celebra; quedan también algunos apuntes históricos de la plaza, y otros biográficos de sus buenos toreros; pero como no ha de ser esta la postrera vez que tornen mis pensamientos allí donde tantos cariños me guardan, suspendo la mal desempeñada labor, pidiendo humildemente á sus pacientes lectores el perdón de las faltas cometidas, y la bondad en el fallo que me reserven.







PATRICIO

(CUENTO LIGERO.)

À mi distinguida amiga

LA EXCMA. SRA.

D.^a GERTRUDIS MARTÍNEZ DE F. GOLFÍN

I.

Patricio tenía una cosa, pero no tenía otras.

Tenía talento, y no tenía qué comer... Se dan casos como este.

Era joven, casi un niño; pero sabía más que muchos *adúlteros* y no pocos *vejancones*. A los quince años, y cursando los primeros de la Facultad de Filosofía y Letras, había traducido *De Bello Catillinario*, las *Arengas*, las comedias de un tal Aristóphanes (anterior á Rafael García y Santisteban), y las tragedias de un tal Séneca, precursor de Echegaray, pero que nunca presidió Círculos de Bellas Artes, ni anduvo por los Quemaderos de la Inquisición.

¡Vamos! Que á los diez y siete años, Patricio había trabajado un poco más que Don Venancio González á los sesenta y pico; sabía latín, griego, su *miajita* de hebreo, sus nociones de *sanscrit*; hablaba el francés, el italiano y el alemán: había devorado la colección de Autores clásicos, hecha por el inmortal Rivadeneyra; había estudiado, no *leído* á secas, las obras de Cantú, Weber, Champollion, Jacquolliot, Valera, Alarcón, Edmond About, el Padre Feyjóo, Mariana, Ortega y Frías, Dickens, Pérez Escrich, Veuillot, Carulla,.. así, como van apuntadas, en delicioso desorden y confusión. Recitaba de memoria y sin trocar un verso, los poemas de Víctor Hugo, las *Doloras* de mi entrañable maestro Campoamor, y la *Epístola* que el sublime *Horacio* dirigió en día de mal humor á los *Pisones*... (y no crea alguno de los señores concejales de Madrid ó de Barcelona, donde resido, que se trata de empedrados); recordaba con admirable precisión las mejores, es decir, todas las odas de Quintana; los romances del duque de Rivas; los sonetos y las jácaras de Quevedo; las fábulas de Iriarte; la Historia en verso, del Padre Isla; madrigales de Meléndez; octavas de Espronceda; serenatas de Zorrilla; y por saber de todo cuanto apetecía á sus ganas de paladear bellezas, también declamaba con admirable entonación aquel final del discurso de D. Emilio contra Manterola, que empieza así: «Grande es »Dios en el Sinai; el trueno le precede, la tierra »tiembla, los árboles se desgajan...»

Y Patricio sabía otra cosa, muy difícil en España; hablar el castellano, escribirlo tal como lo hablaba; sentir sus encantos; estimar sus pri-

mores, y quilatar toda la valía de sus inagotables tesoros.

¿Cuándo hubiera él escrito «no tengo inconveniente de hacer esto»; ni «yo soy de los que digo» como un ex-ministro de la Gobernación del Reino; ni «me hago solariego» por decir *me hago solidario*, como otro consejero de la Corona, que hasta hace poco estuvo en funciones?

Sin duda por saber todo esto, y contestar con rapidez á cuanto se le preguntaba, y comprender con maravillosa fuerza perceptiva las ideas que á su criterio se exponían; sin duda por estas raras calidades de su entendimiento, muchos le llamaban loquillo, botarate y parlanchín.

Y era que el chico no tenía malicia del mundo; ignoraba que en este valle de lágrimas y de académicos, es ocasionado á inspirar malos conceptos eso de tener viveza en la imaginación, facundia en la lengua, y fósforo en la cabeza.

—Los sabios callan,—piensa el indocto vulgo, egoísta hasta en sus refranes;—y por esto, muchos asnos que por dentro son zorros, toman el buen partido de no dar luz á la sin hueso, se achatan, hacen gestos de estudiada intención, menean la cabeza como si balanceasen ideas, y aparentan guardar tesoros de raciocinio y maravillas de entendimiento.

II.

Un día, Patricio mantuvo una fiera disputa con su estómago.

—¿Qué quieres?—le dijo el cerebro, cargado de ideas.

—Que me nutras, que me des algo; y aunque soy muy cristiano, me conformaré con un plato de judías bien caldosas.

—Eres una bestia, indigna de mi alma.

—Y tu alma es una loca de atar, indigna de mi resistencia. Piensa que hace veinticuatro horas que no me das cosa caliente...

—¿Pues y el panecillo que anoche te regalé con los restos de mi bolsillo?

—Estaba duro como un canto, y se me acedó en cuanto lo disolví con mis jugos: me hizo más daño que provecho.

—¡Bueno! Pues aguanta unas cuantas horas más, y vamos á la Biblioteca de San Isidro...

—¡Para Bibliotecas estoy yo, niño ingrato! Te digo que aquí me planto, y no te dejas dar un paso más, si no me administras un regular *tente en pié*.

—¡Ahora que íbamos á leer una comedia de Cervantes, *El cautivo en Argel!*

—¡Cervantes! Otro hambrón como tú. Déjate de comedias, y mira al escaparate de esa fonda... Repára que estamos en la Carrera de S. Gerónimo, y que esa es la casa de Lhardy i el Cervantes de la cocina!

—Calla, diablo tentador; no ultrajes á los clásicos.

—Pues dame pan, loquillo.

Patricio, por agradar al jefe de su máquina, miró al escaparate. Una cabeza de jabalí con sus colmillos afilados, con sus cerdas entrecanas, con sus ojillos lánguidos, presidía aquel mosaico sustancioso de la flamante gastronomía.

Alrededor de aquella cabeza, muerta pero presidencial (que no quitaba lo uno á lo otro),

veíanse latas llenas de *paté foie gras*, trozos de salchichones catalanes é italianos, succulentas butifarras, quesos de nata y de bola, quesitos suizos—marca *Gervais*—de los que saborean con deleite las buenas *cocottes* de París, botellas de vinos viejos, cadáveres de pollos jóvenes, de chochas malogradas, de conejos incautos... pastas provocativas, pescados aderezados, entre ellos un mayúsculo salmón arrebatado á las dulces linfas del Nalón ó del Deva; sardinas de Laredo, grandes, espigaditas, incitantes... un plato ornamental de confitura, que representaba el templo de la Fama, con un angelón de trompetería, y algunas figuras de caramelo, con auréola de huevos hilados y entre nubes de *chantilly*, ese encaje primoroso de los grandes reposteros...

Patricio, bostezó, y cuando más embebido estaba en la contemplación de aquel *pandemonium* gastronómico, un chulo que pasaba, se acercó á él, y con mucha sorna le dijo:

—¿Se almuerza. eh?

El joven se avergonzó, y casi tuvo ganas de llorar.

El chiste plebeyo del chulapo le indignó, pero luego le hizo gracia la ocurrencia.

III.

—Ni Cristo pasó de la cruz, ni yo me muevo de aquí,—dijo el estómago á la cabeza.

—¡Ea, vámonos, insensato!—respondió esta con mal temple.

—Busca dinero, si no lo tienes,—añadió la

viscera de los retortijones, domiciliada en el principal del centro de aquella casa de carne y hueso.

—¡Buscar dinero! ¡ahí es nada!—replicó el cerebro, sintiendo los primeros vahidos del hambre, que subía al sotabanco del edificio, donde vive la loca de la casa.

—¿No trabajas para mí? ¿No hay editores en el mundo?—prosiguió el tirano de abajo.

—¡Sí que trabajo, y sí que hay editores! Pero un editor es un estómago, devorador como tú, ingrato como tú; idéjame y calla! (1)

—Lo dicho, dicho,—insistió el verdugo de aquella víctima que se desvanecía.—Si no me das algo de eso que estás viendo, me encojo, me retuerzo, me pego una pared con otra, y caes redondo, para no levantarte más. Elige, entre la muerte por inanición, y la satisfacción de mi necesidad. Y ahora, apóyate bien en la pared, porque te voy á marear.

Y el bárbaro dió un tirón, produjo un calambre eléctrico en aquel organismo débil y torturado... y la cabeza dijo atolondrada al espíritu que desfallecía:

—Vamos á dar á ese bruto lo que pide, porque sinó, es muy capaz de llevarnos al otro barrio.

IV.

D. Prudencio Cornezuelo, era Diputado á Cortes, por el Distrito á que pertenecía el pueblo natal de Patricio.

(1) Conste que hay excepciones, amigo Tasso.

D. Prudencio era bastante narigudo por su físico, y muy romo por su moral.

Tenía título de abogado, pero así conocía el Derecho, como yo el *volapück*.

No ejercía ¿qué había de ejercer?

Como que era ganadero de toros, cosechero de olivas, traficante en carnes y aceites, contratista de carreteras, y gran Cruz de Isabel la Católica... ¡Nunca es menos Católica la gran Reina, que cuando se la mezcla en tales heregias!

Pues, D. Prudencio era un animal de bellota; muy francote, eso sí; muy ricote, eso también; y amigo de hacer un favor que costase poco dinero, al que le prestaba servicios que valiesen mucho.

Y se las echaba de hombre político, ¡vaya! ¡no que nó!

Y de orador tribunicio... ¡pues ya lo creo!

Una noche habló en la Tertulia progresista de la calle de Carretas, y dijo que la libertad era á los pueblos, lo que el molino á las aceitunas.

Esta grasa oratoria le valió un triunfo de los más ruidosos que allí obtuvieran los prohombres del partido liberal.

D. Joaquín Aguirre (¡qué gran viejo perdió España el día en que él murió!) D. Joaquín Aguirre decía que su correligionario Cornezuelo era como el centeno de su apellido, usado como abortivo por las doncellas resbalonas que querían llevar en pié su honra, limpia la frente, y apretado el delantal.

—¡D. Prudencio es el abortivo de la Gramática,—exclamó aquella noche el eminente Aguirre.



V.

D. Prudencio entraba en la fonda de Lhardy, cuando Patricio estaba á punto de caer al suelo. Se reconocieron.

—¡Hola, *chipilin!*—exclamó el diputado, descargando su manaza derecha sobre el hombro izquierdo del estudiante.

—¡D. Prudencio!!

—¿Qué te haces por acá? Pero muchacho, ¿sabes que estás más flaco que un galgo, y más escurrido que una vinagera en manos de monago? Animate, ¡hombre! Vamos á ver... lo primerito de todo; ¿has almorzado?

Patricio vaciló; miró á otros dos señores bien *trageados* que á D. Prudencio acompañaban, y contestó:

—Sí, señor, ya he almorzado.

—¡Mentira!—contestó el estómago del poeta, dando otro tirón desde sus habitaciones.

—No importa, *chipilin*, almorzarás dos veces; que nunca por mucho trigo es mal año ¿eh? Así como así, tu madre me dió unos encarguillos que tengo en la fonda, y que luego podrás recoger...

—¡Mi madre!—exclamó Patricio, casi llorando,—¿y qué encarguillos son esos?

—No lo sé; un lío de ropa, una caja que parece de puros, y un paquetito muy currutaco y muy sí señor, que debe guardar cosa fina... El paquetito es de tu hermana Paula... luego lo recibirás todo junto...

—¡Mi hermana Paula!... estará hecha una real moza, ¿no es verdad?

—Como un castillo... Pero mira, chico, estamos aquí gastando un tiempo precioso, y tanto estos señores, como yo, tenemos gazuza; hemos llegado en el tren de las siete de la mañana; apenas nos desayunamos con una taza de chocolate en Avila, y me parece que ya es hora de dar gusto al rey del cuerpo... Andá, anda, acompáñanos, que no te pesará, *tontin*..... Arriba te presentaré á estos dos amigos... ¡buena gente! son electores míos, como tu padre, ¡*cornezuelistas* puros! Con que, á comer *se bá*, que dijo el otro, y...

«Adelante, cabayeros;
entren todos de rondón...»

Y mientras canturreaba, como el *mataor* de *En las astas del toro*, empujaba á sus compañeros de viaje, repetía el manotón sobre el espaldar de Patricio, y añadía, pellizcándole donde podía coger carne, hablándosele todo:

—Ea... que estás hecho una espátula y tienes que engordar... mira que sinó, el día menos pensado ipif! amaneces en las nubes, llevado por el aire... Buenos días, señores (á los dependientes de Lhardy.) *Bon chur madamé* (á una señora que ocupaba el *comptoir*.) ¿Qué novedades tenemos por acá? ¡Eh! ¿ya no me conocen Vds.? Pues bastantes veces he venido á llenar aquí la andorga... Soy aquel diputado que organizó el banquete en honor á los ingenieros de cierto ferrocarril... ¿ya recuerdan ustedes...? Vaya ipues me alegro tanto!... Cabal, ese es mi nombre, Prudencio... *paro* donde

siempre, en la fonda Peninsular... yo soy así, muy consecuente; donde entro una vez y me va bien, allí vuelvo *per omnia secula*... Con que vamos á husmear en la despensa ¿eh? ¡Hola, hola! ¡Cabeza de jabalí! ¡Buenos colmillazos tenía el amigo!... ¡Mire V., por de pronto yo quiero un *cacho* de esta cabezota!... ¿y Vds.?... Animo, D. Liborio, que la casa es de confianza... ¡pida V. por esa boca, hombre de Dios!... ¿Y V., Sr. de Pacotilla? ¡Ah! escucha tú, *esmirriao*, voy á presentarte á estos caballeros, íntimos amigos míos... D. Liborio Carretilla, maestro de obras, contratista, maderero, y más pobre que las ratas; por veinte millones no se deja cortar el gargüero. D. Luís de la Pacotilla, hijo del conde de la idem, ¡otro pobretón! Solamente sus vacadas en tierra de Salamanca, valen algunos millones; y como al perro flaco todas son... dehesas, ¿me entiendes? este mendiguillo se casó con una hija de D. Hernando de Casa-Regada, un infelizote que entró en Madrid con una carga de lienzo crudo por toda hacienda, y á la vuelta de veinticinco años tenía una millonada que metía miedo.

—Tengo mucho gusto en conocer á estos caballeros,—dijo Patricio, tendiéndoles la mano.

—Este alfeñique es muchacho de talento, sépanlo ustedes,—añadió D. Prudencio.—Se llama Patricio Castellano, y es hijo de D. Juan, el médico de Villalumbroso.

—Servidor de ustedes.

—En Madrid se muere de hambre, ¿es así?

—¡Don Prudencio!

—¡Pues claro! no nos vengas con liláilas... però mirá, chicúzo; dicen que al que á buen

árbol se arri... lo que sigue. Tú, haz lo que yo te diga, y no te pesará. Por de pronto ¿les parece á Vds. que en vez de buscar otro escribiente para que nos copie los proyectos, le demos á ganar á éste lo que otros desconocidos habían de repartirse?

—¡Muy natural!—dijo D. Liborio, apretándole la mano con efusión.

—Justo que sí,—añadió D. Luís de la Pacotilla, mientras olfateaba una lata de *paté*.

—Pues ya que mis socios te aceptan, chico, quedas á las órdenes y al servicio del comité ejecutivo de *Cornezuelo y compañía*, concesionarios del ferrocarril del Nor-noroeste, y del Canal de irrigación de la región leonesa.

—Perfectamente,—contestó Patricio, saludando á sus nuevos directores.

—Pero lo primero es almorzar en paz y en gracia de Dios... ¡Eh! *monsiú!*—gritó, al ver á uno de los cocineros que, luciendo sus blancas *tocas*, apareció por el foro.—Que nos sirvan en la mejor habitación; cubiertos de los mejores; vinos... de los mejores; carne de la mejor; pescado, para los señores, si lo quieren, que lo que es yo, ni catarlo... Hasta luego, *madamé, bonchur... monsiures*, nosotros vamos al tragadero... ¡Adelante, D. Liborio!... ¡arriba, D. Luís Megía!... Tú, *Ciutti*, ya estás subiendo... *¡Tarari, tarará, tarari!*

Y empujando á sus tres comensales, subió con ellos á paso de asalto, hasta dar en uno de los comedores *privados* del aristocrático *restaurant*.

VI.

Almorzaron opíparamente, y el estómago del poeta dió permiso á la cabeza para que esta y el corazón (cómplices en casi todos los humanos desahogos) compusieran un himno dedicado al prócer de la Tertulia-Progresista.

Se brindó: ¿en qué almuerzo *cursi* no se brinda, si ya vive la oratoria entre rábanos y melocotones?

El brindis de mantelería ha labrado aquí muchísimas reputaciones.

Hay Cicerón de servilleta prendida que en cuanto dice: *Señores...* y se echa el pelo atrás, y se escarba los dientes con un palillo, hace llorar al camarero más granítico, de la fonda más democrática.

Otros tiempos quieren otras costumbres. Nuestros ilustres antepasados rezaban á los postes de sus banquetes, y con el pensamiento fijo en Dios y en el santo del día, invocaban el poder misterioso del autor de todo lo creado, para darle gracias por el sustento recibido. ¡Antiguallas!

A la oración ha sucedido el discurso; á la plegaria mística, la retórica vana; ya nadie piensa en Dios, ni á las horas de comer.

El brindis de comedor es el oportunismo de la oratoria: hombre hay que no ha leído más libros clásicos que los folletines de la *Correspondencia*, y sin embargo, en cualquier almuerzo habla como un descosido, acreditando ilustración, y convenciendo de sabrosa facundia á todos los circunstantes.

El señor de Cornezuelo era de estos fenómenos oratorios; disponía de la palabra como si tuviese un tesoro en perros chicos; él no decía más que vulgaridades, pero hablaba tan seguido y con tal aplomo, que parecía un orador de verdad.

—Señores:—dijo, en el solemne momento en que la viuda de Clicquot largaba sus primeros taponazos,—estamos en familia, y voy á decir cuatro palabras. (*Expectación.*)

Acabamos de entrar en esta Babel que se llama la Corte, para coronar la grande obra que aspiramos á ver realizada; nuestro ramal de ferrocarril, y nuestro canalito de irrigación.

Señores: el país nos contempla; necesitamos ese ramal, y no nos quedaremos sin él.

—¡Bravo!—exclamó el señor de Pacotilla, pegando un puñetazo sobre la mesa.

—La casualidad, madre de muchos aciertos, ha querido que hoy hallemos en el joven Patricio Castellano, el poderoso auxiliar que necesitábamos.

Ya lo habeis visto: durante el almuerzo, se ha enterado de nuestros planes, y tan luminosas ideas ha emitido ya sobre ellos, que puede decirse que los domina tanto como nosotros...

¡Saludemos al Benjamín de nuestra tribu; y puesto que es una sola nuestra aspiración en tan grandioso empeño, prosigamos con entereza en busca de lo que para nosotros ha de ser la fortuna, y el bienestar y el emporio para nuestro inolvidable distrito.

He dicho.

Seis manos aplaudieron á rabiarse: seis brazos

estrecharon al elocuente y brioso anfitrión, y tres bocas lanzaron vitores y aclamaciones.

—¡Qué facilidad! ¡qué palabra tan hermosa! — dijo el de Pacotilla, abriendo tamaños ojos.

—¡Si no hay más que un Cornezuelo en España! — añadió el Sr. D. Liborio, consumiendo otra copa de Clicquot. — ¡Me río yo de Castelar y de Cristino Martos!... ¡Esto, esto es hablar de corazón! Pero vamos á ver, pollo; usted tiene que decir algo...

—Sí, sí, cuatro palabras, —interpuso D. Luis, — nobleza obliga, que decía Cicerón...

El poeta sonreía modestamente; su corazón y su cabeza le mandaban callar; pero otra vez el estómago tomó cartas en el asunto, diciendo desde abajo:

—Hombre, sí: yo estoy contento y agradecido; aunque no sea más que por mí, suéltale cuatro piropos á ese caballero.

Patricio luchó con sus tiranos; pero al fin comprendió que un estómago agradecido siempre resulta elocuente y tiene siempre razón; y alzando una copa del espumoso vino francés, dijo:

—Señores: la juventud es audaz y á las veces temeraria.

Hablar yo, después de haber oído á nuestro diputado, es incurrir en osada profanación, y de ella os hago responsables.

En casi todos los delitos hay cómplices; el criminal no está solo; pues bien, noble amigo, juez ilustre, magistrado insigne, perdonad al reo... y castigad á sus incitadores!

—¡Bien, muy bonito, muy bonito! —exclamó

el héroe de la fiesta, encendiendo un cigarro puro, *ensabanao* en papel de plata.

—¡Adelante, adelante! —gritó D. Liborio, engullendo con el mayor entusiasmo un trozo de queso de bola.

—¡Ah, señores! —prosiguió el vehemente Patricio, conteniendo explosiones de risa por la burla que se inspiraba;—la vida, esta vida miserable, es una sucesión de estados, ahora tristes y después alegres, hoy ingratos y mañana venturosos. Hasta hace pocas horas, yo vivía ignorando que en nuestro país natal hubiese una lumbrera, un genio, un grande hombre: hoy, como el oscuro minero que desciende á buscar tesoros en las entrañas de la tierra, y á quien el acaso quisiera ver dichoso, he tenido la suerte y la honra de encontrar el filón de metal purísimo, la ancha veta de oro nativo; la amistad, el afecto, la protección de nuestro preclaro amigo D. Prudencio Cornezuelo.

Con hombres como él, ¡qué horizontes, qué porvenir, qué grandezas para nuestra patria querida!

Nuevo Moisés, quiere que al mágico contacto de esa varita prodigiosa de su voluntad, brote el agua en los secos arenales y en los tristes, incultos páramos de nuestro país; que á impulsos de su espíritu colosal, allí donde apenas existen otros medios de locomoción que el tardo buey, esclavo del yugo, y la indómita mula, y el pesado trotón de camino, aparezca la rauda locomotora con sus penachos de humo y su corazón de fuego, arrastrando á la humanidad por los senos de las montañas y por encima de los ríos y de sus ásperas vertientes...

¡Gracias en nombre un pueblo, de una generación, de un raza de hombres libres!

Y pues me habéis honrado con el nombre de Benjamín de vuestra gloriosa tribu; ¡patriarca del bien, profeta de la civilización... dejadme que os abrace con cariño! Yo os venero, yo os admiro, yo me postro, ante la inmensidad de vuestro talento, y de vuestro civismo!

¡Gloria, pues, á nuestro diputado, y un buen recuerdo para nuestro inolvidable distrito!

—¡Bravo, magnífico, sublime!—gritó D. Prudencio achuchando al neófito.

—¡Grandioso, monumental!—añadió el de Pacotilla, rompiendo dos ó tres copas.

—¡Qué facilidad, qué maravillosa palabra!—exclamó D. Liborio, apurando otro poquito de *champagne*.

—¡Si está visto que de allá no puede salir cosa mala!

—Hay que poner un telegrama á D. Juan, el médico de Villalumbroso, diciéndole que su hijo se ha revelado...

—¡Nó, nó!—observó Patricio,—que el telegrafista puede escribirlo con *b*, y entonces viene mi padre y me da la desazón del siglo.

—¡Chico, chico!—dijo D. Prudencio con aire de protección—¿sabes que eres de la madera de que se hacen los oradores?

—Me ha inspirado la palabra de Vd. y he cometido la locura de querer imitarle... Mi improvisación es obra de V.

—Nada, nada, que me has gustado, chiquillo; y si no te portas mal conmigo, me parece que te ha caído la lotería...

Ea, caballeros; vámonos al *hôtel*, que esta

misma noche ha de quedar escrito en borrador nuestro proyecto de ley, y yo necesitaré también concentrar un poco mis ideas, y preparar mi discurso para pasado mañana... Ya saben Vds. lo que el Ministro dice en su carta; que tenemos que aprovechar su interinidad, porque si vuelve de los baños el propietario de la cartera, nuestro gozo en un pozo.

—No se apuren Vds. por nada de eso,—dijo Patricio con la mayor naturalidad;—ni para el asunto de que me han hablado se necesitan seis ú ocho escribientes, como pensaba D. Liborio, ni deben ustedes privarse del gusto de pasar la noche en cualquier teatro; en el Real, por ejemplo, que hay *debut* por partida doble, es decir, de *tiple* y tenor, y parece que la empresa tendrá un lleno horroroso.

Mientras ustedes corretean, yo trabajo.

Encargan Vds. al mozo del *hôtel* que me dé café en abundancia, unas copejas de *cognac* como el que acabamos de beber, y un buen cigarro habano. Con esto, y con cuartillas de papel en abundancia, estoy seguro de que á las nueve comienzo, y á las siete de la mañana estará todo en regla...

—¡Pero muchacho!.. un proyecto de ley con su preámbulo, con sus bases...

—Conozco ya el negocio al dedillo, como si fuese cosa propia. Lo dicho, dicho; café, *cognac*, un buen puro, y unos cuadernillos de papel... Lo demás es cuenta mía.

—Pues entonces, vamos allá; te suministraré todos los datos, carta geográfica, planos, presupuestos, etc., y á ver cómo te las campaneas. Nosotros iremos al teatro Real, ¿eh, caballeros?

—Donde V. quiera.

—Como V. mande.

—¡Pues en marcha!

Dijo, pagó, y se levantó la sesión.

Eran las tres y media de la tarde.

VII.

El diputado y sus satélites ocupaban aquella noche un palco platea en el teatro Real...

D. Prudencio estaba magnífico; la pechera de su camisa relucía como un manto de nieve en la pampa, y el hombre quería salirse de aquel estrecho marco, para que el concurso le admirase en la plenitud de sus vanidades.

De vez en cuando miraba de reojo al palco ministerial, por si asomaba alguno de los consejeros responsables, para darse el gustazo de saludarle con cierta familiaridad que revelase su importancia en el tablero de la política.

Y de vez en cuando también, culebreaban sus miradas con las de una jamona de buen ver, que, acompañada de una señora huesuda y medianamente pergeñada, lucía en la octava fila de butacas, casi debajo de la platea de nuestro radiante personaje.

La jamona se había fijado ya en el tipo de don Prudencio y le había tasado en toda su valía, sin equivocarse en una talega.

—¿Has visto al del palco?—preguntó á su compañera, mientras caía el telón al final del acto primero.

—Sí,—respondió la flacucha, como tapándose un bostezo con el abanico.

—Parece algo ¿eh?—observó la jamona, imitando el juego de su *acompañanta*.

—Me huele á rico,—murmuró la Celestina... (¡Ah, porque la delgaducha se llamaba Celestina; y sinó, podía llamárselo.)

En esto apareció en el palco de los ministros un caballero verdi-negro, mal peinado, y vestido de levita..

D. Prudencio se apoyó en la barandilla de su platea, empuñó nerviosamente unos gemelos, y al través de sus cristales, clavó la mirada en el proscenio ministerial.

—¿No es aquel el presidente?—preguntó afañoso el señor de Pacotilla, enfilando otros anteojos.

—El mismo, sí, señor; todavía no me ha visto, ni sabe que he llegado á Madrid.

—Está mirando al lado opuesto...

—Ya llegará á nosotros... ¡caramba! y qué cariñosamente ha saludado á aquella señorita de la nariz aguileña... ¡pues yo la conozco! ¡Ah! ¡si es la hija del senador Puturrúm! Por cierto que está monísima... ¡ya lo creo! ¡hija única, y siendo tan rico su padre!

—¡Ya se acerca con la mirada!—interrumpió el señor de Pacotilla, que también había pedido unos gemelos para darse un verde de contemplación inofensiva.

—Ahora saluda á las señoras que están en este palco de al lado... Mejor será que se quite usted los anteojos de la cara, para que el presidente le conozca en seguida...

Así lo hizo D. Prudencio; y al punto, la mi-

rada del presidente se detuvo en aquella anchurosa fisonomía, que á la sazón ostentaba la más dulce de las sonrisas.

El diputado sacó todo el brazo derecho, y agitó la mano con verdadera efusión...

El presidente respondió con la misma viveza, se sonrió dos ó tres veces, meneó la cabeza, y por último hizo una afectuosa seña de llamamiento á su correligionario.

—¡Que vaya V.! ¡Dice que vaya V.!—exclamó Pacotilla, agregando un saludo al jefe del Gobierno.

—Vaya V. en seguida,—dijo D. Liborio, empujando á su consocio y protector.

—Allá voy, hombre, allá voy... ¡pues no se da poca prisa!

Y contestando por otra seña, que al instante iba á pasar al entresuelo, levantóse con lenta solemnidad, envolvió en una ardiente mirada á la jamona de las butacas (que no había perdido uno solo de aquellos movimientos), y salió de la platea, como saldría un conde feudal por la puerta de su castillo, para dar entre sus humildes mesnaderos.

—¿Quién es ese?—preguntaba un *dandy* de cincuenta primaveras, á un periodista que á su lado estaba, vecino á la jamona y á Celestina.

—Cornezuelo, un diputado ministerial.

—¿Cornezuelo?... No me suena.

—Pues suena bastante, sobre todo cuando se discuten cosas de hacienda.

—¡Ah! ¿es hacendista?...

—Nó, señor; es hacendado.

—¿Y rico él?

—Así lo cuentan.

—¿Buen orador?

—Habla á la pata la llana y sin mucha retórica; pero siempre dice lo que quiere y lo que le conviene al Gobierno.

—¿Cuál es su profesión?

—Abogado y ex-contratista.

—Parece que el presidente le ha llamado á su palco; ¿se ha fijado V.?

—Sí, señor, son muy amigos y cazan juntos.

—Según eso, ¿es de los íntimos, de los de casa?

—Ya lo creo; mire V. si entre ellos habrá confianza, que un día salieron al campo, el presidente sintió debilidad y se refugiaron en una casucha donde no había más que una pastora con dos ó tres rapaces.

D. Prudencio, que así se llama el diputado, pidió algo de comer, y para arreglarlo más pronto, él mismo frió un par de huevos, y preparó una sopa de ajo para calmar el apetito de Su Excelencia. Y tanto le gustó aquel refrigerio al ilustre mandatario, que á todas horas repite por ahí:

—«Para guisar cuestiones de Hacienda y discutir sopas de ajo, no hay otro Cornezuelo en este país.»

La jamona se rió disimuladamente, y el anciano interlocutor soltó una estrepitosa carcajada...

Poco después, el jefe de cocina, digo, de gabinete, se levantaba de su asiento; y mucha parte del público pudo ver cómo el gran estadista abrazaba á su confidente político y correigionario cinegético.

Sentáronse en el fondo del palco entresuelo;

pero nuestro héroe se colocó de manera que desde allí veía perfectamente á la jamona, cuyas miradas se hacían cada vez más expresivas y fulminantes.

Aquellos no eran ojos, eran cartuchos de dinamita.

VIII.

¿Qué hacía entre tanto el animoso Patricio? Escribir, devorar café, cigarrillos y tinta; trasegar cuartillas; apuntar números; declamar períodos; corregir frases que no le salían á su gusto; revolver un mundo de papelotes recortados, y saborear á trechos, en aquella penosa labor, algunas copillas de *cognac* procedentes de una botella que se erguía coquetona y provocativa cerca del tintero.

—¡Esto marcha!—dijo el poeta novel cuando el reloj de Gobernación daba dos fuertes campanadas.

¡Demonio! O yo he oído mal, ó ya son las dos de la mañana.

¿Cómo no vendrán mis paisanotes?

Pero esta atmósfera es irrespirable; el humo de mis cigarrillos me abrasa los pulmones, y el tufillo del *cognac* quiere subírseme á las alturas... ¡Ea! hagamos una paradita, y abramos el balcón... Se me figura que da á la calle... ¡Justo!... ¡Sí... á la calle de Alcalá!...

¡Hombre, qué noche tan hermosa!... ¡qué cielo tan limpio y estrellado!...

¡La calle de Alcalá! El ideal de los soñadores provincianos; ¡la gran arteria de esta Babel que se llama Madrid!

¡Cuántas veces, velando mis ilusiones en las eras de Villalumbroso soñaba yo con verme aquí, en esta grandiosa calle, umbral de la Puerta del Sol y antesala de mi paraíso!...

¡Y cuántas veces la he cruzado ya, buscando la cara de un amigo que no lo fuese bastante para prestarme dos pesetas!

¡Madrid, Madrid! ¡cómo te gozas en ver sufrir al que trabaja; y cómo te deleitas en ver gozar al que mendiga y al que engaña!

El poeta sacó una silla al balcón, se sentó, y comenzó á navegar por el mar de sus meditaciones.

De pronto, una voz conocida le sacó de aquella postración del alma.

—¡Patricio! ¡Hasta luego! —dijo aquella voz.

Patricio miró á la calle y vió que pasaban dos *milores* abiertos, al trote largo de sus caballos.

—¡Don Prudencio! —gritó, levantándose maquinalmente.

Pero los coches volaban; en el primero, distinguió claramente al diputado, á quien acompañaban dos *señoras* (¡jem!), gruesa la una (la que iba á su derecha,) y muy flaca la otra (que ocupaba la bigotera del carruaje).

En el coche que pasó después, iban cuatro personas, dos de las cuales también miraron al balcón de la fonda, y pronunciaron el nombre de Patricio.

Eran los dos socios del señor de Cornezuelo, acompañantes de otras dos... *socias*, que reían escandalosamente.

Los coches se detuvieron á la puerta de Fornos; Patricio dejó entreabiertas las maderas del

balcón, y tomando luego la húmeda pluma, dijo filosóficamente:

—Están de *juerga*... ¡bueno! Vamos á redactar el discurso parlamentario para la sesión de pasado mañana.

IX.

Medio día era por filo, cuando Cornezuelo y sus *atláteres* llegaron al *hôtel*.

Patricio descansaba, tendido en un sofá, y fué necesario despertarle de su profundo sueño.

El pobre poeta estaba en aquellos momentos de plácido trasporte, conversando con los Moratines y con don Ramón de la Cruz, en un gabinete reservado del templo de la Inmortalidad, hablando de la calidad de la comedia de costumbres y de las condiciones del sainete.

Los maestros estaban furiosos, indignados, de saber que en nuestros días se nombren autores dramáticos, y graciosos y pulidos *saineteros*, ciertos españoles que entienden su poquito de francés y enjaretan comedias y pasillos, sin tomarse más trabajo que el de cambiar los nombres á los personajes de allende las aduanas.

—¡Eh! ¡arriba, joven secretario!—chilló don Prudencio, sacudiendo el cuerpo de Patricio, —¿no sabes que son las doce y es hora de almorzar?

—¡Eh! ¿qué es eso?... ¡señores!... Vds. me perdonarán; he trabajado mucho, y el sueño me ha rendido.

—No te apures... desperézate con un traguito de *cognac*, y bajemos al comedor.

Y bajaron, y almorzaron, cambiando mil chufletas y picarescas alusiones á la deliciosa *velada* que habían pasado.

—Veo que han echado Vds. una cana al aire,—dijoles Patricio.—Eso me gusta; así he estado más solito, más á mis anchas, y he podido acabar mi tarea.

—¿Pero lo has hecho *todo*?—preguntó el respetable señor de Cornezuelo, que cuando se ponía á escribir tardaba cinco horas en llenar cada carilla de un pliego de papel de cartas.

—Todo, sí, señor,—respondió en voz muy baja el laborioso Patricio: hasta el proyecto de discurso, en líneas generales, por supuesto.

—¡Cómo! ¿también el discurso que yo he de pronunciar en las Cortes?

—También eso, sí, señor.

—¡Bueno, hombre, bueno!.. ahora lo examinaremos.

Don Prudencio miraba á aquel muchacho como si se tratara de un fenómeno de la Naturaleza...

¡No sabía que el fenómeno era él, diputado sin méritos, prohombre sin servicios, y millonario sin pizca de talento!

X.

El éxito fué asombroso. Á medida que el estudiante avanzaba en su lectura, don Liborio miraba al señor de Pacotilla y ambos se santiguaban...

¡Qué exposición de ideas! ¡qué cúmulo de

razonamientos! ¡qué claridad en los datos! ¡qué pureza en el estilo!

Era aquello una obra maestra, y su autor un genio que de regiones inexploradas por la inmensa mayoría de los hombres, traía al mundo una prodigiosa intuición, y una maravillosa perceptiva.

¿Era ingeniero? Nó; pero sus cálculos, basados en un breve estudio de las cartas y trazados que apenas había tiempo de examinar, acusaban una portentosa profundidad en los conocimientos de la ingeniería.

¿Era economista? Tampoco; pero su talento penetraba audaz en los problemas económicos de aquel vastísimo negocio, y presentaba soluciones tan claras y precisas que parecían evangelios escritos con números.

¿Era un político experto y consumado? Muchísimo menos; pero su razón descubría mañosamente los puntos vulnerables del plan, y su imaginación acudía presurosa á defenderlos y borrarlos con seductoras perspectivas.

Cornezuelo estaba aturdido; sus socios, completamente fascinados.

Y lo admirable era que al trabajo intelectual, con todas estas perfecciones, había que añadir un trabajo material que apenas se concebía: el proyecto, que constaba de más de cuarenta cuartillas, no estaba en confusos borradores... sinó en limpio, corregido, revisado, y en disposición de pasar á la mesa de un negociado, ó á las cajas de una imprenta.

¡Y qué letra la de Patricio!

Cuando escribía originales, la pluma volaba entre sus dedos, trazando vertiginosos caracte-

res tan ligados, y renglones tan derechos, que admiraban por su claridad y limpieza.

Pero cuando copiaba lo que había compuesto, la letra resultaba tan gallarda, tan redonda, tan castiza, que recordaba las mejores planas del famoso Iturzaeta.

En fin, que nada se podía pedir: que aquello era un milagro, un alarde inverosímil de entendimiento, fantasía, corrección y laboriosidad...

Don Prudencio llamó aparte á sus *socios*, y les dijo, mientras Patricio bajaba á buscar en un estanco algunos pliegos de papel sellado; pretexto que se buscó para alejarle durante unos minutos:

—¿Qué les parece á ustedes el *chipilin* de Villalumbroso?

—¡Admirable!..

—¡¡Colosal!!

—Creo, señores, que debemos gratificarle con alguna largueza, porque el trabajo que ha hecho es de primer orden.

—Sí, señor, si... hay que ser espléndidos con él, —añadió el señor de Pacotilla.

—¿Y cuánto opinan ustedes que debemos darle... por ahora, se entiende?

—Lo que V. disponga...

—Lo que V. determine...

—Nó, nó, caballeros... cuanto más amigos, más claros; en cuestión de monises es indispensable el acuerdo del triunvirato... quiero decir, del *Comité Ejecutivo*.

—Lo que V. haga estará bien hecho.

—Aprobamos y suscribimos de antemano.

—Entonces... yo resolveré, y gracias por la

confianza que en mí deposita *el Gomité*. Me portaré como quien soy, y nos conduciremos... como lo que somos.

XI.

Patricio leyó á su Mecenas lo que él llamaba *líneas generales* del discurso parlamentario, en defensa del proyecto, trabajo que había acometido para evitarle preocupaciones. Don Prudencio dijo que lo aceptaba, *en principio*; que tomaría de aquellas cuartillas... *algunas ideas*; pero que luego, él improvisaría á su antojo, porque cuando empezaba á hablar en el Congreso, no sabía qué rumbos seguiría en el trascurso de sus oraciones... ¡Era tan vehemente, tan impetuoso... se calentaba con tanta facilidad, que los taquígrafos le temían más que á don Pedro Mata, que era un raudal de palabras, incesante y atropellado como el chorro de una fuente!

Y terminada la conferencia, en su parte política, el poderoso Cornezuelo dijo:

—Voy á darté los encarguillos de tu familia... y á pagarte los *trabajillos* de esta noche. Y en esto sí que vas á serme franco; quiero que me digas cuánto hemos de abonarte, nó como remuneración, nó como importe, sinó como un obsequio, como una gratificación, que siempre será menor cantidad de la que te mereces... Pero hijo, ya sabes lo que son los negocios de esta clase, en que hay intereses de muchos... ¿eh? Su... que te harás cargo de lo que quiero decarte...

Patricio se encogió de hombros, y contestó con la más pura y acrisolada buena fe:

—¿Y á mí qué me habla V. de dinero?

Esos *trabajillos* nada valen, nada suponen: lo que yo quiero es el aprecio, la amistad de V. y puedo jurarle sin mentir, que mientras he estado emborronando esas cuartillas, maldito si me ha pasado por la imaginación la idea de pago, ni de cobro, ni de gratificación, ni de cosa parecida.

Con que, no diga V. vulgaridades, señor don Prudencio; deme V. para comprar unas cajetillas de cigarros, y *san se acabó!*

Cornezuelo sonrió majestuosamente; sacó una cartera de piel de Rusia, y de entre sus pliegues tomó un papelito que entregó al poeta.

—Toma para cigarrillos... y para puros, que fumarás á mi salud.

Patricio se guardó sin ceremonia alguna el billete de Banco; y cuando, media hora después, salía para su casita de huéspedes, llevando los queridos encargos de su madre y de su hermana, ocurriósele reponer las provisiones de boquilla, como él llamaba al tabaco... y dió á cambiar el billete de don Prudencio.

Hasta aquel momento no había visto que era de á iveinticinco pesetas!.. ¡ó si Vdes. quieren, de á cien realazos de vellón!

El *Comité Ejecutivo* se había portado como quien era.

XII.

Cornezuelo habló en las Cortes, el día designado para la discusión del proyecto de ley, que en globo conocemos.

Un periódico de la noche, haciendo en su crónica parlamentaria la crítica del discurso, decía lo siguiente:

«El diputado castellano nos ha parecido un mónstruo de contradicciones, juzgándole por su discurso de esta tarde.

»Una parte de él, la primera mitad, fué recitada por el orador como si la supiese de memoria; y no sólo se le podía escuchar con gusto, sinó con verdadera admiración, por la brillantez de las frases, la solidez de los argumentos, y la claridad expositiva de los datos que de vez en cuando consultaba en unas cuartillas que á la mano llevaba.

»Hasta entonces la Cámara escuchó con agradable *sorpresa* al diputado leonés, célebre en nuestro Congreso por las incongruencias de su estilo oratorio, y por la sal gruesa de cocina que acostumbra derramar cada vez que pide la palabra.

—»¡Este no es el Cornezuelo de otras legislaturas! ¡Nos le han cambiado!—murmuraban diputados y periodistas, aplaudiendo frenéticamente, y celebrando la increíble metamórfosis que la pródiga naturaleza parecía haber operado en don Prudencio.

»Pero ¡ay!—añadía el cronista, por debajo de tres líneas de maliciosos puntos suspensivos,

—¡ay! que el desencanto sucedió en breve á la ilusión y la pesadumbre á la alegría.

»El señor de Cornezuelo, no bien hubo terminado la consulta de los datos numéricos que llevaba á la mano; cuando la Cámara pensaba que el orador había dicho todo lo que tenía que decir; cuando amigos y adversarios se disponían á colmarle de aplausos, y á abrazarle, y á darle mil y mil enhorabuenas, continuó ¿y para qué? para repetir á su manera, con su estilo de siempre, lo que en florido lenguaje había dicho y exornado con las galas seductoras de una elocuencia fresquísima, brillante,... hasta conmovedora.

»Desde que don Prudencio se quedó solo, sin el *Espíritu-Santo* que indudablemente le había *dictado* la parte primera de su discurso, aquello fué una no interrumpida serie de carcajadas, pateos y bufidos, lo mismo en los escaños de los diputados que en las tribunas.

»El fiasco fué mayúsculo, horrible, escandaloso... de esos que apabullan para *in æternum* á un diputado, cuando este no es archiministerial, íntimo amigo del jefe del Gobierno, y hombre de peso... metálico, y de negocios que producen buena *pacotilla*.

»A primera hora de la sesión, todos creíamos que el señor de Cornezuelo se nos *revelaba* como un orador de talento; pero enseguida se nos *rebeló* contra el sentido común, contra la gramática y contra la seriedad del Parlamento, donde no es decoroso que trabajen artistas que hacen falta en otros hemiciclos.»

El *Comité Ejecutivo* del Canal de irrigación y del ferrocarril del Nor-noroeste, leyó esta filí-

pica cruel; y arrojando desdeñosamente el periódico que la publicaba, convino en que la pícaro prensa de oposición no podía tratar con benevolencia á una de las primeras figuras de la mayoría, cuya candidatura había sonado repetidas veces para altísimos puestos.

Además, todos estos criticastros rabiosos no buscan más que dinero; hay que saber leer entre renglones ¡caballeros!

En cambio, la prensa ministerial aplaudía unánime: el señor de Cornezuelo había pronunciado un *soberbio discurso*, cuya parte primera reproducían todos los *órganos oficiosos*, con esta coletilla almibarada:

«Después de la parte doctrinal y técnica del discurso, nuestro distinguido correligionario mantuvo en constante risa á la Cámara, que no se cansaba de celebrar su ingenio y sus deliciosas *oportunidades*.»

El lector habrá comprendido sin esfuerzos de malicia, que la primera parte del discurso pronunciado por don Prudencio, era... aquel conjunto de *líneas generales* que le había preparado el hijo del médico de Villalumbroso.

La parte segunda fué suya, original, perpetrada por él, por él solito y sin ayuda de vecino.

XIII.

.....
Esta línea de puntos, vale por seis años.

El Canal de irrigación de la región leonesa no existe, pero pudiera y debiera existir.

El *Comité Ejecutivo* ha cobrado todas las

subvenciones oficiales... Lo que no ha hecho es comenzar la obra.

¿Y para qué, si en su consejo de Administración figuran más de veinte personajes de campanillas, y el expediente relativo á su construcción duerme el sueño de los justos?

Don Prudencio es ministro de la Corona. El Presidente de la color verdi-negra se le ha encontrado, cuando buscaba un candidato para cierta cartera que seis amigos ambiciosos se disputaban *cariñosamente*.

La noche en que la crisis le abrumaba, las botinas no le dejaban dar un paso; acababa de estrenarlas y le apretaban los juanetes, hasta el extremo de hacerle ver las estrellas.

—¡No puedo andar!—dijo al entrar en su casa.

Y se metió en la alcoba para descalzarse...

En aquel *crítico* momento, su ayuda de cámara no estaba á punto de servirle; pero un amigo íntimo, leal, probado y afectuoso, entró con él en el dormitorio, y arrodillándose delante del catre, dijo:

—Estire V. las piernas... que yo le quitaré las botinas.

El Presidente estaba si se desmaya ó nó.

Su correligionario le libró de aquella tortura, y fué tal el consuelo, fué tan intenso y plácido el desahogo, que el jefe no supo cómo agradecer aquel *servicio* extraordinario.

Fijóse en el amigo que á sus piés estaba, y le dijo:

—Don Prudencio ¿quiere V. ser ministro de Ultramar?

—Yo seré lo que V. quiera, lo que V. me mande.

—Pues cosa hecha: mañana á las dos, á jurar en Palacio.

Y se acostó, rascándose los juanetes, que ya no le dolían, y olvidando la crisis ministerial que ya no le preocupaba.

XIV.

Patricio escribía artículos para los periódicos: los administradores le pagaban en sellos de correos (cuando algo le pagaban), y el pobre chico tenía que cambiarlos en un estanco, abonando el descuento correspondiente y comprando allí sus provisiones.

También escribía comedias y zarzuelas, que al público le gustaban, pero que sus amigos se encargaban de *sisear* y *patear* y *bastonear* en los estrenos.

Compuso dos novelas que se publicaron por entregas, pero el editor riñó con él porque se empeñaba en que todos los personajes habían de morir en el patíbulo ó envenenados, y el pobre autor no quiso derramar tanta sangre inocente.

Por último, escribió un tomo de poesías y se atrevió á *costearse* la edición, gracias á los regalillos que su honrada familia le enviaba desde Villalumbroso...

Tiró mil ejemplares, y tuvo que regalar doscientos de ellos á los periodistas, que no quisieron ocuparse del libro porque por aquellos días había ocurrido una sublevación militar, y no era posible distraer de tamaño acontecimiento la atención de los lectores.

Además, todos los amigos particulares le pe-

dian su librito... de *momio*, se entiende: por aquello de que los amigos de los escritores son los primeros que han de leer sus obras, sin comprarlas; y por lo mismo que todo español que saluda un par de veces á cualquier empresario de teatros, ya se cree con derecho á un palco para la familia, y dos butaquitas diarias para los chicos.

Total; que vendió en buena cuenta, veinticinco ejemplares del tomo, y perdió más de cincuenta duros en la empresa.

En esta crisis de su bolsillo y de su ánimo, leyó la fausta noticia de que D. Prudencio era ministro, y estuvo si baila ó no baila en celebración del suceso.

—Ahora mismo corro á verle, á abrazarle, á comérmelo... De seguro que me da una credencial antes que los buenos días.

¡Patrona, patrona! Camisa limpia, puños nuevos, cuello bien planchado, y no me esperen ustedes á comer.

Dijo Patricio, loquito de entusiasmo.

Se emperifolló de piés á cabeza, compró en el estanco dos brevas *extraordinarias*; y en alas de las más doradas ilusiones, se encaminó al antiguo Palacio de la Audiencia, donde ahora se dice que funciona el Ministerio de Ultramar.

XV.

—Pase V. al Jefe esta tarjeta... soy un íntimo amigo suyo.

El portero mayor, envuelto en su levita llena de galones dorados, miró con extrañeza al visi-

tante, y por toda respuesta le enderezó esta preguntilla:

—¿Es *usía* diputado ó senador?

—Ni senador, ni diputado, ni *usía*; soy periodista, soy un *usted*, pero amigo íntimo del Jefe.

—Pues no puedo pasarla: el Sr. ministro está encerrado.

—Encerrado... ¿con quién?

—Con una comisión de la deuda de Cuba. Además, es día de correo para las Antillas y no podrá recibir... hay orden terminante.

—No importa lo del correo; á mí me recibirá en cuanto sepa que estoy aquí.

Y lo dijo con tal aplomo y seguridad, que el portero mayor cerró los ojos, sacó todo lo que pudo el labio inferior, y encogiéndose de hombros, como quien se arriesga á hacer una prueba difícil, murmuró:

—En fin... pasaré la tarjeta, si es V. tan íntimo de Su Excelencia!

—Puede V. hacerlo,—contestó Patricio, sonriendo como un ángel á quien esperase San Pedro á las puertas de la Gloria.—Soy como de su familia, más que un pariente... un hijo adoptivo... pase V., bajo mi responsabilidad.

—Ahora verás,—añadió por lo bajo, sentándose en la antesala,—ahora verás cómo cambias de parecer, mameluco servilón.

¡Valiente *récipe* va á echarte el ministro, en cuanto columbre que me has hecho esperar!

¡Y menudo abrazo el que voy á darle!

¡Ya era hora, ya, de que subiésemos al poder!

Desde aquella noche en que confeccioné los

trabajillos del ferrocarril, la Memoria del Canal y el discursito parlamentario, me he pasado seis añazos llevándole su correspondencia particular, planeándole sus discursos, corrigiéndole las pruebas para el *diario de Sesiones*... en fin, haciéndoselo todo...

Pero lo que me extraña es que no me haya avisado por el correo interior, por un mensaje verbal, de cualquier modo que fuese...

¡Bah! no habrá tenido tiempo: la noticia le habrá cogido tan de sopetón como á mí, como á todo el mundo...

¡Nó, y la verdad es que el salto ha sido de los buenos..! ¡carambita si ha sido!

Las gentes andan por ahí preguntándose, entre chirigotas:

—¿Quién es Cornezuelo? ¿De dónde ha salido Cornezuelo?

Como cuando se pusieron carteles por lo del nombramiento de Pedregal, que, justicia ante todo, valía entonces mucho más, como hombre político, que mi entrañable D. Prudencio.

Pero ya tarda en volver este diablo de portero mayor.

¿Le habrá dado la tarjeta?

¿La habrá leído?

Porque lo que es, si la lee, capaz es de salir, pegando un puntapié á esa mampara, y de tirar por los balcones á todos los dependientes de la casa. ¡Ah! ya se abre la puertecilla... ya viene el de la levita con galones... ¡Puf! ¡y qué cara de vinagre la que trae! ¿No lo dije? ¡valiente sermón se ha ganado!...

—El señor Ministro acaba de reprenderme...

—Lo suponía; siga V.

—Y me ha dicho con la mayor sequedad que me dejará cesante...

—¡Ah! nó, eso corre de mi cuenta... siga usted.

—Que me dejará cesante ó suspenso de empleo y sueldo por espacio de un mes...

—Ya vendré yo con la rebaja... continúe V.

—Que me castigará severamente, si otra vez vuelvo á interrumpirle con tarjetas de particulares, cuando se encuentra tan ocupado como ahora.

—¿Qué? ¿Eso le ha dicho á V.?

—¡Como V. lo oye: y cuidado si tiene *genio* el ministro nuevo!

—Pero... no es posible, no es verosímil, no me cabe en la cabeza. ¿El ministro ha leído mi nombre y mis apellidos?

—Sí, señor, los ha leído...

—Entonces no puede ser que haya contestado en esa forma tan desabrida.

No se habrá fijado... nó, no quiero creerlo...

—Sí que se ha fijado, sí, —añadió el portero mayor, que de alguna manera quería vengarse de la peligrosa *plancha* que acababa de hacer, por culpa de nuestro amigo.—¿Quiere V. una prueba de que se ha fijado?

—Sí, señor, la quiero y la necesito.

—Pues bien; ¿por dónde había yo de saber que V. es hijo del médico de Villalumbroso?

—¡Ah! ¿lo ha dicho él?

—El mismito, sí, señor. Volviéndose al Subsecretario que á su lado estaba, gritó como un energúmeno:

«¿Lo ve V.? ¡Si aquí no se puede ser de ninguna parte...! Ahora se me presenta este

chiquillo, que sin duda querrá también un destino... ¿Y qué méritos alega, qué circunstancias reúne? Pues nada, que es el hijo del médico de un pueblo de mi distrito... de Villalumbroso! ¿Le parece á V.?»

Y encarándose luego conmigo, me arengó en esta forma:

—«Respete V. mis órdenes, si no quiere verse cesante, ó por lo menos, suspenso durante un mes... No recibo tarjetas de particulares: el que no sea senador, diputado ó personaje político... á la calle, á la calle, á la calle!! Retírese V. y cuidado con otra!»

Patricio sintió que se le barría la vista, y cayó á plomo sobre una butaca.

XVI.

Era Patricio tan optimista y tan bisoño en las batallas de la vida, que no se conformó con el testimonio del portero mayor, ni quiso dar entero crédito á las apariencias.

—Le escribiré, le escribiré esta misma noche...—pensó,—ó iré á su domicilio, donde todavía guardo algunos papeles que me pertenecen; entre ellos el primer canto de mi poema titulado *Catón de Utica*, precisamente dedicado á Cornezuelo.

Este *fantoche* me engaña; por fuerza ha oído mal.

Buenas tardes... y hasta la vista.

Y volviendo la espalda al portero mayor, salió del ministerio y se dió á pasear sus revueltas cavilaciones.

Entró en la calle de Alcalá, dobló por el paseo de Recoletos, y llegó hasta el obelisco de la Castellana.

Iba á cruzar de un lado á otro el aristocrático paseo, cuando una voz *cocheril* le previno contra un atropello.

—¡Eh, eh!... ¿está V. ciego ó tonto?—preguntó el auriga desde el pescante de una carretela.

Patricio saltó delante del tronco que arrasaba el vehículo, y entonces se fijó en que el cochero y el lacayo, que á su izquierda reía como un imbécil, ostentaban en sus sombreros anchos galones de oro, y sobre ellos la cucarda nacional.

Miró á la caja del *landeau*, que iba abierto, y en sus asientos vió á D. Prudencio, al señor de Pacotilla, y á otro señorón cuyo rostro le resultaba conocido por las caricaturas de los periódicos semanales.

Patricio saludó con toda la fuerza de su cariño; agitó las manos, se quitó luego el sombrero, sonrió efusivamente, y murmuró:

—Ahora manda parar el coche, como si lo viera.

Pero también se equivocó en este pequeño detalle.

El carruaje siguió al trote de sus caballos.

—¿No me habrán conocido?—añadió el poeta castellano, parándose en medio del paseo.—Porque la verdad es que el saludo ha sido tan frío, y D. Prudencio se ha dado tal prisa á desviar de mí la mirada... ¡Patricio, ten calma!... no te alucines... no lo veas todo negro, ni de color de rosa... ¡Observa... observa y síjate bien!

La dignidad, ahogada hasta aquel momento por la credulidad bondadosa de aquel hombre con alma de niño, asomó con todo su empuje, se reveló en toda su soberbia.

—El coche dará más vueltas... pasará otra vez... ¡les natural! El nuevo ministro quiere exhibirse en toda su inopinada grandeza. ¡Ah! Pues le seguiré, le espiaré, me colocaré junto á él, llamaré á D. Prudencio por su nombre, y veremos lo que hace.

XVII.

No se había equivocado en esto: el coche de Su Excelencia *viró en redondo* (perdonen los señores marinos); y á los pocos minutos pasó cerca del obelisco.

Patricio esperó á pié firme, y se puso á tan breve distancia, que casi tocaron en sus piernas las ruedas del *landeau*.

—¡Buenas tardes, amigo D. Prudencio!— dijo, descubriéndose con refinada cortesía, y delicada seriedad.

—¿Quién es?... ¡Ah!... ¡adiós!...—contestó el ministro.—Y sonriendo friamente, volvióse hacia el señorón de quien antes hemos hablado, y ya no se ocupó más de su paisanito.

Cuanto al señor de Pacotilla, había dado la casualidad de que las dos veces, al pasar cerca de Patricio, el hombre estuviera mirando hacia otra parte, como haciéndose el distraído.

—Esto es hecho,—murmuró entre rugidos aquel infeliz, tan bueno y tan confiado.—¡Qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza!

Y se tapó la cara con ambas manos.

Cuando las retiró estaban mojadas; el llanto, un llanto de noble indignación, de cólera sublime, había brotado de sus ojos.

Y queriendo estar solo, encerrado en el modesto gabinete de su casa de huéspedes, apretó el paso, conteniendo aquellas lágrimas que le amargaban y que le ardían en el corazón.

Pero estaba de Dios que aquella tarde, como anunciara proféticamente al salir, no había de ir á su casita de huéspedes; que en aquellas horas de prueba, que en aquel día de tremendas decepciones, había de sufrir nuevas contrariedades...

Y las sufrió; porque al llegar á la Cibeles, vió nuevamente el carruaje del ministro, que ya se retiraba del paseo; y acercándose á él cuanto pudo, y alzando la voz hasta dominar el barullo que por allí reinaba, gritó nerviosamente:

—¡¡Agur... canalla!!

El ministro se incorporó en su asiento, y miró á Patricio con indescriptible furia.

El señor de Pacotilla se puso también de pié y dijo con brío:

—¿Con quién habla V., joven?...

—Con ese, con ese que va ahí; con ese á quien acaban de improvisar ministro... Y repito la palabra que antes pronuncié: ¡¡Canalla!! él lo es, y V. también: ¡los dos son ustedes unos miserables!

Habíase formado un grupo tan numeroso como compacto al rededor del coche y de Patricio. La gente era ya gentío...

No se sabe cómo suceden estas cosas en Madrid, pero la verdad es que en trances análogos

á este, parece que los curiosos brotaran de entre las junturas de los adoquines.

El señorón político á quien Cornezuelo daba el asiento de preferencia, llamó á una pareja de la guardia civil que á pocos pasos vigilaba para mantener el orden en el paseo.

Habló unas cuantas palabras con los guardias; estos se apearon rápidamente de sus cabalgaduras, y detuvieron á Patricio.

El grupo era ya una multitud; el coche ministerial volvió á ponerse en marcha, y nuestro amigo dijo serenamente á sus aprehensores:

—Vamos adonde Vdes. quieran: yo soy, yo, quien ha llamado por sus nombres á esos *personajes*.

Solamente les advierto que no estoy loco, que no necesito que me sujeten, y que iré tranquilamente á la prevención, ó adonde ustedes quieran conducirme.

Los curiosos celebraron la sangre fría del joven; y al disolverse el apretado grupo, el que más y el que menos, decía:

—No, pues el mocito tiene agallas. Cuando así ha procedido, sus motivos tendrá...

—Ya lo dirán los periódicos de esta noche...

—Pues tendrán que leer.

—*¡Canallas! ¡miserables!* ¡y qué clarito lo ha dicho! ¡No habla en francés, nó! ¡Caracoles!

—Será algún cesante desairado: ¡el hambre es tan insolente!

—¡Bah, bah! ya lo sabremos todo por los papeles.

XVIII.

«Esta tarde ha sido objeto de un brutal, in-calificable atentado, cierto importantísimo hom-bre político que acababa de tomar posesión de un altísimo puesto.

»Paseaba por la Castellana, en compañía de otro ilustre hombre público y de un amigo ín-timo y también alto empleado, cuando un joven, decentemente vestido, se aproximó al carruaje, y dirigió insultantes apóstrofes á los personajes aludidos.

»La pareja de la guardia civil que vigilaba cerca de la Cibeles detuvo al injuriente y pro-vocativo joven, conduciéndole al juzgado de guardia: de este, pasó inmediatamente á la Cárcel-Modelo, donde se encuentra incomunicado.

»Con el respeto que nos inspira la sumaria que se instruye, diremos que el provocador es un conocido publicista, de ideas muy exaltadas y razón no muy segura, cuyo nombre y apellido corresponden á las iniciales P. C.

»Parece ser,—por datos que consideramos fidedignos,—que el referido joven venia impor-tunando al respetable hombre político á quien ha insultado de manera brutal; que constante-mente solicitaba de su largueza y generosidad, favores que nunca llenaban la medida de sus exigencias, y que esta misma tarde estuvo en el centro político de que aquel es jefe, atropel-lando á los porteros y obligándoles con teme-rarias amenazas á que pasaran su tarjeta.

»También hay quien asegura que el señor

P. C. se ha afiliado recientemente á un partido de los llamados *de acción*, y que figura entre los agitadores que á toda costa y por todos los medios imaginables, aspiran á perturbar el orden y á derrocar las instituciones.

»De todos modos y sea esto como sea, el accidente de esta tarde ha servido para demostrar al eminente político agraviado, las simpatías de que merecidamente goza entre amigos y adversarios, puesto que á la hora de haber ocurrido tan deplorable escena, su casa y las oficinas de su Ministerio, estaban llenas de visitas, y atestadas de tarjetas y *Besa las manos*.

»En un importante círculo de recreo, se pensó desde luego en nombrar una comisión que fuese á darle sus parabienes, como lo hizo sin demora; y alguien apuntó la idea de obsequiarle esta misma noche con una serenata: pero de esto último se ha desistido, á instancias de nuestro respetabilísimo amigo, á quien también enviamos la más cumplida enhorabuena.»

«El celoso juez de guardia ha ordenado que se hiciera un registro de papeles en el domicilio del joven don P. C. autor del brutal atropello á que en otro suelto nos referimos.

»Verificado con la mayor escrupulosidad, parece que se han encontrado borradores de comunicaciones con los jefes más significados en la demagogia, una lista que compromete á muchas personas, discursos revolucionarios en cuartillas, y los comienzos de una obra de *propa-*

ganda socialista, en verso libre, y cuyo título nos dicen que es *Catón de Utica*.»

»Tendremos á nuestros lectores al corriente de los detalles de este proceso, que promete ser ruidoso.»

He aquí los dos sueltos que primeramente se publicaron en Madrid.

No hay para que decir qué periódico los dió á luz, porque el título se le ha de ocurrir en el instante al lector menos avisado.

Entre tanto, en los cafés, en los centros políticos y de reunión, en los circos y teatros, en los *restaurants* y en las tabernas de la coronada villa, no se hablaba de otra cosa que del *bárbaro atentado de la Castellana*.

Más de cincuenta mil personas eran á decir:

—Yo lo he presenciado... dió la casualidad de que el joven ese estaba pegadito á mí cuando pasaba el coche con los ministros.

En un café se celebraba el diálogo siguiente:

—¿Pero se sabe si llevaba armas?

—Yo juraría que le ví en la mano derecha un *revólver*; pero los guardias civiles anduvieron listos y debieron quitárselo...

—¡Quiá! lo tiraría entre los árboles...

—También me he figurado yo eso mismo.

—¿Y qué señas tiene *el agresor*?

—Pues yo le diré á V... es pequeñuelo, regordete, de color encendido...

—Nó, hombre, nó: si me ha dicho un íntimo amigo suyo, que es alto, muy flaco y más amarillo que la cera...

—Está V. en un error; que le he visto como le estoy viendo á V.

Llega un nuevo interlocutor:

—¿De qué se habla? ¿De lo de Patricio Castellano?

—¿Se llama Patricio Castellano?... ¿Le conoce V.? ¿V. le trata?

—¡Sí hemos sido condiscípulos!

—A ver, á ver... este lo sabe todo. Siéntese V.... hacerle sitio!

—Pase V. por aquí... ¡mozo, café!

—Ante todo, caballeros, buenas noches... Pues sí... Patricio es un loco de atar, poeta muy soñador, hombre atrabiliario... Tiene talento, eso nadie se lo niega; pero es un carácter imposible... A ese ministro, que es paisano suyo, le tenía doblado en fuerza de *sablazos*... El otro día me lo encontré yo en la Puerta del Sol...

—¿Al ministro?

—Nó, hombre, nó, á Patricio; y después de contarme el plan de una novela, y el argumento de una comedia de magia, me dijo:—«Por supuesto que si Cornezuelo llega á ministro, como algunos periódicos anuncian, ¿para qué quiero yo mejor temporada? Figúrate que ese hombre es para mí un Mecenaz, un segundo padre... Me encargaría de su gabinete particular, esto es indudable.» Yo le dejé con sus ilusiones, y nada he vuelto á saber de él hasta que he leído lo del jaleo de la Castellana...

XIX.

Patricio pasó muy mala noche, en su celda de la Moncloa.

No pudo pegar los ojos; pero este insomnio no lo producía el miedo á los resultados de la causa, sinó la rabia, el peso del disgusto, la amargura de la decepción sufrida.

Cuando el juez de guardia le preguntó con afable tono, porqué había cometido aquella estéril necesidad, contestó Patricio buenamente:

—Porque esos hombres son ingratos... y los ingratos para mí dejan de ser hombres.

Entonces, al amparo de la benevolencia de aquel bondadoso magistrado, relató minuciosamente, ante el escribano que acababa de extender su primera declaración, los orígenes de su amistad con el ministro, los servicios que le había prestado en seis años y medio de personal é íntima adhesión; no olvidó un rasgo, ni una fecha, ni un detalle. Y tan honrada sinceridad se descubrió en su relato, tal convicción y tanto crédito inspiraban su sano lenguaje y discretos raciocinios, que el juez y el actuario cambiaron, al quedar solos en el despacho, estas frases, que para el lector han de ser consoladoras:

Juez. — ¡Pobre joven! A la legua se ve que es un hombre de bien y un cumplido caballero.

Escribano. — Lo que es á mí me ha convencido, y poco he de poder ó...

Juez. — ¡Chist! Se obra pero se calla, amigo mío.

Escribano. — Tiene V. mucha razón.

Juez. — Por ahora que pase á la cárcel. Acaba de llamarme por teléfono el ministro de Gracia y Justicia, y supongo que será para esto. Hasta luego.

Escribano. — Vaya V. con Dios...

Y apenas quedó solo el escribano, llamó á un alguacil de la ronda judicial, y dijole con la mayor reserva:

—Ese joven va á la cárcel; pero á celda de pago ¿está V.?

—Sí, señor.

—Aquí tiene V. el dinero que se necesita... ¡y mucho ojo, y silencio!

—¿Hay que apretar un poco?

—Hay que tratarle como si fuese hermano mío.

—¡Ah!... entonces, comprendido: puede V. quedar descuidado.

XX.

Como se ve, hay en Madrid curiales muy buenos, dotados de excelente corazón, alma grande y hermosos sentimientos.

Haylos también que en vez de hombres de ley, son perros de presa; pero estos quizás no llegan á cuatro. Yo conozco uno que, él solo, vale por tres.

Y si alguien puede hablar de los curiales madrileños, para hacerles buena y cabal justicia, para desvanecer esa atmósfera que la ignorancia y la rutina les han creado, como á las suegras (que por fuerza han de ser arpías), y á los caseros (que por naturaleza han de ser egoístas y crueles); si alguien puede y debe volverse contra estos cargos somos nosotros los periodistas de batalla, los que hemos sido procesados sinnúmero de veces.

¿Qué hombre político desde Olózaga hasta

Andrés Solís, desde Calvo Asensio á Luís Blanc, no ha merecido algún favor, no debe en conciencia algún señalado servicio á los curiales de Madrid?

¡Pues si ellos hicieran siempre lo que el PODER les indica, ó lo que la LEY les prescribe secamente y sin distingos, cuántos que han sido ministros, subsecretarios y directores, estarían hoy en un penal ó en el destierro!

El autor de estas BENGALAS, que ha sido *cuarenta y ocho veces* procesado por delitos de imprenta, anhelaba que llegase propicia ocasión para hacer justicia á los tribunales de Madrid.

Llegada que ha sido, ha procurado aprovecharla, y esto le satisface y le tranquiliza. Los lectores perdonarán la digresión, en gracia al motivo.

XXI.

La causa duró poco más de seis meses; pasó con ella lo que con muchas máquinas, que se paran *por falta de presión*; porque al medio año, Cornezuelo no era ya ministro, aunque le quedaba el sabroso colgajito de los treinta mil reales de la cesantía.

Patricio fué condenado á un año de destierro, en un punto que distase más de cincuenta kilómetros de Madrid; con que escogió su pueblo de Villalumbroso y allá se fué, á recibir los calientes besos de su madraza, que estaba medio muerta de congoja, de su hermana, que había llorado como una Magdalena, y del buen

médico del lugar, que vino dos veces á Madrid durante la sustanciación de la causa.

El juez y el escribano fueron sus mejores amigos.

En la vista en juicio oral, después que hubo perorado el defensor,—que lo era uno de oficio,—habló el procesado; y los señores de la Sala no se durmieron, como algunas veces acostumbran; antes bien, abrieron tamaños ojazos, y cambiaron entre sí estos dialoguillos en voz baja:

—¡Demonio! Pues si es un orador brillantísimo, ¿le gusta á V., compañero?

—¡Muchísimo! Si este chico fuese abogado, se haría millonario.

—¡No le corte V. la palabra, señor Presidente!..

El auditorio, que era muy numeroso, porque había acudido casi toda la gente que formara el grupo de la Cibeles, aplaudió estrepitosamente las dos ó tres veces que el señor Presidente retiró la mano de la campanilla...

XXII.

Y bien ¿qué es de Patricio Castellano?

Pues por ahí anda, escribiendo mucho contra esos figurones que explotan la credulidad y las inercias de la opinión pública en España, improvisándose reputaciones y arrebatando prebendas.

Todos los hombres políticos le conocen, y muchos le temen.

Ninguno de ellos os negará que Patricio tiene

ingenio, instrucción, gracia, donaire y aun profundidad para escribir.

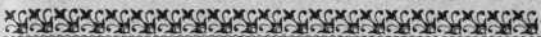
Lo que todos ellos os negarán es que sea un hombre honrado.

¿Porqué?

Porque como ellos son los más, usurpadores de cuanto hay de noble y de santo para la vida de la inteligencia, no puede ser hombre digno más que el que pone su talento al servicio de la adulación y de la farsa.

Ni más ni menos...





EL CONDE DE LA HIGUERA

(CUENTO ALEGRE.)

A mi amigo y compañero DANIEL ORTIZ.

I.

Aunque no va de cuento, nó, señor; historia, purita historia, es la siguiente:

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no me acordaré mientras sea casado (¡y plegue al cielo que nunca sea viudo!); en Consuegra, quiero decir, vivían por los años de 186... dos sugetos mayores de edad, católicos ellos, apostólicos ellos, y romanos... pero de Consuegra, nó de Roma.

Es decir, en la villa vivía y vive todavía mucha gente, pero á nosotros no nos interesan, por el momento, más que dos ciudadanos; mejor dicho, un ciudadano y una ciudadana.

Para que ninguna hija de Eva tenga derecho

á decir que no soy galante, comenzaré por Doña Basilisa Moscoso de Lanzarote; esta era la ciudadana.

Hija de un ricacho, casó con otro ricacho, cuando estuvo en sazón para la coyunda; su marido resultó un bendito de Dios, un madero con ojos, un Job con sombrero de felpa y corbata verde; ¡se llamaba Juan y traficaba en *lanas*, producto muy abundante de los animales del país!

Basilisa aportó al hogar marital, cinco mil duros en metálico, y un duro más duro que las monedas del patrimonio; su geniazo, su carácter, que era endemoniado.

El señor Juan, traficante en lanas, aportó cien mil duros y un *blando*; el blando era su corazón; aquella alma nacida para una sacristía, erró la vocación y se metió en el infierno.

Desde que Basilisa fué la conjunta persona del traficante en lanas, empuñó la batuta, se puso los calzones, y el pobre Juan se convirtió en un mayordomo con ciertas prerogativas que de ordinario no tienen los mayordomos; sin que esto sea decir que no haya casos extraordinarios, de mayordomos que las tengan.

—¡Juan! no salgas de caza,—y Juan se quitaba el morral, soltaba la escopeta, suspiraba como clérigo que lee al diabólico Voltaire, y se sentaba tranquilamente.

—¡Juan! ¡que no hables con la boticaria porque te arrimo una cachetina!

Y Juan hacía cruz á la botica, y ni en busca de ungüentos iba por ella.

—¡Juan! convida á almorzar al médico nuevo que me es muy simpático.

Y Juan convidaba al Doctor, una, dos, cinco ó seis veces por semana, llorando por dentro las confidencias de su *costilla* con el Galeno de Consuegra.

II.

Aquí entra otro personaje que nos hace falta; entra el Doctor; y como los médicos entran fácilmente en todas partes, no extrañarán Vds. que sin otras fórmulas de presentación, introduzcamos al Esculapio de la villa.

Se llamaba Jacobo; era joven, gallardo, andaluz... y soltero.

A los dos meses de haberse establecido en la villa, Basilisa, que siempre había disfrutado de cabal salud, empezó á quejarse del estómago. ¡Vaya una casualidad!

—¡Juan! ¡que venga el médico nuevo; tráemelo!

Y Juan se lo llevó.

A los quince días, el dolor del estómago, obediendo sin duda á la inmutable ley de la gravedad, se bajó al vientre. ¡Vaya otra casualidad!

Y el simpático Doctor Jacobito menudeó entonces sus visitas.

Quince días después, el dolor continuó...

Jacobito hacía seis visitas por la mañana, seis por la tarde, y una por la noche.

A Juan le dió dolor de vientre: el dolor se le subió al estómago; después se le subió á la garganta; más tarde le llegó al cerebro y... como

diría Escrich, su nombre fué «borrado del libro de los vivos.»

Más claro, Juan murió, de abajo para arriba; y Basilisa se curó totalmente... de arriba para abajo.

No olviden Vds. que el Doctorcito era soltero... andaluz y buen mozo, muy buen mozo ¿eh?

Con que vamos á otro capítulo, que aquí empieza lo esencial de la historieja.

III.

Basilisa vistió luto... pero por fuera; que lo que es su corazón estaba vestido de blanco.

Lo negro lo veía el mundo; lo otro, lo blanco... el Doctor y solamente el Doctor.

Basilisa lloró por el difunto y sonrió por el vivo; el mundo vió las lágrimas; las sonrisas sólo el Doctor las veía.

Pasó un año, y Basilisa sustituyó al de las lanas por el de los escalpelos; se casó con Don Jacobo.

Ella aportó al matrimonio, docientos mil duros y el mismo geniazo de costumbre, por aquello de que ¡lo que nace con natura, *tururura!*

Él llevó á la caja conyugal, su reluciente mostacho, su buen empaque, un estuche de instrumentos quirúrgicos, y un reloj de plata, regalo, en mejores tiempos, de la hija mayor de una patrona de huéspedes que, viendo malogrados sus amores con Jacobo, se hizo tiple relativa de *los Bufos* y más tarde casó con un tenor muy

malo, á quien siempre arrimaban gritas muy buenas.

Durante esa pacífica incubación del fastidio, que por otro nombre se llama *luna de miel*, Basilisa y Jacobo lo pasaron bien, muy bien. En cambio, los enfermos de Consuegra lo pasaron mal, muy mal.

A los cinco meses, Jacobo se aficionó á jugar por las noches en casa del boticario; y como era pobre, porque el sueldo de médico titular le venía de la Municipalidad, y á esta nunca le venían ganas de pagarle, resultaba que á cada instante, Jacobo soltaba una indirecta á Basilisa, y esta aflojaba, muy á regaña-dientes, cinco, diez, veinte y, en ocasiones, cincuenta duros en buena plata, para que el Doctorcito se diese tono de millonario en la reunión de la antipática señora del farmacéutico, enemiga mortal y jurada de Basilisa.

Aquí conviene advertir que la boticaria era fresca, alegre y hermosota, y que, según malas lenguas, tenía labios de azúcar-candi, ojos de mostaza, alma de jarabe de althea y corazón de cerato simple. ¿Quiere V. más gancho para un médico, joven, andaluz, rumboso, y de bigote retorcido?

IV.

La viuda de Juan dijo: «¡Hasta aquí llegó!»— Y cerró la gaveta al calaverón sustituto del carnero difunto.

—¿Eh? ¿cómo se entiende? — preguntó el mediquito, retorciéndose el mostacho.

—Como á V. le dé la gana,—replicó la irascible Basilisa.

—Pero es que en mi casa se hace lo que yo mando ¿estamos?

—V. era un pobretón cuando se casó conmigo, y no me conviene que maneje *mis* negocios, ni que gobierne á *mis* peones, capataces y mayordomos, ni que derroche tan inícuamente *mis* dineros.

—Señora... ¡Señora! ¡vamos despacito! ¿Qué es eso de *mis* y á todo *mis*? Créa V. que se ha casado con otro simplón como aquel que mata-mos á medias, cuando proyectábamos esta bendita asociación?

—Los negocios, las fincas, los trabajadores, y los dineros, son míos y muy míos, ¡seor médico de agua-chirle!—gritó Basilisa, poniéndose en jarras y muy dispuesta á armar la *gorda*.

—¡Ay, ay, ay, qué rico!— exclamó el Doctor, empuñando disimuladamente una silla de paja que cerca tenía.—En esta casa, desde que soy marido de V., todo es mío y muy mío, señora cascarrabias; y cuide V. de no agregarme títulos que no me ha dado la Universidad, porque, si pierdo la paciencia, que se me va muy pronto á viajar, la voy á ladear á V. una mandíbula, aunque después me cueste serios trabajos la compostura.

—¡V. aquí es un Don Nadie!— vociferó la manchega, casi ahogándose.

—¡Yo soy aquí Don Todo!— replicó el andaluz.

—¡Pobretón, miserable, mata-sanos, canalla!

—¿Con que sí? ¡Pues ya se fué de viaje la

paciencia! ¡Ea, prepárese V. que vamos á descuadernar esas mandíbulas!

Y diciendo y haciendo, el Doctor trincó el cerrojo de la puerta; cerró por dentro, se echó sobre su media naranja, recibiendo como primera caricia un tremendo mordisco en la región glútea, vulgo, nalgas; la agarró por la cintura, se la echó al hombro como quien carga un haz de paja; y mientras ella berreaba de lo lindo, la sacudía él de lo bueno.

Del comedor, teatro de tan interesante prólogo, la pasó al corral, y del corral á la huerta, en cuyo centro ostentaba su frondoso ramaje una hermosísima higuera.

—Vamos á ver... ¿quiere V. callarse, adorada mitad?— preguntó el médico á su pesado cargamento.

—¡Infame, verdugo, tramposo, maldito!— contestó ella, con voz tan ronca que remedaba mugidos de vaca mortecina.

—Por última vez... antes de que comience lo fuerte; señora de don Jacobo; ¿quiere V. ser humilde como manda la doctrina, y callarse buenamente?—repitió él.

—¡Satanás, asesino, pobretón, villano, ladrón, tunante!!— replicó ella con más furia, agotando sus alientos.

—Todo eso está muy bien,—observó él,— la cosa no tiene ya mejor arreglo. ¡Ea! señora... ¡agárrese V.! ¡Cataplum! Y empujándola contra el robusto tronco de la higuera, la amarró una soga por la cintura, dió cuatro vueltas por los brazos, fué en busca de una silla, sentó cómodamente á Basilisa, y al despedirse dijo:

—Hoy es lunes, querida esposa... ¡hasta el sábado, si Dios quiere!

Y se volvió muy campante al comedor, dando inmediata orden á un sirviente para que convocase á los mayordomos, capataces, jornaleros y demás dependientes de la casa.

V.

En tan respetable Asamblea, el Doctorcito dijo lo siguiente:

—¡Muchachos! Yo me he casado con mi mujer, para ser hombre y no borrego; más claro, para ser Jacobo y no Juan... el traficante en lanas.

Desde hoy, todas las fincas son *mías*, toda la hacienda es *mía*, todos los animales, incluyéndolos á vosotros, sois *míos*; vigilaré las tareas, recibiré las cuentas, haré los pagos; mi voz será aquí la única voz de mando, y el que no esté conforme con el nuevo ministerio, que lo diga y se largue, porque al primero que me desobedezca, le parto la columna vertebral, que es lo que vosotros denomináis espinazo. Se acabó mi discurso. ¿Quién alza el dedo para replicar?

Un mayordomo puso mal ceño, quiso desconocer la legalidad del nuevo ministro: pero este le sacudió un señor mojicón: dirigió luego una *circular* de manotones, destituyó al rebelde y á cinco ó seis capataces; pidió la comida, tomó su taza de café, sacó dos onzas de la hucha de Basilisa y se fué derecho á jugar al *mis* con los tertulios de la gachona boticaria.

VI.

¿Conocen Vds. alguna sustancia más blanda y suave que la cabritilla? Sí, señor, la manteca.

Pues bien; de manteca pareció volverse á los cinco días la chillona cónyuge del doctor andaluz.

Este arregló la casa, dulcificando con halagos y toquecitos en las mejillas conyugales, el pesado recuerdo de la higuera.

A los pocos meses, Basilisa fué madre. Dios tuvo esa feliz ocurrencia: crióse bien el heredero, y cuando yo conocí á Don Jacobo, escuché el siguiente diálogo en su casa:

—¡Jacobito! ¡Jacobito mío!

—¿Qué quieres, prenda?

—Quisiera comprar un vestido para mí... y otro para nuestro hijo!

—¿Me das dinero?

—¿Cómo nó, alma mía? Toma, toma lo que necesitas.

—Dame cinco duros más para hacer un regalo á... á una amiga.

—¡Allá van los cinco duros!

Volvió á casa la señora del Doctor, con la tela para su vestido, con el traje para la criatura, y con unas elegantes corbatas para su adorado esposo. En ellas había empleado los cinco duros de *plus*.

VII.

Doña Isabel de Borbón visitó la Mancha y se hospedó en la mejor casa de la provincia, que era precisamente la del Doctor de Consuegra, quien al otro año, fué elegido diputado por aquel distrito.

Yo no sé qué barbaridades haría, pero lo cierto es que la Reina, su huésped, le elevó á Senador y quiso hacerle grande de España. Como á los reyes les cuesta tan poco eso, hacer de un pelgar un Conde, Su Majestad, *condeó* al mediquillo de la Mancha. Y alguien debió referir á S. M. aquella aventura íntima de la vida de Jacobo, puesto que comiendo con él en Palacio, cuentan que la gran señora le dijo una tarde:

—Doctor... quiero elegirte un título de mi agrado...

—¡Señora! ¡Vuestra Majestad me colma de beneficios!

—Hago justicia á tus méritos. Cuando me hospedé en tu casa solariega, paseé por aquella hermosa huerta, y ví una colosal higuera en su centro...

—¿Y bien, señora?

—Que desde hoy te llamarás *¡El Conde de la Higuera!* ¿Te parece?

Y Su Majestad soltó una *cariñosísima* carcajada.

.....
No me hagan Vds. la ofensa de creer que

esta es una novela forjada por mí, para ejemplo de maridos y castigo de mujeres.

El conde vive y bebe; laborioso y afortunado, ha conseguido levantar algunos millones de reales, sobre la base de los doscientos mil duros que constituían la dote de Basilisa; y en uno de sus viajes veraniegos á Consuegra, erigió un elegante mausoleo, que hoy guarda las cenizas del pobre Juan, y en cuyo frontispicio se leé este epitafio:

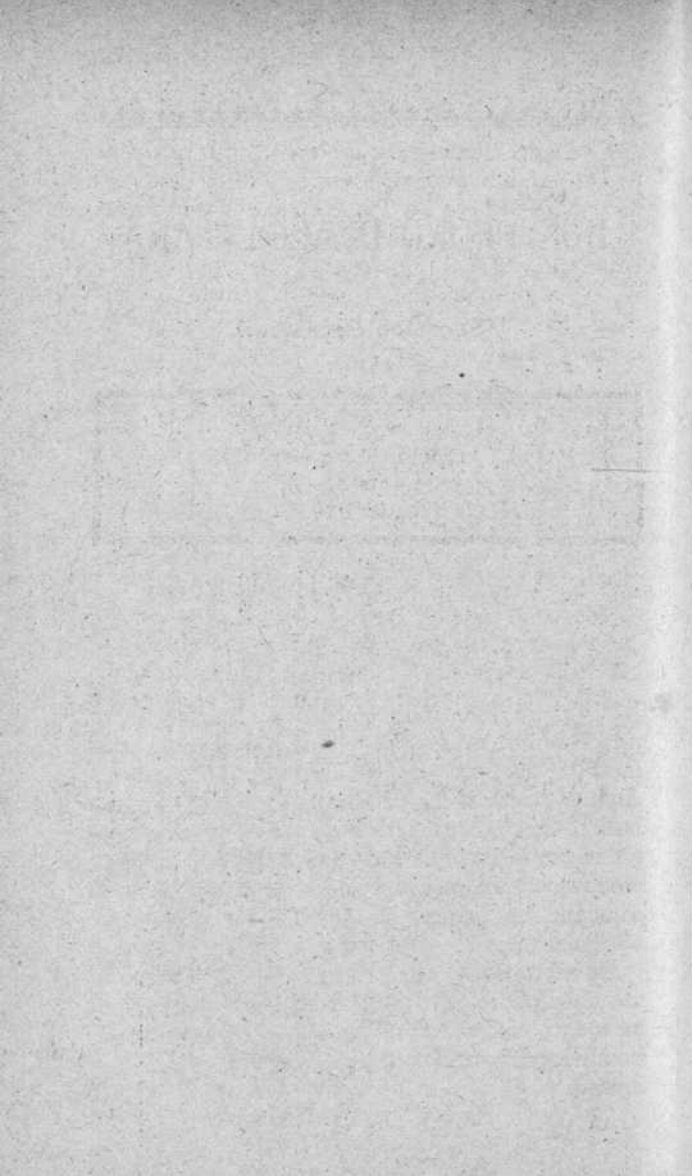
† «Aquí yace DON JUAN DE LANZAROTE, modelo de esposos y de ganaderos, R. I. P.»

Y para que no se diga que miento, juro á ustedes que todavía existe la frondosa higuera, cuyos sabrosos y blandos frutos he gustado, mientras el médico titular de Consuegra me refería el episodio matrimonial de la vida de su antecesor.

¿Quieren Vds. más pruebas de que es esta una verdadera historia?

Pues bien; lo digo yo... y basta ¡caballeros!





DON PEDRO D' ALCÁNTARA

(SUCEDIDO LITERARIO.)

A mi buen amigo CASTO RUSTE.

I.

Años há que asistiendo á una reunión literaria, á uno de aquellos espléndidos torneos de la inteligencia, que se celebraban en el antiguo Ateneo de Madrid, hallé en la escalera á un caballero de elegante pero muy sencillo porte, con quien cambié un ceremonioso saludo, cediéndole la derecha en los tramos de la escalera, y colocándome luego á su espalda, mientras él subía lentamente.

No sé porqué aquel venerable desconocido me inspiró respeto singular: desde el primer momento creí ver en él un sér privilegiado, un hombre extraordinario, una lumbrera de la sociedad.

Juntos llegamos á la portería del Ateneo; empujé la mampara, y abrí paso al casi anciano, quien correspondió á mi demostración cortésana, con una dulce y benévola sonrisa.

—Creo que hemos venido muy temprano —díjeme, observando que el saloncillo de descanso estaba completamente desierto, y con los mecheros de los aparatos de gas á media luz.

—Así me parece, en efecto;—contestó el desconocido;— debemos haber llegado muy temprano, ó quizás demasiado tarde.

—Muy tarde, nó,—repliqué consultando el reloj del saloncillo (yo no usaba entonces tales alhajas).—Son las siete y media y la reunión dará comienzo á las ocho.

—¿Y es cierto que esta noche tomará parte en la sesión, el Sr. D. Emilio Castelar?—me preguntó el caballero, en cuya pronunciación noté esa suavidad *lusitana* que tanto embellece y dulcifica el idioma de Cervantes.

—Así lo entiendo; esta tarde conversé con D. Emilio en la librería de Alfonso Durán, y allí me aseguró que hablaría en este recinto.

—Según eso, ¿V. trata personalmente al eminente tribuno?

—¡Me honro, señor, con un timbre que por ninguno otro cambiaría!

—¿Es V. su pariente?

—Sí, y nó, señor,—le contesté vacilando.

Es mi maestro, y el discípulo es siempre pariente del que le enseña.

—¡Oh! ¡el parentesco del alma, de la inteligencia!—dijo el caballero.—Voy sospechando, joven, que V. es escritor.

—Tengo aficiones nada más, pero vivo de esas aficiones.

—¿Periodista, acaso? preguntó el desconocido, sentándose en un diván del saloncillo, y ofreciéndome asiento á su lado.

—Periodista. y... lo demás, caballero; al escritor *madrileño* le sucede lo que al médico español; no tiene especialidad, determinada. Desde el diario al proscenio, recorre todas las zonas, todos los ámbitos, si así puede decirse, del mundo literario. Digo todo esto, porque supongo á V. extranjero.

—Lo soy, efectivamente, pero amo la Literatura española, que es para mí la más rica y admirable de las Literaturas.

—¡Gracias, señor, en nombre de mi patria!

—Nó, no trato de lisongearla. ¿Y sería indiscreto preguntar á V. su nombre?

—Es un placer para mí, ofrecer á V. mi humilde amistad.

Entregué una tarjeta al desconocido, quien, después de leerla, me recordó el reciente estreno de una de mis comedias.

Sacó una elegante cartera de cuero de Rusia y me dió su tarjeta, en la que leí este nombre:

PEDRO D' ALCÁNTARA.

Hôtel de los Príncipes.

II.

Bueno será advertir que aquel mismo día había yo llegada á Madrid, procedente de Valencia. Esta observación, que ahora parece inmoti-

vada é impertinente, tiene un objeto que el lector no tardará en descubrir.

Continuamos hablando, el caballero y yo, de los encantos que al hombre estudioso le ofrece la literatura española de aquel siglo de oro en que nacieron tantos ingenios, y que legó á la posteridad tan acabadas maravillas.

Don Pedro d' Alcántara se mostró entusiasta, apasionado, de Cervantes y Quevedo, de Calderón y Frey Lope: enumeró sus creaciones, analizó sus deslumbradoras bellezas, señaló sus caracteres predominantes; expuso, en calmoso pero profundo lenguaje, que Calderón y Shakespeare eran dos titanes que la Historia no debía someter á comparaciones. Shakespeare era más grande que Calderón, y Calderón tan grande como el inmortal dramaturgo inglés. Quevedo y Boccacio, Garcilaso y Ariosto, Petrarca y Fray Luis de León, como Murillo y Rafael, eran poderosas entidades hermanas, y constituían para D. Pedro d' Alcántara una gloriosa familia, cuya grandeza en el Arte, ninguna otra época eclipsaría.

Al evocar á Cervantes, sobre todo, D. Pedro parecía inspirado, trasportado á regiones ideales. ¡Con qué fuego admiraba el genio del padre de la novela! ¡Con qué cariño recordaba los pasajes del *Quijote*, las agudezas y socarronerías de Sancho, y sus peripecias en la ínsula Barataria!

Hubiérase prolongado durante muchas horas nuestra conversación, á no haber comparecido el portero, quien, mirándonos con extrañeza:

—Señores,—dijo, entre humilde y contrariado,—esta noche no hay conferencia.

—¿Cómo es eso?—pregunté, levantándome del diván.—Está anunciada para hoy á las ocho de la noche.

—¡Ya, ya lo sé! pero no hay lo que se anuncia, por indisposición del Sr. Castelar.

—En tal caso,—dijo D. Pedro, incorporándose y recogiendo tranquilamente su sombrero,—volveremos cuando haya de tener lugar la conferencia suspendida.

El portero pasó á las habitaciones interiores, apagando los mecheros, y silbando como si estuviese en el zaguán de una posada, ó en un tendedo de la Plaza de toros.

Don Pedro y yo bajamos juntos á la calle de la Montera; juntos seguimos hasta la cercana Puerta del Sol, y allí nos separamos; él, ofreciéndome galantemente *sua inutilidade*; yo, encantado de la admiración de aquel ilustrado extranjero, por las inmortales grandezas de mi patria querida.

¡Consuela tanto, halaga tanto la alabanza en labios extranjeros, de la tierra que ha sido nuestra cuna!

¡Sobre todo, de esta España á la que tantos vejan, á la que tantos desdeñan, porque la conocen... de oídas!

Don Pedro me había entusiasmado; formé propósito de visitarle al día siguiente, para cuyo objeto remiré la tarjeta y ví que tenía su domicilio en el *Hôtel de los Príncipes*, á cuya puerta nos habíamos separado.

Dicho y hecho; por la mañana saqué de mi maleta un traje más propio de visita que el que había traído puesto desde Valencia, y así, medio endomingado, me trasladé al magnífico *hôtel*.

—Probablemente. don Pedro habrá acabado de almorzar; tomaremos café juntos; hablaremos de Literatura y... ¡vamos! me gusta tanto el entusiasmo de ese extranjero, que resuelvo hacer porque sea mi mejor amigo. ¡Adelante!

III.

Llegué al descansillo, y detuve á un mozo que, cargado de platos y botellas, cruzaba por allí como una exhalación.

—¡Eh! muchacho... camarero, digo, *garçon*.

—¡Señorito! ¿qué se ofrece?

—Quiero saber cuál es la habitación de un caballero portugués que se llama D' Alcántara.

—¡El mayordomo dará razón!—me contestó el mozo; y escapó como un rayo por el corredor del primer piso.

—¡Busquemos al mayordomo! Eh, *maître d'hôtel*... aquí... (palmoteando con toda la fuerza de mis manos.)

—Aquí estoy, ¿qué deseaba V.?

—Visitar á este caballero,—y le puse delante de los ojos la tarjeta de mi interlocutor en la portería del Ateneo.

—Sígame V.,—dijo con cierta galantería el mayordomo.

Le seguí; y cuando estuvimos delante de la puerta del Salón, mi guía se detuvo, y me dijo en voz muy baja:

—Pase V.; pero no le dé el tratamiento, porque ha venido de incógnito á Madrid.

—¿Qué tratamiento ni qué diablos?—exclamé.

—¡Vaya! Pues el que le corresponde—objetó el mayordomo.

—¿Le corresponde *Usia*?

—Nó, señor, que pica un poco más alto.

—¿Le corresponderá *Vuecencia*? Será algún diplomático ¿eh?

—Nó, señor, le corresponde *Majestad*.

—¡Caracoles! ¿Pues quién es este Don Pedro *Majestad*?

—¿Quién ha de ser?.. un Emperador ¡¡el Emperador del Brasil!!

Dejé al mayordomo con la palabra en la boca; tomé escaleras abajo, y fuíme á beber café con la *gente de mi pelo*, con los emborronadores de cuartillas, á quienes relaté la aventura que acababa de ocurrirme.

Aquella turba de *copleiros* se rió de mi ignorancia; para ellos y para todo el mundo, PEDRO D' ALCÁNTARA era el pseudónimo del monarca más ilustrado, más modesto y más estudioso de la época; de D. Pedro II, Emperador del Brasil. Para mí, que acababa de llegar de Valencia... D. PEDRO D' ALCÁNTARA era un caballero particular, como cada hijo de vecino.

IV.

¡Señor! si hasta vuestras manos llega este recuerdo de aquella noche de *coloquios porteriles*, perdone la indiscreción del que os admira más como hombre que como Emperador; del que os respeta más por sabio que por monarca.

En la República de las Letras, V. M. es altísimo dignatario; yo soy un pobre pechero. Pero no necesitábais ser Emperador para brillar en nuestra sublime y adorable República; porque siempre ostentaríaís en ella, la inmarcesible corona del saber.



LOS CAROLINOS.

I.

Origen de estos datos.—Una expedición en América.—De mula á mula.—PONAPÉ (*Carolinas*).—Sus puertos y sus ruinas.—YAP.—Errores descriptivos.—Reyezuelos y sus costumbres.—Monolitos y pedruscos.—Transportes y comercio.

Estaba yo en Bolivia, y esto pasaba en 1877.

Tratábase de hacer un viaje largo y peligroso; dejar las comodidades de la vida en La Paz, capital de hecho (porque ya hemos consignado que la de derecho es Sucre, por otro nombre Chuquisaca), y hacer una visita á los indios del Ucayali.

Los viajeros eran frailes franciscanos, que son los únicos europeos que pueden atreverse á penetrar en las tolderías de los bárbaros ó *chunchos*.

Aquel proyecto, y la idea de asociarme á él, me entusiasmaron; no presumo de arrojarlo, pero en esto de viajar cuento algunas páginas curiosas, y la más notable de ellas es quizás la del paso del desierto de Chiquitos, desde La Paz á Santa Cruz de la Sierra.

Como quien dice, una expedición desde Madrid á San Petersburgo, por entre bosques vírgenes y arenales inexplorados, sin encontrar un mal rancho ni una gruta en que refugiarse.

Pero los lectores de mis libros conocen ya algunos episodios de aquella peregrinación á *lomo de mula*, y no es cosa de mortificarles ahora con el relato de nuevas aventuras.

Decía que la idea de hacer una visita á los salvajes de la fauna del río Ucayali se adueñó por completo de mi actividad, y cuando supe que no había forma de acompañar á los religiosos como no fuese en calidad de lego y vistiendo la pesada estameña gris, me presenté al venerable Sr. Obispo de La Paz, mi excelente y recordado amigo el Doctor D. Juan de Dios Bosque, quien sonrió como un bendito en cuanto oyó la expresión de mi atrevido pensamiento.

Luché como bueno; recomendaciones aquí, tarjetas allá, influencias eclesiásticas, políticas y femeniles; todos los recursos que me parecieron adecuados al logro de mi empeño púselos en juego hasta vencer la resistencia del Obispo y las repetidas negaciones del Rector de la Recoleta.

Por fin, tanto y tanto machaqué, á tanto llegó mi terquedad, que entré en la comitiva... y serví de lego á los reverendos franciscanos.

No se me ocurrió pensar que aquella humorada trascendiera á España, y que algún periódico de Madrid anunciase que me había metido á misionero. *El Imparcial* lo dijo, copiándolo de la prensa chilena, y aquí pasó por artículo de fe mi profesión religiosa en aquellos lejanos países.

Visitamos á las tribus *chunchas* que *yacen* (porque aquello no es vivir) á las orillas del Ucayali; estudié sus costumbres, observé sus extraños cultos, comí *chancca*, que es el pan del viajero en aquellos andurriales (maíz tostado); y también saben algunos de mis lectores, mucho de lo que pasó en aquellas bizarras jornadas.

Pero repito que no vamos á hablar más de ellas, sinó de las islas Carolinas, cuya menuda y fidelísima descripción me hizo en varios relatos uno de los reverendos franciscanos, insigne viajero que había estado más de diez años en Filipinas, y conocía al detalle todas las *parroquias* de la Micronesia.

Érase el Padre Vallés un catalán más valeroso que Roger de Flor, más devoto que una monja, más vivo que las candelas..... ¿y por qué no decirlo? más carlista que Cucala.

En aquellas interminables caminatas, por entre el apretado follaje de los Yungas, por entre los médanos del desierto, por entre las rocas de la cordillera, el Padre Vallés y yo éramos la pareja de vanguardia; y allí, de mula á mula, saboreando á las veces el contenido de una cantimplora llena de *chagta* para refrescar las abrasadas fauces, el simpático reverendo me hablaba de sus largas peregrinaciones por Asia, África, la América del Sur y la Oceanía.

De todo tomaba yo apuntes; era tan cándido, tan iluso como ahora soy desengañado y receloso; creía que si llegaba á confeccionar un buen libro, descriptivo de todas aquellas repúblicas que un tiempo fueron colonias de mi patria, no había de faltar editor que me lo comprase, ni público que con afán lo leyera. Hice

el libro; recorrí con él todas las casas editoriales..... ¡que si quieres! Uno de sus fragmentos ha servido de folletín en un diario de noticias, *La Correspondencia Imparcial*, que ya descansa en el panteón de las empresas arruinadas.

De vuelta en La Paz, y colgados mis hábitos de lego provisional, extracté los apuntes del misionero, y en cuanto surgió el conflicto diplomático con la cancillería alemana, envié copia de mis datos á un ilustrado corresponsal que la suerte me deparó en Manila, y á quien debo significar aquí mi sincero agradecimiento.

El Sr. D. Demetrio Castellana, joven emprendedor, patriota fervoroso y empleado modestísimo en la capital filipina, ha consultado las mejores autoridades á quienes de cerca ha podido hablar, y me ha devuelto la copia de mis apuntes, debidamente corregida y aumentada.

Vamos, pues, á recorrer con atenta observación, y sin salir de este vehículo de papel, las islas que nos disputaron los señores alemanes; eso que el canciller de hierro acaba de calificar de *pingajo de territorio*; y pienso que el lector se fijará en detalles que parecen nimios, pero que revelan toda la escrupulosidad que caracteriza á los frailes.

Comencemos por

PONAPÉ.

Tal es el nombre de la más importante y valiosa de las islas Carolinas. Está situada la N. O. y á tres días de distancia de Coquille. Su puerto es *Tokoit*, y ofrece más cómodo abrigo que ningún otro de los que hay por aquellas

alturas. Su suelo es volcánico, negruzco y brillante como la veta del carbón de piedra.

Ponapé, como soberana de aquel enjambre de pedacitos de tierra puestos al sol en la inmensidad de los mares, está rodeada de muchísimas otras islas, llanas casi todas, y como si dijéramos *bajas de techo*. Parecen los sótanos de Ponapé.

Los geógrafos dicen que esta pequeña sultana del archipiélago codiciado por el Canciller alemán fué descubierta al finalizar el siglo xvi, y añaden que desde entonces á la fecha se la ha bautizado muchas veces, llamándose por larga temporada Isla de la Ascensión. Este nombre religioso se lo dieron los americanos, pescadores de ballenas, cetáceos que, según informes, abundan por los alrededores de la graciosa Ponapé.

No es *Tokoit* su único puerto; tiene además los llamados de *Metalauin* al Mediodía, y *Kili* al Oeste; pero ninguno de estos últimos ofrece medianas garantías de buen fondeadero; las mareas son en ellos muy fuertes, y especialmente en *Kili*, donde el viento castiga con frecuencia de una manera horrible.

Los ponapeanos son de mediana estatura, pero de recia complexión y muy buenas formas (no sociales, sinó anatómicas.) Su color es bastante menos bronceado que el de los hijos de Yap; tienen, como estos, poca barba, pelo negro como la endrina, y más rizado que los otros circunvecinos; cara grande, ojos también grandes y rasgados, y parece que es la única de aquellas islas donde se dan muchachas bonitas, porque el fraile me hizo consignar en los

apuntes, que las jóvenes de Ponapé eran las que más se parecían á las indias *cruceñas* (bolivianas de Santa Cruz de la Sierra).

El régimen autoritario es allí de lo más deplorable que cabe imaginar, pues se reparten el dominio cinco *dattos* ó mandarines, de los cuales el más importante ahora, como si dijéramos el canciller activo de la isla, es un tal *Isibán*, residente en *Metalauin*; el segundo en categoría se nombra *Monamariqui*, y tiene sus habitaciones y jurisdicción en *Tokoit*.

Ponapé abunda en ruínas que testifican la antigua existencia de una raza más numerosa y aplicada que la actual, poco dada á construcciones.

El Padre Vallés me hizo apuntar en 15,000 habitantes la cifra de los pobladores de estas islas; pero los datos del amigo Castellana la rebajan á 2,000; y como él está más cerca que el misionero franciscano, de quien mejor puede saberlo, hago constar la diferencia.

YAP.

Se ha escrito mucho, y no poco de memoria, sobre esta isla, que acaba de adquirir para nosotros los españoles, tristísima celebridad.

De cuantas descripciones he leído en ilustraciones, revistas y periódicos de Francia, Alemania, España y Portugal, ninguna se acerca más á mis datos de viajero que la publicada en el diario *La Paix*, traducida por mí para el folletón de mi malograda *Correspondencia*.

Cuanto á mapas y detalles geográficos, no hay que decir lo que se ha fantaseado; pues he

visto una *carta* descriptiva, en la cual figuraba Yap de tamaño ocho veces mayor que el que debe á la Naturaleza. Del número de sus habitantes se ha dicho con la mayor frescura que pasaban de 35,000, cuando en buena cuenta no exceden de 10,000, y están repartidos en 67 rancherías, muy semejantes por su organización y carácter á las tolderías de los indios araucanos (Chile).

Sus cabañas, con honores de casas, están todas en el interior, constituyendo grupos de á ocho ó de á diez cuando muchas, pero como en el interior suelen formarse verdaderos nubarrones de mosquitos, los habitantes tienen á veces que trasladarse á la playa, donde la brisa marítima no deja en paz á los insectos.

Las casas (llamémoslas así, para nombrarlas de algún modo) instaladas en la playa, están montadas á la veneciana; es decir, rodeadas de agua por tres de sus costados, como precaución y seguridad para casos de malas vengencias, que son por allí muy frecuentes.

Las casetas del interior suelen ser más sólidas y circuídas con setos de caña; excepción hecha de la del rey *Jonevay* (muy señor nuestro), que es un remedo del *hórreo* asturiano, grande, anchurosa, y montada sobre enormes estacas y *harigues* de madera.

Ahora que he nombrado á aquel desgredado monarca, tendrán ustedes curiosidad por conocerle personalmente, con sus pelos y señales; y como encuentro naturalísimo este deseo, me permitiré hacer aquí su retrato á la pluma.

Jonevay (datos remitidos por el Sr. Castellana) es grueso como *Alba-Tulé*, su colega y el

principal de aquellos reyezuelos; pero por lo mismo que es algo subalterno, es de fisonomía más inteligente y expresiva que *Alba-Tulé*. Ya le blanquea el cabello, y aunque no ha habido corresponsal que pueda sacar su partida de bautismo, los más autorizados le calculan una cincuentena de años.

Usa *bajaque* (taparrabo) encerado, y se permite el lujo de vestir camisa de franela; va muy *tatuado*, que quiere decir muy lleno de pinturitas y dibujos en el pecho y en los brazos, y siempre que pueden verle sus amados súbditos, sale ostentando el cestito de buyo, el hacha de defensa, y su correspondiente ración de tabaco.

El caballero tiene setenta mujeres, nada más que setenta, lo cual no es mucho para las que tiene *Alba-Tulé*, que pasan de ciento, y sin que esto aleje de él á la servidumbre masculina, puesto que rara vez se presenta sin los criados necesarios para seguirle, uno con el fuego, otro con el *buyo*, otro con el tabaco, y á una señal suya los domésticos le sirven lo que pide.

Casi todas las casas de Yap, como se observa en las ruínas del alto Perú (actualmente Bolivia), tienen en sus portaladas enormes piedras que representan colosales esfuerzos de traslación.

Para llevarlas allí desde Palaos, que no dista menos de doscientas millas (70 leguas, aproximadamente), se reúnen los trasportadores en grupos de cuarenta ó cincuenta hombres, con cinco ó más canoas que marchan en correcta línea, pero á respetable distancia. Toda la vajilla se reduce allí á unas piedras redondas, del tamaño de nuestros platos, y con una de ellas

basta para que una familia conserve amontonados los alimentos indispensables para todo un mes.

En cambio, las piedras grandes, que constituyen, como se ha visto, el mejor y único ornato de las casas, son estimadas como verdaderos monumentos; y aun se da el caso de que una ranchería compre con uno de aquellos monolitos el auxilio bélico de una vecindad aliada contra el enemigo.

Los hijos de Yap no son estacionarios, antes bien tienen su tantico de aventureros. Hay unas 10,000 almas que viajan hasta *Ulcay* (distancia, cien leguas cabales), *Mogemog* y hasta á las Marianas, llevando á todos aquellos parajes los productos de su industria rudimentaria ó de su natural comercio, que se reducen á baratijas de conchas, nácar, carey, petates (ó esterillas), fajas, peines, cestos y bolsas. Esto me hizo consignar el reverendo; pero los datos ulteriores me hacen ver que aquel comercio está ahora en notable decadencia, puesto que los barcos europeos surten á los carolinos de cuanto antaño rebuscaban arrojándose á tales excursiones.

II.

Analogías extrañas.—Sigue la descripción de YAP.—El duelo.—Peces y anguilas.—Doncellas y matrimonios.—ISLAS PALAOS.—*Korror*.—El rey y la moneda.—El *tribunal* de los niños.—Guerras.—Epidemias.—*Isla Kusaya*.—Los reyes de Lela.—Su palacio.—*Ru-packs* y *Curacas*.

Cuanto más he avanzado en la lectura de mis apuntes, más analogías he descubierto entre los usos y costumbres de los carolinos y la vida de los indios sud-americanos; especialmente la de aquellos que me son más conocidos (los *araucanos* al Sur de Chile, y los *pehuenches* en el centro fronterizo de la misma república con la Argentina).

Con efecto, nada tiene de particular que el *chuncho* sud-americano coincida con el indio bravo de la Micronesia en el acto de procurarse el fuego por medio de la frotación de dos palos, uno duro y otro más suave y filamentosos. El instinto, la idea elementalísima de la producción del calor por la frotación, puede haberles llevado por el mismo rudimentario procedimiento á la solución de ese problema de la vida orgánica combatida por los rigores del frío.

Pero lo que asombra es otra serie de coincidencias en actos y detalles más complejos; lo que origina esta sorpresa que de mí se ha apoderado, es ver cómo el indio araucano y el polinesio, á quienes ahora separa líquida inmensidad, coinciden también hasta en la forma y hechura de sus vestidos, pues no otra cosa es

el *poncho* de la América, que la túnica larga con un agujero en el centro por donde sólo cabe la cabeza, y que es prenda usual entre los carolinos.

Cabe discurrir si tendría razón aquel sabio señor Villaamil, prócer de Bolivia, que publicó en Río de Janeiro obras notables, asegurando en ellas que muchos siglos antes de los Incas el continente americano se extendía sin líquida solución de continuidad, hasta las Indias Orientales; que el *quichua* ó quéchua era entonces la lengua común á todos los pobladores de aquel mundo gigantesco, y que la religión de los hijos del Sol era el culto de millares de millones de habitantes, repartidos en aquella inmensidad de tierra, que comenzaba en las costas descubiertas mucho después por Colón, y remataba en la India.

¿Formaban entonces un mar el África y la Europa?

El sabio se atreve á creer que sí. La cuna de la raza humana se meció en el Ararat; las columnas de Hércules, las crestas del Pirene y las cumbres de los Alpes yacían en el líquido sudario; vino el gran traumatismo, y surgió la tierra africana, y el continente europeo asomó con ella; tal vez porque el mundo necesitaba al negro y al celta, y al galo y al germano para que comenzasen las guerras y los torrentes de sangre.

Pero volvamos á Yap.

Los vivos lloran á los que mueren; no todos los seres civilizados hacen esto con su parentela.

El cadáver es atado á un *harigue*, y á su alrededor se colocan las mujeres, que permanecen

derramando lágrimas durante algunos días. El hijo no se separa del cadáver del padre hasta que á éste le dan honrosa sepultura en recinto muy semejante al *chullpa* de los incas.

Creen los carolinos, unos, que á su muerte trasmigran á los peces grandes, y de preferencia á las anguilas de agua dulce; por eso veneran fanáticamente á esta clase de pescados: otros imaginan que pasarán á morar en islas más risueñas y floridas que las suyas, donde han de encontrar bosques de cocoteros y *calofilos* de anchas hojas, y fuentes de agua dulce y cristalina, en las cuales podrán bañarse con sus mujeres, cosa que en este mundo les está absolutamente prohibida.

Las jóvenes de Yap no tienen pizca de recatadas, ni menos de limpias, como aseguran los ilustres geógrafos MM. Vivien de Saint-Martin, Maury, Beaudain, Malte-Brun, Lavallée y otros que en colaboración han escrito una monumental *Geografía*, según la cual, las doncellas carolinas son dechados de pudor y modelos de pulcritud. ¡Buen pudor les dé Dios!

Todo menos eso, y sea dicho sin agravio para nuestras *paisanas* de la Micronesia; toda su virtud se reduce á dormir en casa de los padres, que, por lo demás, pasan el día vagando con sus convecinos en la más deliciosa anarquía. Cuando la naturaleza las da atributos de próxima fecundidad, se esconden durante dos ó tres meses, y las pobrecitas no salen de sus escondrijos hasta que tienen los dientes negros.

Buscan novio, como lo cazan las señoritas en otras poblaciones más cultas; pero el matrimonio se efectúa á cambio de unos pescaditos, pie-

dras ó hachas que el futuro esposo tiene que regalar al presunto suegro; y más adelante, si la pareja conyugal no se lleva bien, se deshace el matrimonio con la misma sencillez que presidió á su consumación, y los hijos que hayan resultado son del exclusivo dominio del padre; la madre no ejerce sobre ellos derecho alguno.

Por lo demás, YAP es la más alegre de aquellas islas; y aunque el creciente trato con los navegantes europeos va abriendo los ojos á sus naturales, crean esos amables geógrafos que no es tan seguro aventurarse á vivir en el interior de la isla, donde pudieran imitar á los indios que se han comido al marido de la heroica Bartola.

'ISLAS PALAOS (PELEW).

Está situado este archipiélago entre los 6°53' y 8°9' Lat. N. y 134°20' 134°45' Long. E.

El más importante de sus centros de población es KORROR (como quien dice ¡qué horror!), isla pequeña, algo montañosa y dotada de agua dulce. Es de advertir que de las 500 islas que forman el *pingajo* del archipiélago carolino, se calcula que no hay agua dulce en 250. Conque prosigamos.

KORROR ofrece bellissimo paisaje, bancos de coral en el mar, cuyos vívidos matices dan á las agitadas olas un fantástico celaje; verdura lozana en tierra; canales formados entre rocas batidas por la espuma del oleaje; algunas cascadas que con estrépito acompañan desde la vertiente al rumor del Océano... todo esto constituye un panorama delicioso.

Las casas ó cabañas de los indígenas son de

caña tejida, elevadas como los *hórreos* de Asturias, y Galicia, y desprovistas de puertas y ventanas. Bueno es advertir que en KORROR no se conoce el robo.

El soberano de Palaos es el simpático *Alba-Tulè*, de quien ya hemos hablado un poco, y los vasallos que forman su escolta no se limitan, como los de *Jonevay*, á llevar las menudencias de bucólica y regalo que su señor puede necesitar, sinó que lucen hachitas con hojas de acero, novedades proporcionadas por ciertos europeos. ¡Ah! también conviene saber que los *korrörinos* hablan su poquito de inglés, con lo cual, y con las armas cortantes, ya pueden andar solos por tierras más adelantadas.

Y como aquellos mocetones hablan inglés, claro es que ya tienen sus libras esterlinas, que consisten en unas pequeñas piedras calizas y redondeadas, procedentes de la isla cercana de *Malákán*.

Las muchachas que se hallan en estado de merecer se ocupan en coger frutas en el bosque, y los mozos solteros van á la pesca: pero al ponerse el sol, es costumbre en KORROR, y en otras poblaciones de las PALAOS, que ellas les esperen á ellos, formadas en fila, y cuando ellos se ponen también de la misma traza frente á las doncellas, proceden al cambio honesto de sus respectivos artículos.

Un detalle: en KORROR se crían bien los cerdos.

Las familias guisan aparte, y hay un *tribunal* donde se guisa para los muchachos, lo cual es un conato de sociedad protectora de los niños; cuando el muchacho llega á hombre y se casa,

ya no puede acercarse al tribunal, que viene á ser el refugio de la inocencia.

Parece que un pueblo así regimentado no debiera emprender guerras; pues sí que las mantiene por un quitame allá esa *carolina*.

Los combatientes se pasan semanas enteras tirándose bolitas de tierra (histórico), á imagen y semejanza de otras naciones que comienzan las campañas tirándose bolitas de papel, á cuya maniobra han dado en llamar diplomacia; y en cuanto uno de los que pelean se descuida, van los otros sobre él como gato á bofes, y se encarniza la batalla. El precio de la victoria suele ser una ó más de aquellas enormes piedras de que hablábamos antes.

La salud pública no suele ser muy buena; las afecciones á la garganta predominan con caracteres tan agudos y mortíferos, que semejan al garrotillo de nuestros menores, ó á las anginas de más cruel brevedad.

El sistema de aislamiento en casos de tal y tan peligrosa epidemia, consiste sencillamente en quemar las casas invadidas, matando á los enfermos; conque los sanos tienen que escapar y ocultarse en las montañas, antes de que de ellos se apodere la policía sanitaria; práctica que siguen aterrados todos los moradores de rancherías vecinas á la epidemiada.

Como se ve, la fumigación es allí quemazón, y los cordones sanitarios, más parecen sogas para ahorcar á los dolientes.

El terror á las epidemias es allí, por lo que se ve, tan desconsiderado como en otras partes más civilizadas, donde se rinde culto á la santa doctrina del Crucificado.

KUSAYA, Ó ISLA DE STRONG.

Hállase situada al S. E. del grupo de las Carolinas, entre el 5°19' Lat. N. y 163°6' Lon. E.

Tiene un pequeño puerto cuyo nombre es *Lela*, y está al N. E. de la isla. Rodéale espeso bosque de cocoteros y plátanos, que se eleva en una montaña muy pintoresca, de 2,000 piés de altura.

En *Lela* residen actualmente dos altísimos personajes de quienes poco hemos de hablar; son el rey *Tokora*, y *Kosa*, su compañera y partícipe del trono. Ambos hablan el inglés y tienen bien puesta la casa, habiendo organizado en ella una servidumbre limpia y numerosa.

La escalinata de la regia morada está hecha con trozos de basalto, y remata en anchurosa plataforma donde todas las mañanas aparece *Tokora* y recibe el homenaje de sus vasallos, que suelen ofrecerle regalos de frutas, pescados frescos y alguna que otra res de caza mayor (corzas pardas, muy abundantes en la isla).

Los *rupacks* ó jefes de la nobleza transmiten á *Kosa* y *Tokora* estos presentes de los súbditos, sin atreverse á levantar la vista en su real presencia, ni más ni menos que como hacían los *curacas* con su señor el Inca en las felices tribus del alto y bajo Perú.

Y aquí, antes de terminar la reseña de otras islas, volvemos á observar extrañas analogías.

III

Taxonomía incásica.—Puntos de semejanza.—Los orejones.—Pan, leche, marfil, vegetales.—El rey *Kenka*.—Padres en perspectiva.—*Coquille* y *Chravral*.—JALUIT.—Alemanes arrepentidos.—Un rosario de islas.—Los hijos de Picio.—NUEVA IRLANDA.—Conclusión.

También el *curaca* ó noble del Imperio de los Incas humillaba la frente, bajaba la vista y no se presentaba ante el *Hijo del Sol* sin un bulto cualquiera que, colocado á la espalda, era emblema de su dócil servidumbre.

Como se ve, los tiempos han cambiado, y con ellos las costumbres; ahora la nobleza de los pueblos civilizados no sabemos que tenga que presentarse con joroba ante el monarca, ni bajar timidamente los ojos, ni llevar en frascos y canastillas la ofrenda del vasallaje.

En el Perú había dos órdenes de nobleza, como acontece en el archipiélago carolino; al primer orden incásico pertenecían los descendientes ó afines directos del *Hijo del Sol*, y eran *Incas* como él.

Príncipes de casa y boca, algo así como los infantes de sangre real en las monarquías modernas, aquellos señores tenían su dialecto peculiar, que no estaba al alcance del pueblo; á ellos se les conferían los altos cargos sacerdotales, políticos y militares; ya la custodia de los templos, ya el mando de los ejércitos, ya las guarniciones remotas, ya el gobierno de las provincias; en buena cuenta, y para entenderlo me-

jor, se les daban todos los empleos de confianza y lucro, eso que ahora llamamos virreynatos, arzobispados, capitanías generales, intendencias; y como los infantes hacían á clérigo y á seglar indistintamente, tanto les cuadraba la mitra del prelado como la faja del general.

Al segundo orden jerárquico de la nobleza pertenecían los *curacas* ú *orejones*, caciques de las naciones conquistadas. A estos grandes adventicios se les obligaba á presentarse de vez en cuando en la corte, y á educar en ella sus hijos confiados á los *amáutas*, como lo estaba el heredero del trono. Los *amáutas* eran los sabios de aquella tierra, que también hacían á pluma y á pelo, y así adiestraban á sus alumnos en el manejo de las armas, como les enseñaban la ciencia del *quipus* (aritmética práctica, con unos cordoncitos enrevesados), como les explicaban la suma teológica de la adoración al Sol.

El pueblo se dividía en cuatro estados; el territorio, en cuatro zonas; la autoridad, en cuatro jerarquías. Todos eran *cuatros*, pero no perpétuos ni amortizables, ni interiores y exteriores...

Exactamente como en estas islas que quieren proteger por lo fino los señores propietarios de la Alsacia y la Lorena, *curacas* de la moderna Europa.

Hay cuatro estados en las Carolinas y en Palaos; el rey, como el Inca del Perú, es jefe supremo en lo civil, en lolesiástico (sin iglesias) y en lo militar (sin cuarteles): un czar desgredado á quien nadie tose y que dispone de 600 ó más mujeres, como el amoroso *Huayna-Cápac* que llegó á disponer de 700 en un solo serrallo del Cuzco.

En cambio, al pobre que no tiene propiedad rústica ni urbana no le consienten más que una mujer, como es usanza entre católicos-apostólicos-españoles.

Esta categoría viene á ser la que los romanos llamaron su *oclocracia*, y en España decimos gente tronada ó pobre de solemnidad.

La *democracia* ya puede disponer de un ranchito, ó de una canoa, ó de una piedra de Palaos en que guardar los alimentos; y un *demócrata* con taparrabos, puede permitirse el lujo de guardar cuatro señoras de su particular estimación; por supuesto, mientras el rey no las eche el ojo y las encuentre dignas de su afecto, que en este caso la democracia tiene que agachar la cabeza y entregar mansamente sus *carolinas* al antojo del monarca.

El mismo privilegio gozan los parientes del rey; pero Dios le libre á un ciudadano mal acomodado de fijar su atrevido pensamiento en mujer palaciega; que entonces le parten por la mitad, sin formarle causa ni darle tiempo para nombrar abogado y procurador.

Inútil es decir que en el archipiélago micronesio no hay curia, ni letrados..... Estos son atributos de la civilización, como el papel sellado, el impuesto de los perros, y los timbres de inquilinato.

Los habitantes de estas islas son regularmente industriosos; hacen canoas muy bien labradas, pero no se ocupan del arte del ajuar, ni aun en su aspecto primitivo; por cuya razón la mesa, la silla, el taburete, el armario, son conquistas reservadas al incierto porvenir.

La isla de que me ocupó es muy llana y

ofrece abundante vegetación; montañas, no tiene más que una al Oriente, y se dan frutas sabrosas, tales como el coco, el plátano y el árbol del pan, que es la tahona vegetal puesta por la Naturaleza en los bosques de la Polinesia, como en la cerrada espesura de los Yungas, donde he visto también *el árbol de la leche*, y *el arbusto del marfil*, á cual más curioso, y admirable.

Los naturales son buenos, poco maliciosos, crédulos y bastante romos de inteligencia. Como organización física, la suya es débil, encogida, afeminada; son los encanijados de por allá.

Su segundo rey es *Kenka*, personaje de alfeñique, flaquillo, paliducho, escrofuloso, y con cierto aspecto de carnero á medio morir, que inspira compasión antes que respeto.

Sin embargo, parece que le acatan mucho sus vasallos, y estaría de ver una batalla librada por *Kenka* y sus reclutas quebradizos, contra los robustos y ágiles habitantes de Yap, que son los más arrojados de las Carolinas.

Los misioneros han llevado á aquellos parajes la voz de la civilización desde 1852; y entre los peregrinos del Evangelio distinguióse mucho un reverendo americano nombrado M. Snow, que permaneció más de diez y ocho años en aquellas rancherías, y á quien ensalzaba con verdadero entusiasmo mi *cicerone*, el animoso franciscano de Bolivia.

Ahora los misioneros han hecho una cosa que es altamente práctica y pudiera darles brillantes resultados.

De *Evón*, una de las islas *Marshall*, donde antes estuvieron suavizando la barbarie y exponiéndose á morir hechos torreznos, han llevado á

estas islas una treintena de chicos y chicas, más fuertes y robustos que los súbditos del señor de *Kenka*, con cuyo contingente esperan mejorar la raza. ¿Sabrán esto los alemanes?

Hablemos algo de los puertos.

Los más notables son dos: *Coquille* y *Chavral*.

El primero de ellos es magnífico, grandioso; como amplitud y desahogo, para abrigo y fondeadero, alguien le compara al de Pasajes, porque también le rodean altísimas montañas cubiertas de lozana verdura, y en las que el follaje baja avanzando hasta el mar.

Chavral no es grande, pero sí resulta pintoresco.

Y vamos á otro de aquellos terruños, perteneciente al grupo de *Marshall*.

JALUIT (*se pronuncia* CHALUT.)

Es esta isla una de las más meridionales; de ella hablan poco los geógrafos, y todo lo que en España sabemos es que tiene un puertecito regular, y que en él han establecido sus depósitos de mercancías para el tráfico con las Carolinas y las Palaos, dos activas casas alemanas. ¡Son muy madrugadores los señores de Alemania!

Por cierto que en una de ellas se izó no há muchos meses el pabellón austriaco, por lo que pudiera tronar; artimaña que revela pobreza de espíritu y que ha tenido imitadores en Madrid. Aquí ha habido también algún alemán que, temeroso de perder sus trebejos en una asonada, se apresuró á borrar el patronímico *alemana* en la casa de su propiedad, inscribiéndose á són

de bombo y platillos en las listas de patrióticas suscripciones para costear barcos de guerra y engrandecer la marina española.

¡Fuera yo austriaco, y ya daría su merecido á quien tan flojamente cambia de nacionalidad!

Pero no saquemos á la picota nombre y apellido, y demos los últimos toques á esta reseña.

Jaluit es menos feraz que *Kusaia* y *Ponapé*.

Su ensenada mide tres leguas de anchura por siete de longitud, y en los bancos de coral que con espléndida profusión la rodean, levántanse hasta 55 islitas, la más larga de las cuales apenas alcanza 600 yardas.

Parece aquel un rosario de montículos en que baten las olas, festoneando el mar con sus espumas y adornando con una fimbria de caprichoso y menudo encaje el manto azul del Océano.

Jaluit se eleva 10 piés, á lo sumo, sobre el nivel del mar; su vegetación es raquítica, á pesar de las lluvias, que son frecuentes y copiosas desde el mes de Marzo hasta pasado Octubre.

No retiene el agua de las nubes, y por consiguiente, no la hay potable; sin embargo de lo cual produce frutos análogos á los que se dan en las Carolinas.

Los habitantes son feos, ¿qué digo feos? son horribles, espantosos, *irretratables* (y perdóneme la Academia este adjetivo.)

Véase la clase: talla ordinaria, : '30 metros; frente estrecha y deprimida: apenas cabe en ella, escrita en pequeños caracteres, la palabra *luz*, que es lo que falta en aquel intelecto rudimentario, punto menos dudoso que el del gorilla africano; labios gruesos, vueltos y colgan-

tes, como carnaza puesta en los ganchos de una tripería; pelo crespo, cerdoso y apelotonado; orejas descomunales, como tapas que encuadernan el rostro; y para remate de fealdades, unas pinturas tan rabiosas y extravagantes, que hacen destilar berretes á todas las membranas, y quitarían las ganas de comer al más paciente y olvidado maestro de escuela, de los que aquí no cobran sus haberes.

Mil almas forman aquella sucursal de la casa de Picio; mil almas, negras, torpes, odiosas, con todas las abominaciones del espíritu dormido en la materia, y con todos los horrores de la carne amasada con pegotes...

Los de *Jaluit* no saben contar arriba de ciento: no tienen idea del tiempo, y por ende, nada comprenden del movimiento de los astros, del sublime porqué del día y la noche, ni aun de la edad de las humanas criaturas.

—¿Qué edad tienes?— pregunta el misionero á uno de aquellos mascarones.

Y este se encoge de hombros, riendo como un cuadrumano cuando oye ruidos que le alegran.

Pero seamos justos.....

La mujer es menos bestia que el hombre: mira al cielo, fijase en el sol, en la luna y en las estrellas, y pasa largas horas sentada en la playa, tratando de descifrar los eternos problemas de luz y de armonía que le presenta la Naturaleza.

La mujer sabe contar hasta mil, de cuya cantidad no pasa, porque no comprende que pueda haber más de mil personas, ni otros tantos objetos en la tierra.

Los misioneros han sido hábiles al confiar á la mujer su obra civilizadora: los *mocetones* importados de *Evón* (que por singular coincidencia es aumentativo del nombre de la madre de la raza humana), crearán bien pronto una generación vigorosa que haga olvidar á los enclenques habitantes que ahora vegetan en aquel solitario peñón.

NUEVA IRLANDA.

¡Estas islas sí que son poco conocidas! Ciertamente que tampoco son muy importantes; pero no falta por ahí una potencia colonizadora que proclame su protectorado. ¡Hay fiebre colonial por este viejo mundo!

Los neo-irlandeses andan desnudos; la vestidura del más elegante y pudoroso se ciñe á un par de hojas de plátano, amarradas en forma de mandil la una, y de *polissón* la otra.

Su color no es ya bronceado, sinó que pasa de castaño oscuro.

Y cuanto á su carácter, es de lo más salvaje que puede concebirse.

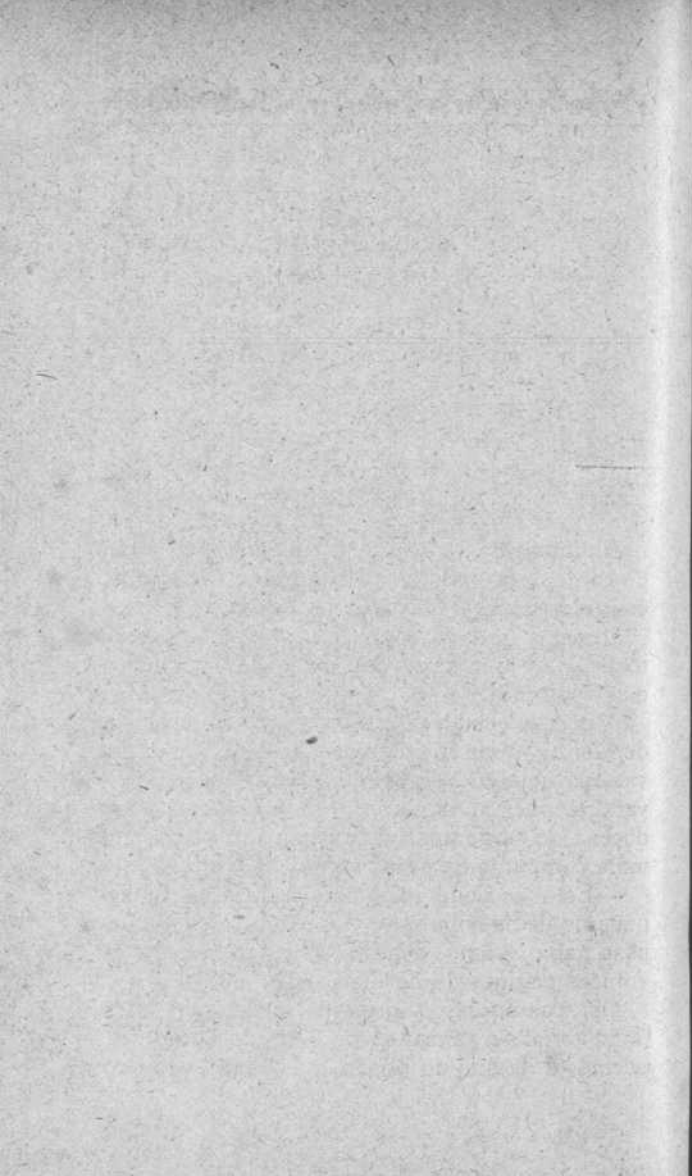
El padre Vallés me decía, hablando de Nueva Irlanda:

—Mire V., paisano: los *chunchos* del interior de Bolivia pueden comerse á los europeos; los carolinos saben asarnos y freirnos en aceite de ballena; pero los de Nueva Irlanda son mucho más crueles; nos mutilan un brazo, nos rebanan una pierna, y á la propia víctima la obligan á tragar sus remos, reservándose el vientre, el pecho y la *sesera*, que es lo más suculento para ellos como quien dice, *su plato del día*.

¡Hermosa región y simpáticos habitantes!
¿Porqué no se habrán fijado en la Nueva
Irlanda los vencedores de Sedán?

(De *La Ilustración Española y Americana*; nú-
meros LXII, LXIII y LXVI, correspondientes á
los días 15 y 22 de noviembre, y 15 de diciem-
bre de 1885.)







¡BORREDÁ!

I.

El día 2 de enero de 1885 abandoné el salón de conferencias del Congreso de los Diputados, cuartel general de los periodistas en activo, para ir á buscar en la Cámara de los papás-conscriptos, alguna que otra noticia, que por aquellos días escaseaban.

A poco de estar en el Palacio de doña María de Molina, pude convencerme de que no se movía una hoja en el árbol de la situación conservadora, pues ni siquiera se había fugado una docena de sargentos, ni se había sublevado una mala compañía de cazadores.

—Esto se pone imposible,—dije á los compañeros de la tribuna.—¿Lo estáis viendo? No pasa nada: ¿cómo diantre se llenan ahora tres voraces páginas de un diario?

Mis camaradas sonrieron; y uno de ellos (ministerial vergonzante, pero empleado en una oficina, á la que no asistía más que el primero

de cada mes para saborear la dulce nominilla), dijo, echándoselas de pedagogo:

—Haz lo que nosotros, que estamos publicando biografías de hombres políticos...

—¡Ya! ¡Buen Plutarco está vuestro periódico con sus biografías!.. ¡entre ellas la de Fernández Villaverde!—le contesté.—Pero es que esa lectura le sabe á demonios al público sano y verdaderamente periodístico.

—¡Silencio,—exclamó un redactor de *El Estandarte* (diario canovista), que en otro tiempo *gacetilleaba* en *La Igualdad*, cuando la dirigía Paul y Angulo, y después *articuló* en *El Siglo Futuro*, sin perjuicio de escribir algo para *Las Dominicales del libre pensamiento*.—¡Silencio, caballeros, que va á hablar un marino, y á estos hay que oírles!..

Callamos todos, y aconteció lo siguiente bajo la presidencia del ilustre Duque de Mandas:

“El Sr. VICEPRESIDENTE (Lasala): El Sr. Pavía y Pavía tiene la palabra.

El Sr. PAVÍA Y PAVÍA: He pedido la palabra para dirigir una pregunta al Sr. Ministro de Ultramar.

En la prensa periódica del mes próximo pasado ha venido la noticia del asesinato cometido en la persona del gobernador político y militar de las islas Marianas, coronel don Angel Pazos y Vela-Hidalgo, por la guardia que hacía el servicio en la misma casa de su morada.

Como este atentado sea inusitado en aquel país, pues que de todos son conocidas la lealtad y honradez de sus habitantes, ha causado suma extrañeza, y yo ruego al Sr. Ministro se sirva decir lo que haya acerca del particular, así

como las disposiciones que en su consecuencia haya adoptado el gobernador general de las islas Filipinas, á cuya jurisdicción corresponden las islas Marianas.

El Sr. Ministro de la GUERRA (Marqués de Miravalles). Pido la palabra.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Lasala): La tiene su señoría

El Sr. Ministro de la GUERRA (Marqués de Miravalles): El Sr. Pavía ha dirigido una pregunta al Sr. Ministro de Ultramar; y como más directamente afecta al departamento de la Guerra, si S. S. acepta que yo le conteste, lo haré con mucho gusto.

Es, en efecto, cierto que en la fecha citada por el señor general Pavía, fué asesinado por el centinela mismo de su casa, que era de las tropas indígenas, el coronel Sr. Pazos.

Reunidos inmediatamente los pocos españoles que había allí, apoyados eficazmente por personas algún tanto visibles, se constituyeron en actitud de defensa, desarmaron parte de las fuerzas, porque no había más guarnición que la de la misma compañía, y salieron á perseguir al culpado, que se había fugado. Habiendo sido éste hallado por la mañana, fueron presos 36, y luego hasta 43 de la compañía.

Un *capitán, comandante* de aquel presidio, *demonstrando dotes extraordinarias*, en situación tan difícil, se condujo *con una decisión y una energía admirables*, al punto de que, poniendo en libertad parte de los presidiarios, custodió con ellos á todos los soldados, respecto á los cuales había motivo para suponer que estuviesen complicados en la conspiración.

Este capitán no tan sólo hizo esto, sinó que habiendo llegado á su conocimiento por las declaraciones, de que la compañía estaba mal administrada, tuvo la resolución de poner preso á su capitán y formarle causa; buscó medios para llamar á las reservas, y las declaró con derecho al haber, que no tienen estando en situación de provincia. *Esto tiene mucho más mérito, atendida su poca graduación; por eso lo cito con gran elogio para conocimiento del Senado y del país entero.»*

El Senado escuchaba esto con viva complacencia, y los periodistas ardíamos en deseos de saber el nombre de aquel valiente capitán.

Por fortuna, pronto salimos de aquella ansiedad, puesto que el general Quesada añadió:

“Se puso en comunicación con el capitán general de Filipinas, y le dijo en aquellos momentos tan difíciles todo lo que había ocurrido, y que tuviera la seguridad de que, *mientras él viviera, no habría nada que hiciese peligrar allí la bandera de España.*

Aquí algunos *tribuneros* quisimos aplaudir, pero el uquier nos rogó que dijésemos *¡Bravo!* en voz muy bajita. Y lo dijimos.

Con que prosiguió el ministro:

“Tomó sobre sí la responsabilidad de buscar un barco harinero para comunicarse con otra isla, y contrató un barco en 1,200 duros, igualmente bajo su responsabilidad, para ponerse en comunicación con el capitán general de Filipinas.

“El Gobierno le ha concedido á ese capitán, llamado D. ANTONIO BORREDÁ, el ascenso inmediato; y ese nombre es digno de todo elogio y

de que se conozca en toda España, debiendo figurar, y por eso le cito, en el Diario de las Sesiones.» (1)

El señor Sanz se levantó en cuanto acabó de hablar el Ministro de la Guerra, y dijo, esto que reza el propio y auténtico *Diario de las Sesiones*:

«El Sr. VICEPRESIDENTE (Lasala): El señor Sanz tiene la palabra.

El Sr. SANZ (D. Salustiano): En el día de anteayer pedí la palabra para dirigir un ruego al Sr. Ministro de la Guerra, y el curso del debate me impidió hacer uso de ella.

Yo deseaba dirigir este ruego al Sr. Ministro antes de terminar el año, esto es, antes que empezase á regir el Código penal militar, que sabe S. S. ha dado orden de que rija desde 1.º de enero de este año.

Pero antes del ruego voy á felicitar al señor Ministro de la Guerra por el empleo que ha concedido á ese distinguido capitán de las islas Marianas, que ha tenido un comportamiento tan digno de aplauso. *Y como tal vez ignora ese distinguido capitán que TIENE DERECHO Á LA CRUZ LAUREADA DE SAN FERNANDO, y por tanto, á una pensión que dure mientras viva, suplico al señor Ministro de la Guerra que para premiar los servicios de tan distinguido capitán, cuyo nombre*

(1) En el *Diario de las Sesiones* figura, sí; pero equivocado el apellido, pues dice BARREDA, en lugar de BORREDÁ; y no sabemos que la errata se haya rectificado. ¡Si se hubiera tratado de un senador, ó de un generalote, ya hubiesen tenido que andar de cabeza los distraídos cajistas!

ignoraba hasta que lo ha dicho el Sr. Ministro, tenga la bondad S. S. de recordárselo.»

Como se ve, el Sr. Sanz, hombre de mundo y conocedor de las ingratitudes oficiales, enaltecía al héroe y amparaba sus legítimos derechos. Mas adelante veremos qué suerte corrieron estos.

II.

—¡BORREDÁ, BORREDÁ!—exclamó entonces un periodista aragonés que, como hombre, es de lo más caballero, y como escritor de los más intencionados:—ese capitán es de Zaragoza..... ¡toma! ¡pues ya lo creo!.. como que hemos ido juntos á la escuela. ANTONIO BORREDÁ Y ALARES... ¡justo... el mismito! Camaradas, ¡viva Aragón!.. ¡viva la Pilarica! ¡vivan mis *baturros* de mi alma!

Y como Zaragoza es uno de los pocos pueblos que en ningún otro de los de España despiertan odios ni encuentran antipatías, los *vivas* de nuestro compañero fueron repetidos con sincero entusiasmo, en la antesalilla de la tribuna, donde ya estábamos en *comité* y de retirada.

El periodista aragonés se empeñó *en* (y tal vez *para*) solemnizar cumplidamente el heroísmo de su bravo paisano; terminada la sesión parlamentaria, nos llevó por la Puerta del Sol y nos convidó á café... con *epílogos* de *cognac*.

Como era natural, durante aquel breve festín de familia, no se habló de otro acontecimiento que de la sangrienta sublevación en las islas

Marianas, ni de otro personaje que del ínclito BORREDÁ.

—Ya sabía yo que mi condiscipulo era *de lo fino* en la milicia,—dijo el periodista, verdaderamente entusiasmado.—Cuando la guerra de Cuba estaba en lo más recio y apretado, *Antoñuelo* (que así le llamábamos en Zaragoza), hizo una de esas proezas que parecen fantasías de Fernández y González...

—A ver, cuenta, cuenta...

—Sí, hombre, sí, que tu paisano bien merece nuestra curiosidad.

—Pues vereis,—añadió el escritor;—pero conste de antemano que lo que os voy á referir puede acreditarse con documentos oficiales: ¡vamos! que no soy novelista, y menos que todo, novelero.

—¡Anda, hombre, anda! Estos aragoneses son cachazudos como ellos solos.

—Venga la historia.

—Allá va... toda la *barbaridad* de mi paisano, tal y como la he sabido por varios de sus camaradas.

III.

Pues señor; en una de las acciones de guerra, que en aquella isla se repetían más que aquí los *billeticos* del Banco de España, que cada día los larga de una color, BORREDÁ mandaba una compañía de no sé qué regimiento de infantería, y con ella se batió el cobre desde las primeras horas de la mañana hasta bien entrada la tarde.

En aquellos caracoleos, avances y retrocesos que tuvo que hacer, unas veces para atacar y otras para resistir á los filibusteros, estos, que conocían á palmos el terreno en que operaban, llevaron á los nuestros sobre un picacho ó promontorio, que era el remate de una garganta ó vallecillo muy estrecho.

Los *vijiritas* sabían que, una vez allí los españoles, no tendrían más remedio que rendirse; porque donde acababa el picacho, empezaba un abismo, un desfiladero cortado á pico, de más de 18 metros de altura sobre el seco lecho de un torrente.

El oficial aragonés llegó hasta la punta del promontorio; pero al verse allí, *engargantado* y cogido como en un callejón sin salida, rugió desesperadamente, y dijo á sus soldados:

—¡Muchachos!.. me quedais 17, de toda la compañía, que hoy se ha portado como brava... Acá estamos mal, *perdidicos* si nos entregamos á esos bribones que nos acribillan á balazos... ¡á ver!.. ¡de dos en dos!.. tomar carrera, y á tirarse abajo, desde la punta de este cerro... ¿eh? ¿quién vacila? ¿á que levanto la tapa de los sesos al que me tuerza el morro?.. Lo dicho; de dos en dos... á tirarse y ¡*Viva España!*, hijos míos.

Los soldados obedecieron ciegamente á su oficial, á quien adoraban por las buenas, y á quien temían por las malas.

Cuando los primeros se arrojaron al abismo, Borredá se asomó á la punta del picacho; pero tuvo que retroceder y enjugarse el llanto que brotaba de sus ojos, ennegrecidos por el humo del fogueo, porque ¡aquellos pobres españoles

habían muerto al caer entre los guijos del cauce seco del torrente!

Y el enemigo no cesaba en su ataque; llovían las balas, y era urgentísimo resolver: ó presentar un signo de parlamento para entregarse á los tigres de la *manigüa*, ó seguir el aéreo camino que la muerte les trazaba.

—¡A ver, tú, *cornetica*!—gritó Borredá, fijándose en un pobre muchachillo de unos 15 años, que le servía de corneta de órdenes;—no tiembles como un perro chino, que á los otros no les ha pasado nada... ¡Ea, pronto, pronto!.. agárrate á mí, que vamos á tirarnos juntos... ¡y sea lo que Dios quiera!..

El corneta obedeció temblando; ambos tomaron carrera, y el oficial soltó al niño, en el instante en que este llegaba al borde del abismo.

—¡Pilarica, sálvale!—dijo Borredá, tapándose los ojos con las manos.

¡Pero la Virgen de Zaragoza no salvó á aquella infeliz criatura, que también murió junto á sus compañeros de armas!

A todo esto, cada minuto era un siglo, cada momento un peligro de muerte; los filibusteros estaban ya encima; se oían sus voces de intimación, sus gritos de venganza, sus amenazas y sus imprecaciones.

BORREDÁ consiguió que toda su gente se *descolgara* del picacho; y para animar á los más temerosos, dióles ejemplo de arrojo, y se lanzó, con todo el ímpetu de una carrera vertiginosa y de un salto verdaderamente *mortal*.

Llegó al lecho del torrente... y perdió el sentido.

Algunas horas después, otra compañía de su regimiento, que salió á explorar el terreno en que se había sostenido el combate, le recogió casi exánime de entre el montón de muertos y heridos que con él se habían arrojado.

Allí contrajo mi paisano *Antoñuelo*, una enfermedad que mina su existencia: aquel golpe, que debió ser horrible, le produjo tales contusiones en el pecho, que ya no ha vuelto á gozar de cabal salud; y según las últimas noticias que de él he tenido, allá está, en las islas Marianas, más animoso que nunca para la honra y el servicio de su Patria, pero también más débil y achacoso. Así y todo, ya habéis oído en la alta Cámara, lo que ha hecho el capitán aragonés en aquellas apartadas islas: salvar el pabellón nacional, la integridad de la Patria, la honra del ejército... cuanto hay de santo y venerable para el que lleva una espada al cinto, y un corazón entero debajo de la levita de uniforme.

Calló nuestro compañero; apuráronse las copas, y con ellas el capital remanente del amable periodista zaragozano; salimos del café... y ¿para qué negarlo?... á los pocos días ninguno de los representantes de la pública opinión se acordaba ya del héroe de Cuba y las Marianas. Pero cábenos un consuelo; y es que el Gobierno, las Cámaras legislativas, y los que debían recordar á aquel distinguido oficial, *por si lo ignoraba, que tenía derecho á la cruz laureada de San Fernando*, maldito si volvieron á pensar en el modesto BORREDÁ y ALARES.

Cierto que por despacho cablegráfico, el Gobierno le comunicó la gracia del ascenso al empleo inmediato; pero el caso era que BORREDÁ

llevaba ya más de diez años de capitán con grado de comandante, y estaba para ascender á este empleo, por mandato del escalafón, y sin necesidad de realizar para ello, actos eminentes y gloriosos.

IV.

Una noche del verano del año pasado (1886) el autor de estos pliegos fué á visitar, como de costumbre, á una familia con él emparentada.

La visita se reducía á unos pocos minutos de charla, á una taza de sabroso café; y tomado este, salíamos todos en busca de aire respirable, bajando por el Salón del Prado, y pasando hasta la media noche en el jardín del Buen Retiro,—donde se daban óperas de á peseta la butaca,—ó en la estrecha platea del *Teatro-Felipe*.

Aquella noche á que me he referido, entré derechamente en el comedor de la casa de mis deudos, y en él hallé á una persona extraña, con la cual apenas cambié un ligero saludo.

Era el convidado un caballero de regular estatura, flaco, de quebrado color, de lánguida mirada y de rostro doliente.

—Te presentaré al señor,—dijo al poco rato mi pariente, el jefe de la casa en que estábamos.—Acaba de llegar de Filipinas, trayéndome cartas y regalos del coronel R...., que como sabes es para nosotros un hermano del corazón.

—Lo sé muy bien,—contesté al punto, y estreché la mano que me tendió el desconocido.—Servidor de V.

—Él ya sabe quien eres, porque hemos hablado largamente de tí,—añadió el cariñoso *cabeza de familia*.

—¡Tanto honor para mí!.. ustedes me apabullan y favorecen.

—¡Nó, señor, nó, si á mí me entusiasman ustedes los que escriben versos y comedias! ¡caramba, y qué difícil debe ser eso! ¿verdad?—dijo el recién llegado de Filipinas, que á todo esto, y por los extraños giros del diálogo, todavía no me había dicho su nombre.

—Cá, nó, señor,—repliqué,—si no hay cosa más fácil, para el que sabe hacerlo.

—¡Ahí está el *quid* de la dificultad!—exclamó el viajero, queriendo reirse, á despecho de una tosecilla que le mortificaba.

—El señor debe ser navarro ó aragonés,—dije yo entonces,—¡tiene un acento tan marcado!..

—Sí, señor, sí, aragonés soy, de la mismísima Zaragoza.

—¿Y está V. empleado en Filipinas?

—Sí, señor... y nó, señor; porque aunque me ve V. vestido de gente civil, yo soy militar de la tropa, que dicen mis baturros... Me llamo ANTONIO BORREDÁ ALARES, para lo que V. guste mandar...

—¡¡Borredá!!—exclamé yo, levantándome de la silla que ocupaba junto á la mesa.

Todos mis parientes se alarmaron; mi actitud debió hacerles temer algún misterio, más propio de un teatro que del modesto comedor de un catedrático de ciencias...

—¡¡Borredá!!—murmuré abriendo los brazos;—luego es V. el héroe de las Marianas, el

salvador de la honra de España en aquel solitario rincón de los mares!..

El comandante palideció, bajó la turbada vista, se sintió fuertemente contrariado por aquel reconocimiento mío, y entre enojado y suplicante, dijo:

—¡Vaya... por Dios!.. no me confunda V... yo soy un soldado, un soldadillo á secas, que he hecho allá en las Marianas... pues ¡nada entre dos platos! lo que hubiera hecho cualquier otro español.

Le abracé, y en aquel abrazo se pactó la más tierna, leal y duradera de las amistades.

V.

BORREDÁ había venido á la Península para buscar en las alturas de Panticosa, lo que nosotros pedíamos al espacio en el jardín del Buen Retiro y en el Salón del Prado; aire sano para el pulmón.

Instalóse en Zaragoza, y los recuerdos de la infancia le alegraron el alma y robustecieron un tanto su debilitado cuerpo; de la inmortal ciudad de los Lanuza, pasó á Madrid, donde nunca había estado: necesitaba aprovechar los contados meses de licencia que el servicio y sus rigores le daban; consultar su dolencia con médicos afamados, y conocer los monumentos y curiosidades de la coronada villa.

Fuí su *cicerone*, y el culpable, acaso, de que regresara á la capital de Aragón, diez ó doce días después del que había señalado.

Tornó á Madrid, también conmigo, en oc-

tubre del mismo año, y ganoso de apreciar todo lo notable que en Madrid existe, dijome un día:

—Ya me ha complacido V. satisfaciendo uno de mis mayores deseos, que era el de conocer personalmente á D. Emilio Castelar.....

—Exacto: y recuerdo también que el gran tribuno se levantó rápidamente del diván en que estaba sentado, en el salón de conferencias del Congreso; y descubriendo su magnífica venerable cabeza, dijo:

—¿V. es BORREDÁ el de las Marianas? Venga esa mano.

—Sí, sí, —observó *mi comandante*; —pero no es menos cierto que entonces estuve yo á punto de desmayarme; ¡vamos! que me ruborizaba y me asustaba, que un genio como CASTELAR me hiciese tales demostraciones..... En fin, aquello ya pasó. Ahora quisiera ver á D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO, pero sin que usted le haga apologías de aquella *pequeñez de las Marianas*. ¿eh?; presentándome así, á la buena de Dios, como á Juan particular, como lo que soy... Esta es la condición indispensable; porque cada vez que alguien me mira con fijeza *por aquella tontería de la sublevación*, no lo puedo remediar, se me barre la vista, me mareo, y quisiera que me tragase la tierra.....

Concertamos la visita y el pretexto: pediríamos á D. ANTONIO una carta de recomendación, sencilla, de pura fórmula, para el capitán general de Filipinas; carta que BORREDÁ llevaría á Manila, sin propósito de utilizarla con pretensión alguna.

¡Estaba en Madrid y no se acordaba de que tenía derecho á la cruz laureada de San Fernando!

VI.

Al anochecer de aquel día, en que esto concertábamos, subimos al modesto piso 3.º que habita D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO, en la parte más estrechuela de la calle de Fuen-carral.

Cruzamos un pasillo, adornado con artísticas macetas; pasamos por el magnífico salón-Biblioteca, que es una maravilla de riqueza y de buen gusto; y por fin, entramos en un primoroso gabinete decorado á la japonesa, donde el célebre y galantísimo hombre de Estado nos recibió con su habitual cortesanía.

El comandante no se cansaba de mirar al sabio político, que era jefe del Gobierno español cuando ocurrió el sangriento episodio de las Marianas; D. ANTONIO me preguntó la *gracia* de mi acompañante, y como no podía ocultar el nombre, díjele, así, *á la buena de Dios*, como pedía el interesado.....

El Sr. CÁNOVAS miró fijamente al valeroso aragonés, y concentrando los recuerdos que el apellido BORREDÁ le traía á la memoria, dijo después de una breve pausa.....

—Sé quién es V. y me felicito de conocerle. Españoles como V. hacen falta allí donde peligré la honra nacional. ¡Deme V. el gusto de aceptar esta mano de amigo, y..... nada más por ahora! Mañana le enviaré la carta para el general.

A todo esto, *Antoñuelo*, como decía el escritor zaragozano, estaba más muerto que vivo...

No veía, no podía articular una frase de gratitud; miraba á su alrededor como si buscara por donde huir... La mano de CÁNOVAS DEL CASTILLO le hizo dar brincos al corazón; así me explicaba luego su confusión, su vaguedad, y lo extraño de su actitud.

.....
 Bajábamos la escalera, y le pregunté:

—¿Qué le ha parecido á V. el *monstruo*?

—¡No me pregunte V. nada!—gritó furioso *mi comandante*.—Mañana me vuelvo á Zaragoza, y saldré á *escape* para Filipinas; si estoy aquí medio mes, me muero de emociones... ¡Vamos, vamos!

.....
 Y allá está, esperando tal vez nueva ocasión en que acreditar su heroísmo, en que volver á enfrenar una sublevación imponente, en que salvar de nuevo la bandera, la honra y la integridad de nuestra España....

Y si esto acontece de aquí á cuatro, seis, ocho, ó diez años, el *comandante aragonés* realizará sin duda nuevas proezas.... y á ver si entonces hay quien le recuerde *que tiene derecho á la cruz laureada de San Fernando*.





EL SARGENTO MORALES.

(EPISODIO DE HOSPITAL.)

A mi esposa; AGAR INFANZÓN Y CANEL.

E caddi come corpo morto cade.

(DANTE, *Divina Comedia*, CANTO V.)

I.

Ese recuerdo que me pides, me aterra aún, me eriza el cabello, y me sume en un mar de profundísima tristeza.

Si de tus dulces labios no brotara, envuelta en una deliciosa sonrisa, perfumada para mí, como una flor, esa petición me arredraría, Agar; no contestaría yo á ella, tomando la pluma para transcribir aquellas terribles emociones y el sombrío recuerdo de aquella noche, de aquel moribundo, de aquella luz que se extinguía, de aquella vida que se apagó entre mis brazos, y de aquel cadáver que cayó sobre la nieve,

«como cuerpo muerto cae.» Pero me lo mandas tú, y obedezco.

Escucha.

II.

Era mi buen padre, médico del Hospital Militar de Valladolid, y era yo entonces alumno de su Academia, practicante de su clínica y el ídolo de su hermoso corazón.

Cuando un hijo tiene la gloria de deber la existencia á un hombre como aquel, tan sabio, tan honrado y tan virtuoso; y cuando llora la desdicha de haber perdido aquel tesoro de amor incomparable, tú que me escuchas y vosotros que me leéis, dejaréis que caiga de mis párpados una lágrima siquiera.

El llanto al evaporarse, se convierte en plegaria que se eleva al cielo.

Dejad que suba mi plegaria; dejad que riegue con el jugo del corazón la bendita memoria del que fué un sabio que honró á su patria, y un ángel que perfumó con sus virtudes el tranquilo hogar de sus amores.

III.

El Hospital Militar, destinado exclusivamente á los enfermos de las tropas que guarnecían la plaza, distaba cerca de un cuarto de legua del viejo arco de Santiago, que daba entrada á la población.

Aquel Hospital había sido convento; los sol-

dados enfermos habían desalojado á los monjes exclaustros.

Todo se trasforma así en la tierra.

¿Qué serán mañana los que hoy son templos?

¡Serán tal vez iglesias los cuarteles, y monasterios los polvorines!

Una vez por semana me correspondía la guardia en el Hospital.

Una vez por semana invocaba la protección de mi padre, para que me excluyera de aquel penoso deber; era cuando yo comenzaba á escribir versos en los libros de Anatomía, y á *planear* comedias junto á los cadáveres, en las mesas de disección del Anfiteatro.

Pero mi padre era médico á *secas*, en los días que me tocaba la guardia; cuando regresaba yo del Hospital á casa, el médico volvía á ser mi cariñoso padre.

Una noche, la noche de Ánimas de 1865, entré en el ex-convento, recibí la guardia del practicante de salida, y recorrí las tres salas del primer cuerpo, acompañado de un enfermero.

Pasé luego á la sala de *Desahuciados* y encontré un solo *número*.

En un Hospital, el enfermo es un *número*, la operación es un *caso* y la muerte... un accidente.

Así lo dice el ya citado novelista contemporáneo; Castro y Serrano; así lo comprendo yo, que he sido practicante de Hospital, antes de ser novelista.

El *número desahuciado* era un tísico, un ético en tercer período, en la agonía, pero en una agonía lenta y pesada, como la de la lumbre en

una hoguera; como la de un náufrago en tabla salvadora, en las soledades del mar.

Se llamaba el enfermo Francisco Morales; era sargento primero del segundo batallón de Artillería montada, y muy luego iba á ser recluta en la infinita legión de los muertos.

Morales llevaba seis meses de Hospital; pero como todos los tísicos, estaba condenado á morir poco á poco, á morir por grados, como avaro que escatimara el gasto de los momentos de su vida, contándolos por gotas de sangre.

IV.

Había nevado copiosamente durante dos días.

El ancho patio del Hospital, en cuyo centro había un profundísimo pozo de noria, sin brocal ni obstáculo que advirtiera aquel peligro, estaba cubierto por una sábana de nieve, blanca é imponente, como la sábana que cubría el semicadáver de Morales.

Crucé un largo corredor, el patio, otro estrecho y larguísimo pasillo, y entré, por fin, en el cuarto del *desahuciado*, quien, al verme aparecer, sonrió lijeramente, abrió sus azules y hundidos ojos, y exclamó:

— ¡Practicante! ¡Cerezas! ¡Quiero cerezas!

Le abrasaba, le consumía la fiebre; y como el roce de las yemas de los dedos producía cierta frescura, castañeteaba las manos, se humedecía los labios, y pedía delirante alguna fruta fresca, agua y nieve.

Observé entonces al doliente y me produjo más impresión, más amargura, que cuantos en-

fermos había visitado en las clínicas de mi padre.

Era un néuro-esqueleto, envuelto al parecer en añoso y trasparente pergamino.

Su frente, pálida y mate, como una pequeña lápida de mármol, podía servir de losa con su nombre, en la cercana sepultura.

Brillaban sus ojos como dos vidrios azulados en las profundas y amoratadas órbitas, y su afilada nariz hinchábase con el estertor de la pesada agonía.

Sus cárdenos labios se coloraban súbitamente, perdían luego el instantáneo matiz, y se tornaban dos cintas amarillentas, como los pétalos de esas flores que nacen en los cementerios.

Hervía su pecho, como debe hervir la lava en las entrañas ignotas de un volcán, y el untuoso calor de sus manos, contagiaba, dejando un olor á muerto, que infundía temor y lástima á la vez.

Morales tenía un pié en el umbral de la eternidad. Aquella noche debía ser la última de sus días.

Pero Morales no padecía; sentía calor, un calor que le abrasaba; una sed que le pintaba frescos manantiales, floridos huertos y sonoras cascadas.

Y aquel Tántalo moribundo, no podía beber agua bastante para apagar la sed que le devoraba.

Esperaba vivir muchos, muchísimos años; un gajo de cerezas, un racimo de uvas, una jugosa y fresquísima manzana, eran el objeto de sus deseos. Después... aun sería dichoso.

La tisis mata entre esperanzas. No hay dolor, no hay tortura para el organismo.

Se tose primero con fuerza; después se tose más débilmente; la sangre sube á los labios, pero el tísico piensa siempre que su pulmón es una coraza y que la sangre que sube hasta su boca procede de la garganta.

Continúa tosiendo y soñando ilusiones.

Llega el último golpe de tos; despréndese del vaso pulmonar la última gota de sangre; el enfermo suspira, cierra los ojos, sonríe, cruza las manos..... y muere como una flor que se marchita, ó como el girón de una nube que se desvanece en las alturas.

V.

Me trasladé al gabinete de guardia, tan lejano del zaguán donde estaban los soldados de retén, como del zaquizamí donde habitaba el enfermero.

Allí estaba casi solo, entre un páramo de nieve y el lecho mortuorio del sargento Morales.

Penetré en el gabinete, encendí una bujía, y para alejar de mí la preocupación del moribundo, tomé al acaso una novela francesa, de varias que había dejado sobre la mesa el practicante de salida.

La novela era triste, horrenda; sus primeros capítulos me infundieron más pánico que el rostro amarillo de mi enfermo.

Cerré el libro, y entonces me di cuenta de dos circunstancias que aumentaron el miedo que de mí se había apoderado.

La bujía se acababa; las campanas de la ciudad tañían, y sus ecos lejanos, prolongados en las oscuras naves del que fué convento, me recordaron que aquella noche era la de Ánimas.

La noche de Ánimas es de recogimiento y de oraciones en el seno de la familia.

La soledad es para un hombre, en esa noche de los muertos, algo que encoge el corazón, algo que abate el alma. Para un niño, la soledad en un hospital, lejos de todos los vivos, cerca de un agonizante, era algo que atraía el llanto, que aterraba.

La vela se extinguía; busqué otra, pero fué en vano; aquella había sido la única que dejara el practicante de relevo.

Anduve agitado, confuso, trémulo, por el gabinete; sonaron las tres de la mañana en el reloj de la Secretaría; continuaron tañendo las campanas de los templos..... y la luz se apagó, después de brillar intensamente, al consumir el último filamento de su delgada mecha.

¡Solo, á oscuras, desvelado y en un hospital, en aquella noche de fúnebres recuerdos y de santas plegarias por las almas de los que ya no existen! ¡Oh! Era necesario salir.

Era necesario llegar al cuerpo de guardia y pasar la noche con los soldados, dormido ó despierto, pero acompañado, á lo menos.

La distancia era inmensa.

Tenía que cruzar un corredor de más de ochenta varas de longitud, estrechísimo y oscuro; tenía que pasar por el patio nevado, cuidando de huir otro peligro mayor y más imponente, el pozo sin brocal, cuya negra boca

circular ejercía siniestra atracción, en medio de aquel cuajado manto de nieve.

Tenia, en fin, que pasar por la sala donde moría el tísico; atravesar el claustro de entrada, y después de tanto caminar, golpear en el zaguante hasta que despertaran los soldados.

¡Imposible! Era más prudente *hacer* un momento de valor, de despreocupación, de fuerza de ánimo; acostarme y conciliar el sueño, cerrando los ojos á las visiones que creaban las tinieblas, y cerrando los oídos al funerario clamor de las campanas.

Me recosté en la cama; cerré los ojos y me tapé los oídos; pero veía más fantasmas y escuchaba sin querer, más clara y distintamente los ecos de las campanas, y otros sonidos que me parecían ayes, gemidos, imprecaciones; ¡qué sé yo!

Me incorporé, y al incorporarme crugió sobre sus goznes la puertecilla del gabinete...

Un fantasma de la noche tomó cuerpo en mi temblorosa retina. Le ví, envuelto en flotante y larguísimo sudario, cuyos pliegues tenían un brillo fosfórico, siniestro, infernal.

Hablé, grité, y el eco al repetir mi voz, volvió, como trayéndome la respuesta de aquella visión ó de aquella alma en pena.

Salí despavorido, con las manos crispadas, con el cabello erizado, y gané por fin el corredor.

Precipité mis pasos; quise volver á gritar y no pude; quise continuar y también me fué imposible.

La visión estaba delante, junto á mí, tocando su pecho con mi pecho... Sentí el calor de una mano abrasada, candente; oí una voz ahogada,

ronca, estertórea... y haciendo un esfuerzo sobrehumano, extendí los brazos, atropellé á la fantasma blanca, y corrí, como desesperado... hasta cruzar el patio, el claustro y el zaguán.

Entonces pude articular gritos confusos, palabras incoherentes... golpeé en la puerta, desperté á los soldados, quienes, al aparecer con luces encendidas y en verdadera alarma, retrocedieron al mirarme.

Me reconocieron al fin, y me avisaron que tenía la cara cubierta por un antifaz de sangre.

—¿Qué ocurre, qué ha pasado?—preguntaron todos.

No pude responder en el momento; aquella sangre me asfixiaba, el terror me oprimía, y al evocar el recuerdo de la visión, la oscuridad del gabinete, el doblar de las campanas... perdí el sentido; y dicen que caí sobre el duro pavimento, como herido por un rayo.

VI.

Media hora después, los soldados y yo recorrimos el Hospital; al pasar junto al pozo, vimos la huella de mis pasos, estampada en la nieve, á diez pulgadas de aquel abismo.

Al mediar el corredor, tropezamos con el cadáver del infeliz Morales, tendido boca arriba, yerto, helado, y con el pecho cubierto de sangre.

¡Su último vómito había sido producido por el empuje de mis brazos; luego, cayó sobre los ladrillos *«como cuerpo muerto cae!»*

VII.

Al día siguiente, enfermo y casi delirante, hice solemne juramento de no volver á pisar esos albergues del dolor, que se llaman *Hospitales*.

Médico y poeta son antitéticos; la ciencia es bella, muy bella; pero el arte no tiene sus espinas, aunque tenga más amargas decepciones.

Cambié el Huffeland y el Vidal de Cassis, por el *Orlando* y la *Divina Comedia*; y entre Galeno y Apolo, me quedé con el padre de las Musas.

La medicina es para mí, en cierto modo, algo como la tauromaquia; la teoría, seductora; la práctica... se la regalo á los que tengan otras inclinaciones; á los que hayan nacido para curar las desgracias de la humanidad; yo no sé más que sentirlas.

¡Sacerdotes del dolor, yo os admiro!

¡Médicos... yo os venero profundamente! pero... la verdad sea dicha, no os envidio la profesión.

FIN.

ÍNDICE

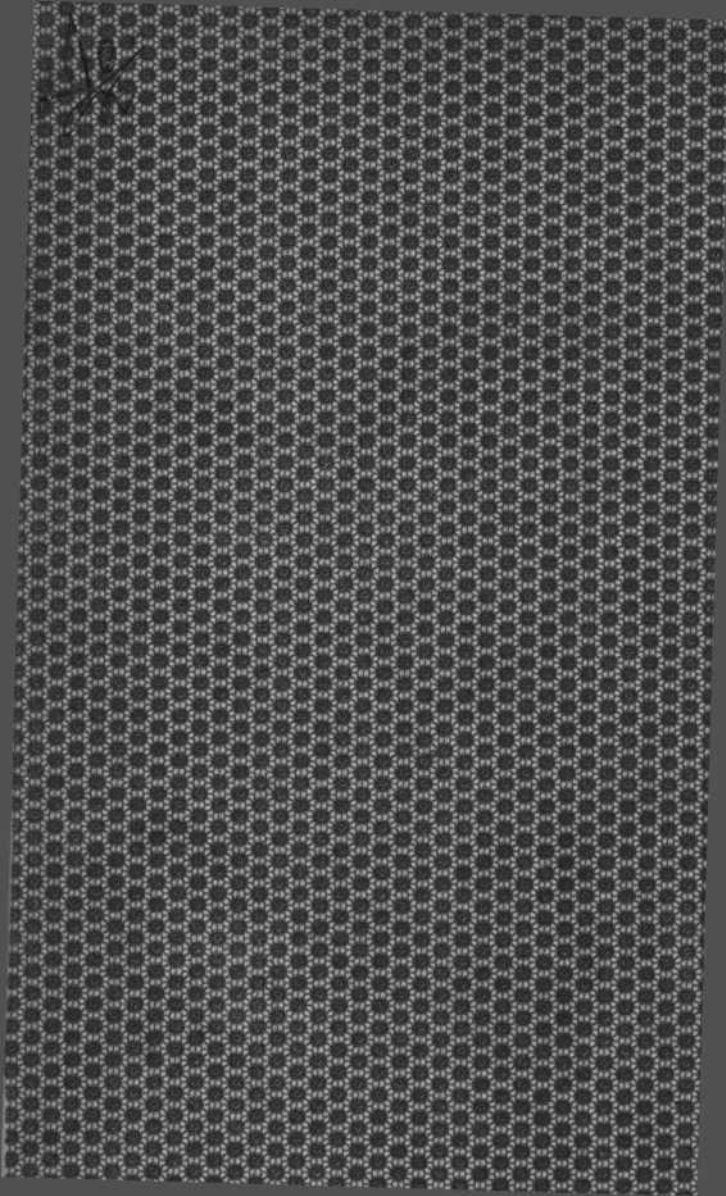
	<u>PÁGS.</u>
Al heroico y modestísimo Comandante de Infantería del ejército de Filipinas D. Antonio Borredá Alares.	v
La camisa de la Lola.. . . .	1
Toros y caballos.	89
Patricio.. . . .	117
El conde de la Higuera.	169
Don Pedro d' Alcántara.	181
Los Carolinos.	189
¡Borredá!	215
El Sargento Morales.	231

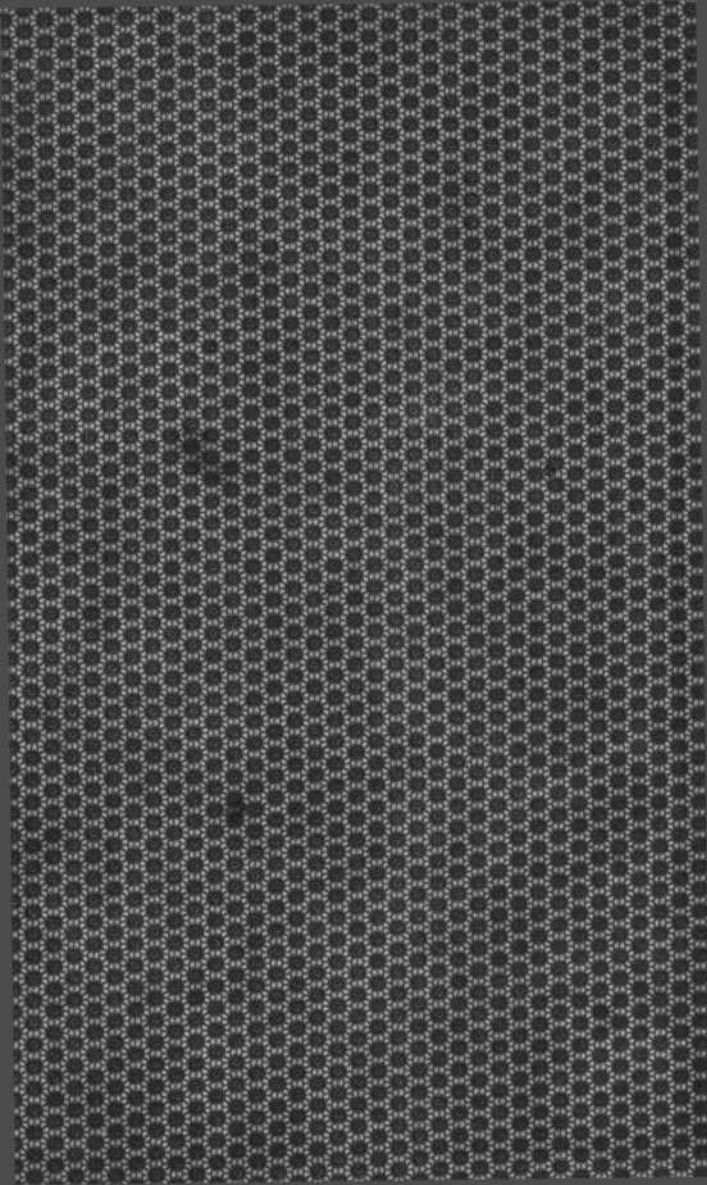


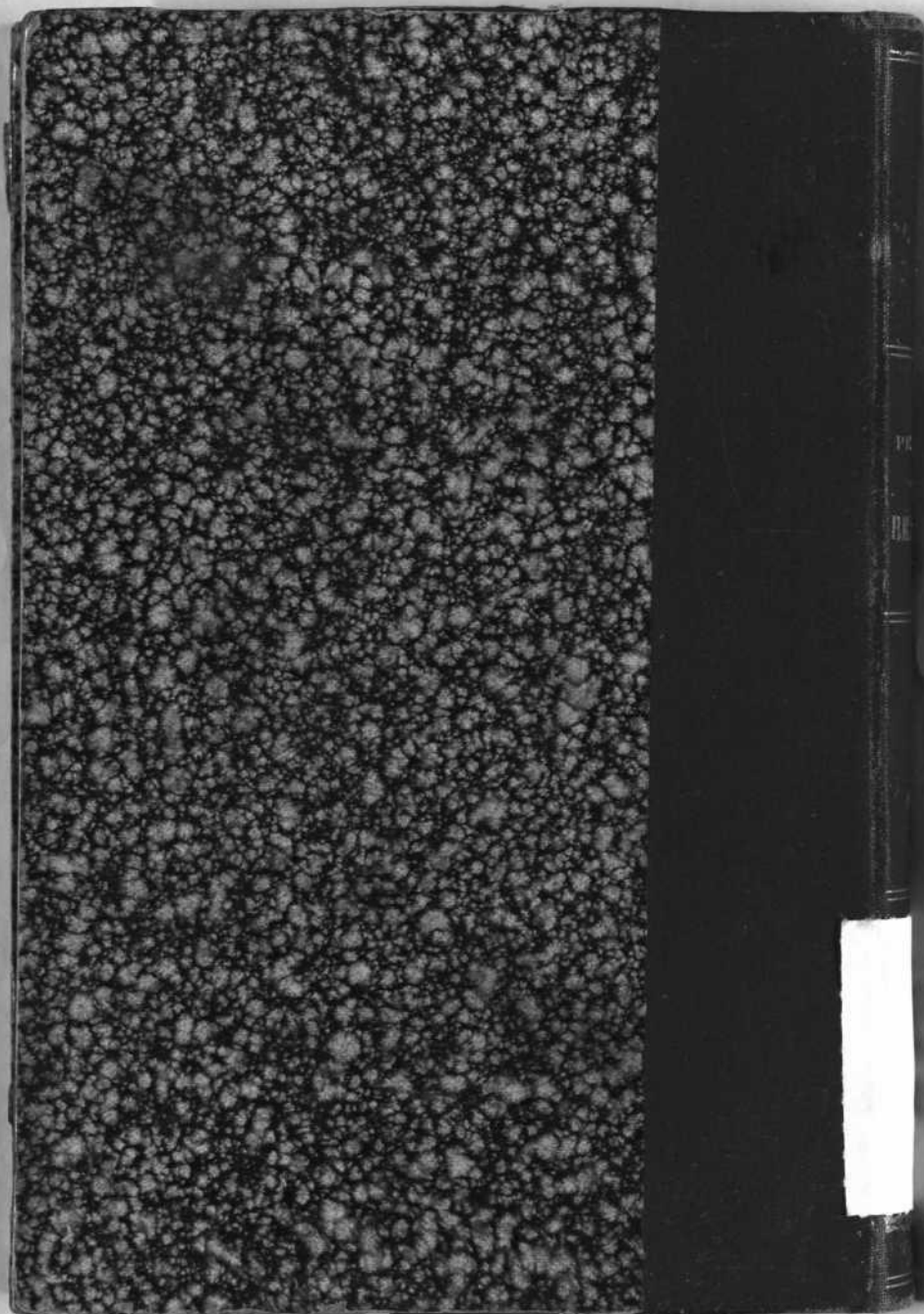


1892









PEREGRINUS

BERGALAS

G 438896